Mayorga vos dirá, todavia me plaze que se fiziese alguna tregua con ellos por algund tiempo, tanto que fuese de regno a regno, porque quedaria mas logar a proveer en los otros fechos de mis regnos e destas fronteras de aca. Por tanto fazedme tanto plazer e serviçio que trabajeys por las mejores maneras que entendaes porque lo mejor e mas breve que ser pueda se faga la dicha tregua en la forma suso dicha. Del mi real sobre Palençuela a XXVIII° dias de Noviembre de LI.

YO EL REY.

Por mandado del rey, Pero Ferrandez.

Por el Rey a Diego Ferrandez su mariscal e su alguazil mayor de Cordova, del su Consejo.

Orig. papel, 0,21 × 0,19.

VII

EL MISTICO MURCIANO ABENARABI

(Monografías y documentos.)

II

NOTICIAS AUTOBIOGRAFICAS DE SU "RISALAT AL-CODS"

INTRODUCCIÓN

El carácter provisional de esta serie de monografías acerca de la vida y pensamiento del místico murciano Abenarabi explicará al lector por qué, después de dedicar la primera a trazar su autobiografía cronológica (1), consagramos esta segunda a un tema casi idéntico. Entre los opúsculos inéditos de Abenarabi existe uno, titulado *Risalat al-cods,* que se conserva en la Biblioteca del Escorial (ms. 741) y que es un compendio de otro titulado *Adorra al-fájira* o *La Perla preciosa,* en que traza Abenarabi las biografías de los maestros y compañeros de cuyas enseñanzas y ejemplos se aprovechó para su formación espiritual (2). Al redactar mi anterior monografía conocía ya, pero sólo someramente, ese ms. escurialense; un estudio más detenido que de él pude hacer el pasado verano me decidió a aprovecharlo, al advertir que era el documento auto-

(1) Cfr. *Bolet. Acad. Hist.,* tomo LXXXVI, 3.°

(2) Cfr. *Autob. cronol.* (supra cit.), párrafo 20, al final.

biográfico más interesante y rico en pormenores que de Abenarabi existe y que, por ello, era indispensable aprovecharlo como complemento de los utilizados en mi monografía primera. Su título de *Risalat al-cods* o *Epístola de la santidad* expresa bien el carácter del opúsculo: se trata, en efecto, de una carta dirigida desde Meca el año 600 de la hégira (1203 de J. C.), a su amigo de Túnez, el sufí Abumohámed Abdelaziz. Cuatro partes podemos distinguir en ella:

Es la 1.ª una rápida ojeada sobre el estado de la vida espiritual en las tierras orientales (Meca y Egipto singularmente), tal y como a los ojos de Abenarabi se ofreció desde su llegada a Egipto en 598 hasta 600, fecha de la carta. El contraste entre las corruptelas del sufismo oriental y las virtudes de los sufíes del Magreb y de Alandalus es el tema cardinal de esta primera parte, llena de pintorescas descripciones de las costumbres, trajes, ejercicios religiosos, cultura ascéticomística, vicios e hipocresía de los sufíes de oriente.

La parte segunda es un examen de conciencia que Abenarabi hace en voz alta, para su propia humillación y para edificación de su amigo y corresponsal. Bajo la forma literaria de un diálogo con su propia alma, Abenarabi se compara sucesivamente con los más sublimes modelos de perfección espiritual que la historia del islam le ofrecía, sobre todo en los primeros siglos, es decir, con los compañeros de Mahoma, ascetas y santos más ejemplares, cuyas virtudes heroicas analiza y pondera, para obligar a confesar a su propia alma que se halla muy lejos de tamaña perfección. El carácter autobiográfico de esta segunda parte es más acentuado que el de la primera, pues equivale realmente a una confesión sincera y pormenorizada de los defectos e imperfecciones de que Abenarabi adolecía, hasta la fecha, por lo menos, de esta carta.

La tercera parte es la de más alto valor autobiográfico y la de mayor extensión, pues constituye la materia principal de la epístola. Se trata, en efecto, de un conjunto de biografías, cincuenta próximamente, de los maestros de espíritu y compañeros de vida religiosa, cuyas enseñanzas y ejemplos Abenarabi confiesa que influyeron en su formación, desde que comenzó a caminar, en la mocedad, por el camino ascético. El valor de

estas biografías es, pues, doble: de una parte nos suministran datos auténticos y concretos sobre la formación ascéticomística de Abenarabi; de otra parte, nos trazan el cuadro vivo y plástico de la vida religiosa del islam andaluz y africano en los últimos años del siglo XII de nuestra era. Los pormenores, efectivamente, a que desciende Abenarabi al describir los rasgos más salientes de la psicología y de las costumbres de sus maestros y compañeros, proyectan una luz meridiana sobre este aspecto de nuestra historia medieval, que en vano se buscarían en cualesquiera otras fuentes. Una abigarrada multitud de ascetas, místicos, videntes y taumaturgos, de toda edad, sexo, profesión, oficio y clase social, van apareciendo sucesivamente a través de las pintorescas páginas de estas biografías, moviéndose en el escenario de las ciudades y aldeas andaluzas, como en una cinta cinematográfica, con sus personales rasgos físicos y morales, con sus característicos géneros de vida ascética (el eremítico, el cenobítico, el peregrinante, el monástico-militar, el caballeresco, el predicador, etc.), con sus peculiares métodos de disciplina para la formación de los novicios, con sus ejercicios espirituales privativos (rezos, jaculatorias, lectura espiritual, oración y meditación, examen de conciencia, vigilias nocturnas, retiro, silencio, mortificaciones corporales, ayunos, disciplinas, distribución del tiempo, etc.), con sus particulares carismas, gracias de oración, don de lágrimas, visiones, iluminaciones, milagros, éxtasis, raptos, etc. Y todo esto localizado y a veces fechado con aquella escrupulosidad minuciosa y fiel que es habitual en las notas autobiográficas de Abenarabi, como ya vimos en nuestra anterior monografía. Muchos de los datos que en ella ya publicamos, tomándolos de pasajes de las principales obras de Abenarabi, reaparecen aquí, pero más completos y encuadrados dentro del vivo retrato que de cada maestro o compañero traza en su respectiva biografía. Para la historia de la espiritualidad del islam español, representa, por consiguiente, la *Epístola de la santidad*, en esta su parte tercera, el documento más revelador de cuantos hasta la fecha han sido estudiados por los especialistas. El lector profano podrá vislumbrar desde ahora la importancia de este documento, si piensa en la que tendría para la historia de la espiritualidad cris-

tiana del siglo XVI la aparición de un ignorado manuscrito en el que Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz hubiesen consignado fiel y minuciosamente cuantas noticias conservase su memoria de los maestros de espíritu que más influyeron en su formación y del estado de fervor o disipación en que a su juicio vivieran las órdenes religiosas coetáneas. Tiene además otro interés, quizá mayor: el de ofrecer al historiador una visión anticipada (quién sabe si un precedente explicativo) de la secta de los *Alumbrados* que desde principios del s. XVI comenzó a extenderse por Andalucía con caracteres más análogos en sus doctrinas y prácticas espirituales a estos *iluminados* del islam andaluz del s. XII, que no a los místicos alemanes con quienes ordinariamente se les compara y de los cuales se les cree discípulos.

La cuarta parte del opúsculo es más bien un epílogo de carácter doctrinal y que poco o nada interesa a la autobiografía de Abenarabi, pues por su contenido es una meditación de los divinos beneficios y de la gratitud que a ellos debe el alma.

El ms. árabe del Escorial núm. 741 (fols. 1-54 v.) que contiene la *Risalat al-cods* es de escritura magrebí, africana más bien, incorrecta y negligente. Su lectura en muchos pasajes me habría sido indescifrable, de no haber podido consultar otro ms. oriental del mismo opúsculo, el cual, aunque quizá más incorrecto que el escurialense, está corregido cuidadosamente al margen por un escriba occidental que dice haber cotejado el ms. con otro más fiel. Este ms. oriental es propiedad de mi ámigo el docto arabista escurialense padre Nemesio Morata, O. S. A., que ha tenido la amabilidad de ponerlo a mi disposición para su estudio. Consta de 69 folios de 23 líneas. Los folios 30 y 31 están encuadernados equivocadamente fuera de su lugar, entre el 39 y 40 (1).

El estilo de Abenarabi en este opúsculo ofrece una diferencia bien notable en sus varias partes: la tercera, por su carácter histórico, está escrita en un estilo fácil, natural y corriente; las otras tres, en cambio, son retóricas y declamatorias, abundando en pasajes de prosa rimada que difícilmente se

(1) Para las referencias llamaremos *Esc.* al ms. de El Escorial, núm. 741, y *Mor.* al ms. del P. Nemesio Morata.

prestan a una traducción literal. Por esa razón y por su menor interés histórico, nos limitaremos a dar de esas tres partes un análisis con extractos de sus pasajes más importantes. La parte tercera, en cambio, la aprovecharemos por entero y casi a la letra. Hemos procurado huír, en la traducción, de todo tecnicismo, con el fin de acomodarnos a la mentalidad de los lectores profanos. El lenguaje técnico de los sufíes está lleno de términos cuyo significado sutil y esotérico explican sin gran precisión los diccionarios místicos redactados en árabe. Algunas veces esos términos equivalen aproximadamente a sus similares de la mística cristiana; pero lo más frecuente es que no sean sinónimos de éstos. En tales casos, es inevitable el uso de las perífrasis, para que la traducción deje traslucir lo más posible el sentido del texto original. Aducir en tales casos las razones filológicas e históricas que justifican la perífrasis, sería inútil para los especialistas e ininteligible y molesto para el lector profano.

I. La vida espiritual en Oriente (1).

Por su forma de epístola, el opúsculo comienza con la salutación de rigor, en la cual se consignan los nombres completos de Abenarabi y del destinatario que, como ya hemos insinuado, es Abumohámed Abdelaziz b. Abubéquer, de la tribu de Coraix, natural de Almahdía (2) y habitante en Túnez (3). Abenarabi, antes de entrar en materia, elogia a su amigo, cuyas prendas de espíritu pondera; añade, no obstante, que en esta epístola se propone aconsejarle con toda sinceridad en las cuestiones que atañen a la vida espiritual, comenzando por exponerle el estado de la opinión entre los sufíes de oriente respecto de los occidentales. El tono de toda esta parte es, como ya dijimos, despectivo para el sufismo oriental, en vivo contraste con el tono apologético con que describirá en la parte tercera el sufismo español.

(1) *Esc.*, fols. 1-5; *Mor.* fols. 1-6 v.º

(2) Puerto en la Regencia de Túnez, distrito de Susa, a 210 kms. de Túnez.

(3) Sus relaciones con Abenarabi, anteriores a esta epístola, pueden verse en *Autob. cronol.*, párrafos 11 y 19.

"Desde el primer momento que llegué a estas tierras, pregunté por la gente de este método de vida ejemplar [los sufíes]... Condujéronme a cierta comunidad de sufíes que vivían juntos en un cenobio de altos muros y ancho patio; en seguida advertí que la meta de sus aspiraciones y el blanco de sus anhelos cifrábase en llevar bien limpios sus hábitos y más aún los llamativos colorines de las fimbrias de sus túnicas, y en traer bien peinadas sus barbas. Esto no obstante, pretendían que la gente del Magreb son gente de *realidad* sin *método*, mientras que ellos, por el contrario, son gente de *método* sin *realidad* (1). Esta sola frase basta para evidenciar, sin más, el error en que están, puesto que a la realidad no cabe llegar, sino después de haber logrado la práctica del método!... Angustiosos son, ¡oh amigo! los días en que vivimos: en ellos el intrigante es audaz y el tirano es tenaz; días son de sabios malvados, que sólo estudian para buscar qué comer; de gobernantes injustos, que dan sus sentencias sobre aquello que ignoran; de sufíes sospechosos, que sólo en los bienes de acá abajo encuentran su deleite: en el fondo de sus corazones tienen al mundo por tan grande cosa, que no creen haya sobre él nada digno de ser buscado; en cambio, en sus almas la verdad divina es cosa tan pequeña, que de ella se apresuran a huír; toda su atención y cuidado ponen en los tapices sobre que hacen la oración, en las fimbrias coloreadas de sus túnicas, en los hábitos que visten, en los bordones o cayados con que caminan; llevan bien a la vista las cuentas de sus rosarios llenos de adornos, como las viejas; son en realidad niños golosos y muchachos bien nutridos, sin ciencia que de lo ilícito los aparte y sin continencia que de los apetitos mundanos los aleje; las prácticas externas de la religión emplean a guisa de instrumentos para lograr las vanidades de este mundo; acógense a los cenobios y rábidas sólo para gozar de los bienes, lícitos o ilícitos, que estas casas poseen; ensanchan las bocas de sus mangas y engordan sus cuerpos."

"¡Oh amigo mío!; ¡si tú los vieses con qué énfasis recitan sus oraciones sin conservar las filas rituales! Entre cada uno y su vecino dejan en la fila un espacio capaz para que mil demonios quepan cómodamente; pero si luego por acaso vienes tú y llenas aquel vacío, verás

---

(1) Llaman los sufíes *realidad* (حقيقة) a la unión mística del alma con Dios, la cual es fruto de la gracia, más que efecto de la preparación activa del sujeto. En cambio, la palabra *método* (طريقة) significa esta preparación activa, es decir, lo que los místicos cristianos llaman *vía o camino* de la perfección, el conjunto de reglas ascético-místicas, cuyo ejercicio y práctica dispone y prepara al alma para llegar gradualmente a la unión con Dios.

cómo fruncen el ceño sus rostros, y si por descuido pisas con tu pie el tapiz en que uno de ellos ora, te dará un puñetazo donde bien le venga, aunque te rompa una costilla. ¡Estas prácticas y otras semejantes son las que constituyen el método ascético de que se glorían esos sufíes de tu época, ¡oh amigo mío!... Si sus rostros miras, verás unos ojos de mirada dura, inquieta y colérica; si miras sus almas, verás unas almas henchidas de orgullo; si miras sus corazones, verás unos corazones disipados, vacíos de vida interior, santa y sublime, hechos ya una pura ruina hasta en sus cimientos, verdaderas guaridas de feroces leones y madrigueras de lobos aulladores. Tanto que, al verlos, pedirás a Dios que de ellos te libre. Yo he encontrado en estas tierras alguno de estos sufíes que vestía zaragüelles de los que gastan los eunucos (sin avergonzarse de ello ante la presencia del Misericordioso) y que ignoraba tan en absoluto los requisitos litúrgicos de la ley religiosa, que ni siquiera era apto para servir de mozo de limpieza en las letrinas... Esto no obstante, ¡oh amigo mío!, a veces entra a convivir con ellos el sufí sincero y justo, pero se le desconoce, y el místico perfecto que ha llegado a la intuición de Dios, pero se le deja de lado y no se le hace caso, porque todo el mundo lo cree uno de tantos, puesto que vive en comunidad con ellos en el mismo domicilio, aunque no tenga con ellos el menor trato. De ellos me cupo en suerte conocer personalmente en Egipto, en el cenobio del Cairo, a uno de edad madura, que casi podía decirse que era un místico perfecto y en el cual no había tacha, y de ello me congratulé porque no había encontrado todavía otro semejante."

"Yo me junté con un maestro de espíritu, a quien se le llamaba entre ellos "maestro de los maestros" (así mismo me lo dijo él en persona), y observé por cierto que era hombre ecuánime y justo para consigo mismo respecto de su interlocutor. Este maestro pretendía que en tierras de occidente no tenía Dios persona alguna que conociese el método o camino que hacia El conduce ni que tratase siquiera de averiguarlo. Tu amigo no quiso de primera intención discutir con él de viva voz ni aun exponerse a conversar sobre el tema; pero luego pensé que aquello era una injuria y una enormidad, y comenzamos a explicarle un contado número de los misteriosos dones con que Dios te distinguió a ti, y después le informamos acerca de algunos estados místicos de nuestro Señor Abumedín, la quinta esencia de los santos (1). Quedóse el hombre atónito ante lo que oía y exclamó: "¡No imaginaba "yo que en tierras del Magreb hubiese algo semejante a eso!" Des-

(1) Sobre Abumedín y sus relaciones con Abenarabi, cfr. *Autob. cronol.*, párrafos 10 y 15.

pués, uno de nuestros discípulos le propuso una cuestión de teología esotérica, relativa a la creación del infierno, y por Dios te juro que no supo añadir ni una palabra a estas con que respondió: "No sé "nada de eso." Y a la verdad que al responder así fué justo consigo mismo, pues reconoció su propia imperfección, y se agotó su locuacidad y todos sus fuegos se extinguieron. Entonces le dije: "Si esto "te ha pasado tratándome a mí, que soy, en materias espirituales, "tan imperfecto y despreciable que ni merezco ser contado en el nú-"mero de los sufíes de occidente, ¿qué te pasaría si vieses con tus "propios ojos a los grandes, a los príncipes, a los más distinguidos "maestros de espíritu que viven en el Magreb y que son extraordi-"narios?" El asintió a mis palabras y de buen grado concedió que tenía razón. De lo cual di gracias a Dios que me había inspirado y sugerido."

"Por lo que toca a los sufíes que en estas tierras practican el ejercicio del canto religioso para provocar el éxtasis, realmente toman la religión como cosa de juego y divertimiento. No les oyes decir otra cosa que "¡He visto a Dios y me ha dicho esto y me ha hecho lo "otro!" Pero si a seguida le preguntas a ese tal cuál sea la realidad mística que Dios le otorgó o el misterio que le reveló en su trance extático, no encontrarás en él sino un deleite sensible y una voluptuosidad satánica: el demonio es, en efecto, quien por medio de su lengua lanza gritos; y mientras el otro iluso, el cantor, sigue rebuznando sus versos, él pierde el sentido. Nada más parecido a estos sufíes que el pastor de ovejas, que a gritos llama a su rebaño, avanzando y retrocediendo el compás de sus propios gritos, sin que puedas saber por qué ni para qué. De aquí que todo maestro de espíritu a cuya dirección esté encomendada en estos tiempos la formación de débiles novicios, se vea obligado a no hablarles para nada del canto religioso y a prohibirlo en absoluto, así de palabra como de obra A las gentes de este país nosotros ya les hemos explicado alguna vez el valor que puede tener el canto religioso y las corruptelas a que conduce. Ellos nos objetaban aduciendo los éxtasis que en la *Risala* del Coxairí (1) y en otros libros se narran de aquellos maestros de espíritu que practicaron el ejercicio del canto religioso. Para resolver sus objeciones,

(1) Esta *Risala* o tratado de sufismo es el manual clásico entre los místicos ortodoxos del islam. Su autor, el Coxairí, murió el año 1074 de J. C., en la ciudad de Nisapur. Se titula *Carta a la comunidad de los sufíes en tierras del islam*. La escribió el año 1046 de J. C. Además de la edición del texto árabe (Cairo, 1318 hég.), existe una trad. alemana de R. Hartmann, titulada *Das Sûfîtum nach al-Kushairî*. El problema del canto religioso se trata en la pág. 178 del texto árabe.

nosotros les pusimos en claro los puntos oscuros de la *Risala* y procuramos fijar las expresiones vagas de su texto. Ellos acabaron por confesar que el canto religioso es, dentro de la jerarquía de los grados que integran la vía unitiva, una imperfección. Algunos de mis oyentes abandonaron su ejercicio; pero otros, aun reconociendo que es una imperfección, continuaron practicándolo."

"Porque conviene que sepas, amigo mío, que cuando yo expliqué en el templo de la Meca aquellas lecciones públicas acerca de los sufíes que se dan a sí mismos tal nombre sin serlo y acerca de sus vicios, molestaron mis palabras a uno de mis oyentes y exclamó: "¿Qué motivo le habrá impulsado a decir eso? ¡Mejor fuera que lo "hubiera callado!", y otras expresiones semejantes. Claro es que su oposición no sirvió sino para afirmarme yo más en mi idea de que cuanto yo había dicho era verdad, puesto que a él le molestaba. Aquel individuo, en efecto, al hablar así cerraba los ojos para no ver las fundadas razones en que yo me apoyaba al obrar de aquel modo. El las admitía, sin duda, en principio, puesto que más de una vez se las hice oír y, no sólo no las repudió, sino que, antes al contrario, le parecieron justas. En cambio, cuando mis censuras recaían concretamente sobre los sufíes de su tiempo, entonces ya le parecían excesivas e indiscretas, sencillamente porque como él vivía en la misma época, temía que mis censuras recayesen también sobre él mismo y ese temor le entristecía. Si hubiese sido hombre ecuánime, lo que habría hecho sería examinar bien su conciencia."

"Porque todo aquel a quien tales censuras molestan, es que adolece de los defectos censurados. Por eso se inquieta, pues si de ellos se sintiese exento, de seguro que se quedaría tan tranquilo al oírlas, como se queda tranquilo cuando oye censurar a los ladrones, salteadores de caminos y otros malhechores semejantes. En cambio, porque se siente copartícipe en los defectos de esos sufíes, acógese, como a lugar de refugio, a la contradicción de las censuras, para salir así mejor librado, aunque contradiga a la verdad. Pero la contradicción de mis censuras no es cosa que carezca de precedentes; antes bien, siempre ha ocurrido que todo el que, en cualquier época, se ha consagrado a tratar de los vicios, defectos e imperfecciones morales, para ponerlos en evidencia y censurarlos en concreto o en abstracto, se ha visto constantemente vituperado por sus coetáneos, cabalmente por eso, porque no ha prestado su asentimiento y aprobación a los gustos y tendencias de la época. En cambio, una vez que ese censor muere y su tiempo pasa y nuevas generaciones le suceden, entonces se reconoce lo fundado de sus censuras y todo el mundo dice: "¡Ya decía fulano que en su tiempo las "gentes eran así."

II. Examen de conciencia de Abenarabi (1).

A) La crisis religiosa y su solución.

"Después de esto, he de informarte, amigo mío, de lo que me ha ocurrido con mi alma."

"Cuando yo vi que Dios había abierto a mi corazón la puerta de la sabiduría y hecho fluír hasta él la corriente de sus mares, cuando hubo sumergido mi espíritu en lo más profundo de sus abismos, advertí, al dirigir la vista sobre las aguas del océano aquel de la sabiduría, que sus olas, azotadas por los vientos huracanados, alzábanse con furioso bramido; mas si luego contemplaba el oleaje del mar de las intuiciones y de los misterios, que en mi pecho se agitaba, encontrábalo de pronto tranquilo e inmóvil, en medio del choque violento y continuo de las ondas del otro océano de la sabiduría, movidas con furia por los vientos de la tempestad. Principalmente en la Meca se apoderó de mí, por esta causa, terror intenso, inquietud enorme, mortal pavor. Resolví en consecuencia romper mis propósitos de vida docente y no sentarme ya más a enseñar a las gentes. Pero se me ordenó que me sentase y que diese a las gentes mis sinceros consejos; y como aquel mandato se me imponía (por Dios) con la violencia de un precepto forzoso e indeclinable, me senté a enseñar elevando el tono de mi voz y con la espada de la crítica desenvainada. Después, sin embargo, a solas conmigo en mi habitación, púseme a comparar y contrapesar, de un lado los dones místicos que Dios me había concedido, y de otro el estado espiritual en que mi alma se encontraba. Y como entre aquellos dones y este estado no encontré relación alguna que los atase, ni causa que cumplidamente los explicase, temí, oh amigo mío, que Dios me hubiese tendido algún lazo para engañarme con astucia. A solas, pues, conmigo en mi aposento, entróme, de esa sospecha, una tal preocupación como sólo Dios sabe. Yo no encontraba camino por el cual penetrar para conseguir la purificación de mi alma. Todas las rutas, en efecto, habíanseme obstruído con el cúmulo de las verdades esotéricas e intuiciones varias que había recibido. Y así seguí hasta que Dios tuvo la bondad de inspirarme una visión en sueños, por la cual logré la victoria sobre mi propia alma y conseguí fijar la exacta ponderación de sus méritos. Ello fué que yo me vi en mi sueño como si entrase en el paraíso, y cuando hube ganado la puerta y la dejé tras de mí sin haber antes visto ni el fuego, ni la resurrección, ni la cuenta, ni ninguno de los otros

(1) *Esc.*, fols. 5-21 v.°; *Mor.*, fols. 6 v.°-28.

terribles episodios que acompañan al juicio del alma, sentí en mi interior una tan gran tranquilidad y espiritual reposo y alegría, como no es posible calcular siquiera. Y después de loar a Dios por ello, tal y como en el Alcorán se dice que lo hacen las almas, [que en el paraíso entran sin cuenta ni pena previas], desperté y, al despertar, me percaté de que en mi estado espiritual había sin duda miserias y defectos y de que mi alma, engañada por los dones de ciencia que Dios me había otorgado, pretendía ocupar un rango superior al que por su estado moral le correspondía. Porque si efectivamente mi alma hubiera ya llegado a la intuición cierta de la Verdad, es decir, a una intuición intelectual, santa y divina que le hubiese hecho perder la conciencia de su propia realidad, no habría sentido placer alguno al entrar en el paraíso, ni experimentado aquella espiritual quietud, puesto que el goce o fruición de la majestad de Dios le habría absorbido impidiéndole darse cuenta de su propio reposo o quietud espiritual y hacerse cargo de su liberación de las terribles pruebas que acompañan al juicio. Mi alma entonces quiso argüirme en contra con la objeción decisiva que se funda en el hecho de que los elementos esenciales del ser humano se distinguen entre sí y son de grados jerárquicos diferentes (1). Yo no di oídos a su objeción, y así, mi argumento en contra suya quedó en pie. Seguí, pues, echándole en cara su imperfección y la enormidad de sus pretensiones respecto de una cosa que estaba muy por encima de ella."

B) El examen del alma y la confesión de sus defectos.

"Di entonces gracias a Dios que me había otorgado la victoria sobre mi alma y dirigiéndome a ésta le dije: "¡Oh alma mía! Por la "gloria de Aquel que te dió una naturaleza inclinada a la contradic-"ción y te hizo ser sujeto apto para toda cualidad vituperable, yo te "juro que no te dejaré tranquila con tus pretensiones, hasta que yo ha-"ya sometido todos tus estados de conciencia al contraste del Libro de "Dios y de la ley de su Profeta; si con estos modelos estás de acuer-"do y no encuentro en ti defecto alguno, accederé de buen grado a que "me domines como pretendes...; mas si te encuentro inferior a tales

(1) El sentido es: "Mi alma se defendió diciendo que si la intuición y fruición de la Majestad divina no le impidió sentir las emociones de reposo y alegría experimentadas al entrar en el cielo sin haber sufrido aquellas pruebas, se debía eso sencillamente a que las facultades del alma son varias y de jerarquía distinta: el entendimiento y la voluntad, facultades superiores a la sensibilidad, pueden estar absortas en la intuición y fruición de Dios, sin que esta absorción anule el ejercicio de la sensibilidad inferior."

"modelos, quedarán en pie mis argumentos en tu contra. Pero como yo "soy benévolo y misericordioso para contigo, transigiré y veré si caminas "al menos siguiendo las huellas de los Compañeros del Profeta. Si del "examen sales imitadora de alguno de ellos en alguna de sus virtudes, "te dejaré con él y quedaré contento en ti; mas si no te encuentro en "tal situación, seguiré caminando contigo tras las huellas de los asce- "tas de la generación inmediata a los Compañeros de Mahoma y de los "que tras aquéllos vivieron. Si con alguno de ellos coincides en tu con- "ducta, bien; pero si quedas por debajo de su nivel, el fuego más que "tus pretensiones será lo que mereces, pues toda tu sabiduría y ciencia "esotérica la estimaré como moneda falsa en manos de banquero ex- "perto." Respondió entonces mi alma y en parte dijo algo que es ver- dad: "Por lo que toca al Profeta, no compares mi estado espiritual "con el suyo, por respeto a su dignidad, pues en la dignidad profética "ni aun debemos osar poner el pie. No tienes, por tanto, derecho a ar- "güir en mi contra con el ejemplo del Profeta, mar de perfección en "el cual naufragan tanto la masa común de los fieles como los esco- "gidos... Y digo lo mismo del Alcorán, océano máximo, cuyo abismo "es insondable porque no tiene fondo al cual se pueda llegar, ni orillas "a las cuales se pueda arribar..."

[Sigue ponderando los sublimes misterios del Alcorán, inaccesibles a la razón natural, para inferir que no es tampoco justa la pretensión de contrastar su estado de conciencia con el modelo de la revelación alcorá- nica. Confiesa, en cambio, que ya sería más discreto empeño el de comparar su estado espiritual con el de los ascetas de los primitivos siglos del Islam, cuya pobreza y austeridad en el vestir y en el comer pondera. Abenarabi, con la mira puesta en estos modelos, sigue argu- yendo contra su propia alma en estos términos:]

"En nombre de Dios te pido ¡oh alma mía! que me digas: "¿Acaso "fuiste nunca más pobre que ahora, desde que habitas en la Casa Santa "de Dios?" Mi alma me respondió: "Seguramente que no." Mas yo le repliqué: "¡Loado sea Dios! ¿Cómo puede ser eso si te veo vestir camisa, "manto, zaragüelles, jubón, turbante, zapatos y capa, y te veo comer pan "fino, carne fresca y confituras, y veo que te sirven los príncipes y que "tus órdenes son obedecidas de tal modo que si dices "haced esto", se "hace, y si dices "no hagáis eso", no se hace? ¿Por dónde vas a ser tú "como aquellos ascetas?... No eres, en verdad, de su linaje! Avergüén- "zate a los ojos de Dios y vuelve sobre tus pasos!"

[Este primer defecto, confesado aquí por Abenarabi, repítelo con nue- vos pormenores poco después, al examinar su conciencia a la luz de los ejemplos de austeridad y virtud que tras de sí dejaron Omar b. Aljatab,

Otsmán b. Afán, Alí b. Abutálib, Abubéquer Asidic, Suleimán el Farisí y otros santos, Compañeros de Mahoma. He aquí el pasaje relativo a esta nueva confesión de su falta de sobriedad en la mesa:]

"¿Obraste acaso tú ¡oh alma mía! con tus discípulos y compañeros, alguna vez de esa manera? ¿Preferiste para ellos el manjar delicado y para ti la bazofia? Ella me respondió: "¡No, por Dios! Antes bien, "seguí con ellos una de estas dos maneras de obrar: si yo no tenía "para mí otra cosa que el manjar que ante ellos para comer les ponía, "acompañábalos a la mesa; pero si yo tenía algún plato más suculen- "to, como dulces, bizcochos y cosas semejantes, me lo comía a solas di- "ciendo: "Este plato, como más fino y delicado, me corresponde a mí." "Con estos fútiles pretextos me engañaba a mí mismo, para no reba- "jarme a mis propios ojos al comerlo. Decíame, en efecto, para mis aden- "tros: "Estos hermanos están todavía en el grado del aprendizaje y "por eso conviene que yo no siembre en sus corazones el amor de los "deleites sensibles dándoles de comer un plato como éste. En cambio, "en el grado que yo estoy, ningún efecto puede ya producirme seme- "jante manjar. No hay, pues, inconveniente alguno en que yo lo tome."

"Y en tal estado de ánimo me lo comía, sin ver que Dios me había de pedir estrecha cuenta de los deberes que consigo lleva la vida en co- mún, el ínfimo de los cuales me obligaba sin duda a participar de la bazofia que todos comían."

[Ante el ejemplo de Suleimán el Farisi, del cual se dice que reducía todas sus pláticas a la lectura del Alcorán, huyendo de la oratoria retó- rica y florida, Abenarabi obliga después a su alma a que confiese que muchas veces sentía fastidio del rezo alcorámico y de las otras devo- ciones vulgares, encontrando, en cambio, gran placer en oír y recitar versos rebuscados y enfáticos, en las sesiones de canto religioso a que con los sufíes asistía. El pasaje tiene, además, excepcional interés por la viva y pintoresca descripción de estas sesiones y de los éxtasis tau- matúrgicos que en ellas acaecían. Dice así:]

"Recitaba el cantor sus versos llenos de flores retóricas y de seduc- tores giros, y, al oírlo, me agitaba yo estremecido de emoción, y poniéndome de pie exclamaba: "¡Bravo! Por Dios juro que eso está muy bien." Y así, juraba por Dios en falso. Entre tanto, aquel maldito can- tor, instrumento de Satán, no cesaba de hacerme bailar, como lo hace el juglar con su mono, y cuando ya había logrado de mí lo que desea- ba, dábame un bofetón y me hacia caer de costado. Entonces alguno de los presentes, de tan escasa piedad como yo, cubríame con un manto, como para dejarme ya en paz; luego yo me levantaba y me felicitaba de mi rapto, mientras los ángeles del cielo me daban el pésame por la

ruina de mi fe y la pérdida de mi razón (1). Cuando la noche llegaba a su término, yo y aquel grupo de gentes, malvadas como yo, rendidas de fatiga de tanto danzar, apenas si lográbamos conciliar el sueño un momento y ya la aurora apuntaba. Nos levantábamos, pues, para hacer las abluciones rituales (si es que aquello merecía el nombre de ablución, y en seguida nos íbamos a la mezquita. Esto último, cuando por la gracia de Dios ocurría así, porque, si no, lo más frecuente es que quienes en tal estado se encuentran hagan en sus casas la oración de la mañana en un santiamén y de cualquier manera, suprimiendo la mayor parte de los ritos. Después me acostaba a descansar. ¡Ah, Dios mío! *Vade retro!* ¡No es este el camino de Dios! Si por acaso me ayudaba Dios con su gracia más que a los otros, hacía mi ablución ritual y salía de casa a la mezquita; una vez dentro, si me decían que ya la oración pública había terminado, no experimentaba por ello tristeza alguna ni me importaba un bledo, antes bien hacía en privado mi oración y me marchaba tan tranquilo, como si nada hubiese perdido, con el corazón alegre y despreocupado, cual si con aquella actitud y estado de ánimo me dijese yo para mis adentros: "El mérito de la oración ri-"tual en común ya lo he ganado con la intención de asistir a ella, y "además Dios me ha ahorrado la molestia de soportar la lentitud del "oficiante." Si, en cambio, llegaba a la mezquita a tiempo para asistir a la oración en común, entonces, una de dos: si me encontraba con el espíritu tranquilo y libre de toda fatiga, o bien asistía al oficio con la imaginación fija en el recuerdo de la noche pasada, pensando en la hermosura de la sesión, en lo bien que recitaba aquel cantor y en la belleza de sus versos, de modo que hacía la oración completamente distraído y sin darme cuenta ni del oficio ni de las palabras, porque lo único que hacía era ejecutar mecánicamente lo que a los fieles veía hacer: postrarme si se postraban, inclinarme cuando se inclinaban, levantarme si se levantaban y sentarme si se sentaban, o bien se apoderaba de mí el sueño —esta es la segunda hipótesis— y entonces me limitaba a esperar que el oficiante acabase la oración, lleno de impaciencia ante la pesadez con que leía el Alcorán, maldiciendo de él en mi interior, odiándolo cordialmente y diciendo: "¡Qué pesado es este hombre! Pues "no ha comenzado con el capítulo IX o con el LVI del Alcorán [que son tan largos]! ¿Por qué no se ha contentado con los capitu-"los LXXXII u LXXXIX [que son los más breves], cuando el Pro-"feta mismo es el que manda que los oficios sean cortos? Eso es con-"trariar las costumbres tradicionales del Profeta!" ¡Oh, alma mía! Al

(1) Cfr. Asín, *La mystique d'Al-Gazzâli*: "Mélanges de la faculté orientale." Beyrouth, 1914; tomo VII, págs. 94-95.

indignarte en esa forma, al escandalizarte de aquello hacíaslo en verdad por motivos bien ajenos al celo religioso. Porque ¿cómo no te avergonzabas a los ojos de Dios ante el recuerdo de la noche anterior, en que te viste, alma mía, convertida en juguete de Satán, víctima de sus burlas, sometida por el cuello al yugo de sus violentos golpes y sujeta tu cabellera por sus manos, y, a pesar de todo ello, en vez de encontrar fastidio, sentías gran placer? Pero la desgracia mayor de todas, la calamidad más grave, la enfermedad mortal y la catástrofe definitiva (que nadie sino Dios podría sondear) era que yo, estando como estaba en tal situación de ánimo, decía, sin embargo, que mi alma vivía con Dios y en Dios, que por Dios me levantaba en mis trances extáticos y que con Dios pronunciaba entonces mis frases enigmáticas y audaces y que hasta la unión con Dios había llegado y que con El hablaba y que Dios me decía esto o lo otro. Aún llegaba a más alguno de aquellos necios como yo, pues irritado si se le contradecía, exclamaba: "¿Por qué no me interro-"gan cuando salgo de mi rapto extático?" Y por cierto que si se le hubiese interrogado habría quedado cubierto de vergüenza, sin saber qué decir. Y aun en el supuesto de que algo hubiese respondido, sus respuestas habrían sido mentirosas, igual que las que yo daba, como inspiradas por Satanás, que con astucia presenta al espíritu fantasmas engañosos, los cuales el iluso interpreta luego erróneamente. Ya lo predijo Dios [*Alcorán*, VI, 21]: "Los demonios inspirarán a sus clientes "a que disputen con vosotros; si les dais oidos, vendréis a ser idólatras." El falso místico es, pues, un cliente de Satanás, que por su lengua habla, y el que a sus palabras da oídos, entre los idólatras o politeístas se cuenta. Y no es preciso decir más sobre una reunión que encierra o contiene politeístas y clientes de los demonios."

"Mi maestro de espíritu (1), que era de los místicos expertos en achaque de revelaciones y éxtasis, refirióme de un hombre, ciego de la vista corporal, pero de gran santidad, que asistiendo una vez a cierta sesión de estas de canto religioso, exclamó de pronto: "El diablo "acaba de entrar aquí en figura de macho cabrío." Y efectivamente lo vió que iba olfateando a todos los allí presentes, uno por uno. Añadió mi maestro que el ciego se sentó y comenzó a describir exactamente los rasgos externos característicos de todos los presentes, uno tras otro, tal y como eran por sus figuras y trajes, y al mismo tiempo decía: "¡Mira "al maldito Satanás cómo va caminando hacia ellos y los va mirando!" Hasta que al fin exclamó: "Míralo cómo se fija en uno de ellos que

(1) El texto no da el nombre del maestro a que Abenarabi alude aquí; es, sin embargo, evidente que se trata de alguno de sus maestros españoles.

"lleva capa bermeja y la cabeza tocada con turbante y velo. Vol-"veos hacia él." Volvímonos —continuó mi maestro— y vimos que en efecto el sufí, a quien aludía, se esforzaba por caer en el éxtasis. El ciego siguió diciendo: "Ahora veo que el maldito Satanás se detiene "ante ese hombre." Luego añadió: "¡Míralo cómo intenta atravesarlo "con su cuerno!" Finalmente exclamó: "¡Ya lo embiste y lo cornea!" Y, en efecto, he aquí que aquel sufí lanzó un grito y, vencido por la fuerza del trance extático, se puso de pie y comenzó a proferir frases enigmáticas y audaces. Los concurrentes le imitaron poniéndose también en pie, mientras él seguía en aquella guisa."

C. *Digresión sobre la licitud del canto religioso y la discreción de espíritus.*

[Interrumpe aquí Abenarabí el diálogo que con su propia alma sostenía, para intercalar una digresión sobre la licitud del canto religioso. Después de citar varios textos alcoránicos y palabras del maestro Abumedín que reprueban el empleo de los versos en los actos religiosos, desenvuelve su tesis en estos términos:]

"Todos los maestros de espíritu que hayan practicado el ejercicio del canto religioso, una de dos: o bien habrá sido antes de alcanzar el grado de confirmación en la unión con Dios —y en tal período el canto religioso es ilícito, a nuestro juicio—, o bien habrá sido después de alcanzar dicho grado, y, en tal hipótesis, si practican ese ejercicio con sujeción a las condiciones taxativas que explicamos en otros lugares, puede pasar; pero teniendo en cuenta que con ello el tal maestro habrá descendido del sublime grado en que ya estaba a otro inferior y menos perfecto, por buscar un deleite sensible. Esta es la razón por la cual hablando de cierto maestro de espíritu a quien personalmente habíamos conocido y del cual entonces se nos dijo que era apasionadísimo del canto religioso (siendo así que anteriormente ni siquiera lo mentaba en sus enseñanzas), al consultarnos alguien entonces acerca del juicio que tal maestro nos merecía, dijimos: "Ese maestro había alcanzado "ya el grado de confirmación en la unión, mientras que el canto reli-"gioso, pertenece, por el deleite sensible que produce, a un grado in-"ferior en el camino de la perfección; luego, a mi juicio (aunque sólo "Dios sabe la verdad), ya no es aquel mismo maestro confirmado en gra-"cia. Porque ¿acaso no descendió voluntariamente de su alto grado por "darse una satisfacción sensible y mundana entregándose al goce de las "emociones del canto religioso? Su alto grado de perfección servirá aca-"so de título para ennoblecer o sublimar al canto religioso, pero no a "la inversa, pues el canto religioso se sublima por los místicos ilu-

"minados que lo practican, mas éstos jamás se ennoblecen con su ejer-"cicio. Todo ello cuando se trate —como hemos dicho— de un maes-"tro de espíritu que sea de altísima perfección, lo cual ocurre raras "veces, salvo en el caso de que Dios quiera conservarlo, a pesar de "todo, en aquel grado sublime de confirmación en gracia durante largo "tiempo. Tenga, pues, presente el maestro de espíritu que, si es ya un "místico iluminado y confirmado por Dios en la unión con El, puede "ser depuesto de tan alto rango y que si torna al ejercicio del canto "religioso, su retorno significa un castigo que Dios le impone por al-"gún pecado que habrá cometido. Cabalmente por eso se siente enamo-"rado con pasión del canto religioso y sólo en éste experimenta sus "éxtasis, y cuando el canto religioso le falta, no los experimenta. Es, "pues, una insidiosa prueba a que Dios somete su virtud, para ver si "se deja engañar. Llore, pues, por su alma y examine su conciencia. "Es seguro que encontrará algún pecado que por fuerza ha debido "cometer."

[Este problema de la licitud del canto religioso sugiere a Abenarabi la necesidad de discernir con cuidado en las emociones que el alma experimenta en el éxtasis, las que proceden de la gracia de Dios y las que, a pesar de todas las apariencias, se deben a sugestión diabólica o a estímulos naturales de la psicología humana. Estamos, pues, en presencia del interesante tema que los místicos cristianos llamaron, desde el siglo XVI, *la discreción o discernimiento de espíritus,* que Abenarabi desarrolla en los siguientes términos:]

"Se dan en el hombre una multitud de estados psicológicos, todos los cuales se pueden reducir a dos, que se llaman *angustia* y *desahogo* del ánimo, o, si quieres, *temor* y *esperanza,* o, si te parece, *fastidio y bienestar,* o, si prefieres, *encogimiento* y *familiaridad,* etc etc. Ahora bien, siempre que el hombre (cualquiera que sea su condición, místico iluminado o simple novicio, confirmado ya en la gracia de la unión o expuesto aún a versatilidades de conciencia) se sienta afectado por alguno de estos estados de ánimo, es imposible que tal estado le afecte sin la intervención de algún motivo o causa que lo produzca. Tan sólo un caso de excepción puede darse y es aquel de que los maestros de espíritu hablan, a saber: cuando en contados momentos el alma experimenta la emoción de angustia o de desahogo, sin conocer su causa, y en estos casos los místicos expertos temen que tales emociones no sean alguna insidiosa prueba a que Dios los somete. Siempre, pues, que el hombre se sienta afectado por alguno de estos estados psicológicos, debe de examinar cuál sea el impulso o motivo que lo determina y en cierto modo se lo impone. Si el motivo ha sido un versículo del Libro

de Dios, entonces la emoción sentida se funda en sólido cimiento. Y la prueba de ello es que el alma sensitiva o apetito concupiscible no es sujeto apto para recibir el Alcorán excelso, antes bien, por su propia naturaleza y esencia, se le hace pesado o molesto. Todavía es más inverosímil que Satanás tenga parte alguna en la producción de esos estados psicológicos que experimenta al leer el Alcorán, puesto que Satanás no tiene otro medio de influír en ti que tu propia alma sensitiva y a ésta, como hemos dicho, le repugna, por su débil naturaleza, el soportar el Alcorán. Luego es imposible que del Alcorán surja un estado psicológico cualquiera, debido a influencia de Satanás o del alma sensitiva. Se ve, por consiguiente, que tal estado psicológico tiene que subsistir en el entendimiento, el cual subsiste en el espíritu y no en el alma sensitiva. Mas el espíritu humano es amigo del ángel, y el ángel es amigo de la ciencia, de la sagacidad, de la inspiración, de la mano diestra, de la vida futura, de la vigilancia, de la verdad y de la certeza. Luego es preciso que en ese estado psicológico, que en ti se ha despertado al leer el Alcorán, exista el amigo de la ciencia o de alguna otra de las realidades que te acabamos de enumerar..., así como, en el caso de que el estado psicológico se deba a influencia de los versos, del canto religioso, del aplauso y de la música, únicamente puede subsistir en la concupiscencia y ésta en el alma sensitiva, la cual es amiga de Satanás, cuyo aliento es la poesía erótica... De modo que Satanás es para el alma sensitiva lo mismo que el ángel para el espíritu: así como el ángel es el fiel administrador de las cualidades buenas que antes hemos enumerado en parte, así también Satanás lo es de sus opuestas; es decir, que Satanás es el encargado de la ignorancia, como el ángel lo es de la ciencia; y dígase lo mismo de las otras cualidades: la sospecha y su opuesta, que es la sagacidad; la tentación, y su contraria la inspiración; la izquierda, opuesta a la derecha; la vida presente, contraria de la futura; la negligencia, opuesta a la vigilancia; el error, contrario a la verdad; la duda, opuesta a la certeza; el pecado, contrario a la virtud; el antropomorfismo en la concepción de Dios, contrario a la concepción de un Dios trascendente; el politeísmo, en sus varios grados, opuesto al monoteísmo, y así respecto de las otras cualidades opuestas, que sería prolijo enumerar en esta breve improvisación, pues se trata de un tema amplísimo, del cual aquí no cabe más que ofrecer un ejemplo esquemático."

"Según esto, todo estado psicológico que nazca del Alcorán debe elevar al sujeto que lo experimenta hasta la posesión de alguna de aquellas buenas cualidades en grado más alto que el obtenido por el canto religioso. Y decimos "que nazca del Alcorán", en el sentido de que

dicho estado psicológico vaya acompañado, en la conciencia del oyente, de la *idea* que el texto alcoránico leído despertó y no de la representación fantástica (provocada por la lectura alcoránica) de alguna persona de quien el oyente esté enamorado o de la imagen de la mujer que él haya escogido como "hermana en Dios", según pretenden algunos sufíes. Todo esto exige, además, determinadas condiciones."

"En cambio, todo estado psicológico que nazca de la poesía o del canto religioso debe hacer descender al sujeto que lo experimenta hasta alguna de las cualidades inferiores, opuestas a las que el Alcorán provoca."

"El misterio de esta diferencia está en que la fuerza evocadora del Alcorán tiene su raíz en ser éste la palabra de Dios, la cual, como santa por su esencia, está inmunizada contra toda imperfección y mácula, imposibles de concebir en él. Es, por tanto, absurdo suponer que provoque o determine en el alma otros estados psicológicos sino aquellos que sean conformes con la pureza nativa del Alcorán mismo. En cambio, la fuerza evocadora del verso tiene su raíz en ser éste palabra de la criatura, imperfecta por ende, manchada e incapaz de aspirar a la perfecta pureza, por razón de su propia esencia creada, mixta de perfección e imperfección. A lo más que puede llegar la poesía es a esto: a ser algo mezclado de perfecto e imperfecto, sin lograr jamás la pura perfección; y desde este *summum* puede, naturalmente, descender hasta lo más bajo en la escala de lo imperfecto y de lo sucio. Es, por tanto, imposible suponer que provoque o determine en el alma sino estados psicológicos imperfectos y sucios. Y cuenta que esto sucederá aun tratándose de los místicos iluminados que hayan llegado ya a la meta de la perfección. Con ellos, en efecto, hablo ahora y a ellos me refiero, es decir, a los señores y magnates de la vida espiritual, los cuales conocen bien por propia experiencia esto que estamos diciendo. Con los que ocupan grados inferiores a ellos, es decir, los postulantes y novicios, no tenemos para qué hablar de este tema. Por eso Abuyezid el Bistamí (1), al tratar del canto religioso como ejercicio espiritual de los místicos iluminados, niega rotundamente que constituya para ellos un grado de perfección y hasta los considera víctimas de un verdadero infortunio, del cual pide a Dios que a él personalmente

(1) Famoso místico oriental del s. IX de J. C. Es difícil averiguar a cuál de sus obras corresponden las citas que Abenarabí inserta en este pasaje. Massignon, en su *Essai sur les origines du lexique technique de la mystique musulmane* (Paris, Geuthner, 1922), págs. 243-256, no alude, al estudiar extensamente la doctrina del Bistamí, a estas ideas suyas sobre la licitud del canto religioso.

lo libre, lo mismo que de otras gracias preternaturales, como son las de recorrer instantáneamente grandes distancias, andar sobre el agua y por los aires. En cambio, pedía a Dios que lo hiciera apto para recibir de El alguno de sus secretos misterios. Por consiguiente, si un maestro como Abuyezid hubiese creído que esos misterios divinos podía adquirirlos mediante el ejercicio del canto religioso, no habría rogado a Dios que lo preservase de él como de un peligro. Al tratar luego del novicio, dice: "Si veis al novicio inclinado a la práctica del canto "religioso, tened por cierto que todavía queda en su alma un resto de "afición a la frivolidad." Consideraba, por tanto, Abuyezid el canto religioso una frivolidad para el novicio y un grave infortunio para el iluminado."

"He citado estas palabras de Abuyezid únicamente porque llegó a mis oídos que cierta persona (de esas que obedecen ciegamente al criterio de autoridad en los problemas de la vida espiritual), cuando me oyó desaprobar el canto religioso (cuya esencia le expliqué con tal claridad, que acabó por darme la razón), decía luego: "Autoridad por "autoridad, prefiero someterme a la de los antiguos maestros de espí- "ritu, que aprobaban el canto religioso." Por eso hemos citado las palabras de Abuyezid; porque era uno de los antiguos maestros y nuestras palabras coinciden con las suyas."

"También ha llegado a mi noticia por conducto fidedigno que uno de esos que se las echan de maestros de espíritu sin serlo en realidad, asistía asiduamente a nuestra clase, y al oírnos tratar del canto religioso y de su licitud, pero demostrando que, aunque lícito, su ejercicio implicaba imperfección en los grados de la vida espiritual (para lo cual dábamos su definición exacta y señalábamos los peligros a que puede conducir a quienes lo practican), se llenó de ira y dejó de asistir. Pregunté luego por él para saber qué le había pasado, y me dijeron que decía: "Los maestros de espíritu, como Abenadacac, Abderrazac (1) "y otros, practicaban ya el canto religioso." Al oír esto no supe de qué maravillarme más: si de su ignorancia al juzgar de la verdad de una doctrina por los hombres que la profesan (puesto que a los hombres es a quienes no se les reconoce más que mediante la doctrina que profesan, mientras que la verdad de ésta jamás se la reconoce mediante los que la defienden), criterio sintomático de su crasa ignorancia y ciega sumisión al principio de autoridad, del cual criterio ¿cómo esperar en materia científica éxito alguno para quien lo sigue ni mucho

(1) No me es posible identificar la personalidad de estos dos místicos orientales, cuyos nombres faltan en las dos obras citadas de Massignon, tan ricas en índices onomásticos.

menos para los demás?, o bien si maravillarme de sus cortos alcances para enterarse de la doctrina que le habíamos expuesto acerca del canto religioso, puesto que nosotros no lo prohibíamos, antes bien declarábamos lícito el recitar poesías y el cantar, en la medida que la Revelación textualmente consigna, y sólo después de eso tratábamos de la imperfección que implica ese ejercicio en los grados de la vida espiritual, fijando el lugar preciso que ocupa entre ellos y la diferencia que lo separa de los demás, lo mismo que se establece por los maestros la diferencia que hay entre el que pone abnegadamente su confianza en sólo Dios y el simple asceta (1)."

III. Biografías de sus maestros de espíritu (2).

Esta tercera parte de la *Risala* es, como dijimos, su asunto principal y, por ello, la más extensa. Abenarabi entra en ella bruscamente, sin prólogo que la prepare ni transición que la justifique. Basta, sin embargo, la lectura de las dos partes anteriores para explicarse sin esfuerzo el objeto de esta tercera: enfrente de los ejemplos de corrupción y decadencia que la espiritualidad oriental le ofrecía, Abenarabi quiere presentar los de virtud y perfección de que fué testigo durante los cuarenta años que vivió en Occidente; a la vez, estos ejemplos de sus maestros y hermanos en religión sírvenle de motivos eficaces para su humillación propia y de estímulos para la enmienda de los defectos advertidos y confesados en la parte segunda.

1. *Abuchafar el Oryaní* (3).

"De entre todos mis maestros, el primero a quien encontré en el camino de Dios fué Abuchafar el Oryaní. Llegó a Sevilla, donde vivíamos, cuando yo comenzaba a iniciarme en el conocimiento de este sublime método de perfección espiritual,

(1) Suprimo en mi análisis el contenido de los fols. 12 v.º al 21 v.º, en que termina Abenarabi el diálogo con su alma, porque nada encierran de interés para su autobiografía.

(2) *Esc.*, fol. 21 v.º-40; *Mor.*, fol. 28-51 v.º

(3) *Esc.*, fol. 21 v.º; *Mor.*, 28 r.º Este maestro es el que el *Fot.* llama *passim* Abulabás. Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 7. Corríjase allí Loulé en vez de Soule, que por errata se puso. Esta identificación de Olya = Loulé fué hecha por David Lopes en su libro *Os Arabes nas obras de Herculano*, pág. 80.

y fuí uno de los que se apresuraron a acercarse a él. Entré, pues, a visitarle y me encontré con un hombre completamente entregado a la práctica de la oración mental. Le di mi nombre, y así que hubo conocido lo que de él deseaba, me dijo: "¿Estás firmemente decidido a seguir el camino de Dios?" Yo le respondí: "El siervo decidido está; pero Dios es quien otorga la firmeza." Entonces me dijo: "Cierra, pues, la puerta, corta los lazos de las cosas de acá abajo y siéntate a esperar que el Dador generoso de todo bien te hable tras de los velos que lo ocultan." Puse en práctica seguidamente sus consejos hasta que Dios se me reveló."

"Era este maestro un campesino iletrado que no sabía ni escribir ni contar; pero cuando hablaba de la ciencia de la unificación (1) no había ya más que oír. Con su sola intención fijaba las ideas como si las consignara por escrito y con su palabra ponía al descubierto la realidad positiva de los seres. Jamás lo verías sino haciendo oración mental, previamente purificado con la ablución ritual y orientado en dirección al templo de la Caaba. La mayor parte de su tiempo lo pasaba ayunando."

"Cogiéronlo cautivo los cristianos (2), tal y como él lo había previsto, pues a las gentes de la carabana con la cual iba de viaje les dijo: "Mañana nos cojerán cautivos a todos." Y en efecto, al amanecer se les presentó de improviso el enemigo y los cogió cautivos sin dejar uno. Hospedáronle honrosamente durante su cautiverio, destinándole una habitación limpia y hermosa en la cual trabajaba. Luego concertó su rescate con el infiel a quien pertenecía, por la suma, creo, de quinientos dinares. Vino pues a nuestra tierra [para procurarse la suma] y la gente le dijo: "Te la reuniremos tomándola de dos o tres personas." Pero él respondió: "No quiero tomarla si no es recogiéndola de muchas personas. Si me fuese posible reunirla tomando de cada hombre un solo céntimo, lo haría, porque Dios me ha asegurado que hasta un simple aliento con el cual

(1) Esta palabra —*tawhid*— tiene aquí el sentido técnico de "la unificación o unión íntima del alma con Dios en el éxtasis".

(2) Literalmente "los francos" (*al-afranch*). Entre los musulmanes de España, este nombre designaba los cristianos de la región nordeste.

se pague algo que sirva de rescate del fuego del infierno, es cosa que aprovecha a todo el pueblo de Mahoma."

"Otro de los hechos que le sucedieron fué que, estando en Sevilla en nuestra casa, Dios le dijo: "Los habitantes de Alcázar de Cotama (1) están necesitados de lluvia. ¡Anda, pues, a ellos y hazles la oración *ad petendam pluviam,* a fin de que Yo les dé el agua que necesitan!" Nos contó esta revelación y salió de Sevilla con dicho objeto, acompañado de Mohámed, uno de sus discípulos. Como entre nosotros y los habitantes de Alcázar mediaba el mar y una distancia de ocho días, alguien le dijo: "Ruega a Dios por ellos desde aquí." Pero él replicó: "Se me ha mandado que salga para ir a ellos." Salió, pues, de Sevilla, y cuando ya llegaba a Alcázar de Cotama y dominaba la población desde una altura, se vió imposibilitado de entrar en ella e hizo desde allí la oración *ad petendam pluviam,* sin que los habitantes se enterasen, y Dios en el mismo instante les dió el agua. Regresó seguidamente desde aquel lugar sin entrar en el pueblo y al llegar a Sevilla nos dijo su fámulo Mohámed, el que había ido con él: "Cuando Dios les envió el agua y la lluvia caía a raudales, el turbión nos envolvía por la derecha y la izquierda, por delante y por detrás; pero nosotros íbamos andando, sin que nos tocase ni una gota. Díjele entonces al maestro: ¡Refúgiate [si puedes] adonde la misericordia de Dios no te alcance!" El dió un grito y exclamó: "¡Por ella soy conducido, oh Mohámed Abenarabi! (2). ¡Qué lástima! ¡Si de ella me hubiese acordado allí! [en Sevilla]" (3).

"Entró a visitarle un hombre acompañado de su hijo. Yo estaba sentado a su vera. Saludó el hombre y dijo a su hijo: "¡Salúdale!" El maestro, a la sazón, había ya perdido la vista. El hombre aquel dijo entonces al maestro: "¡Señor! este hijo mío lleva el Alcorán y lo conserva de memoria." Demudóse

(1) Nombre primitivo de Alcázarquibir. Cfr. *Archives Marocains,* II, fasc. 2.º, pág. 19.

(2) Aquí declara implícitamente Abenarabi haber sido él quien acompañó a Abucháfar en aquel viaje.

(3) El sentido paréceme ser éste: "La misericordia de Dios me acompaña y conduce a doquiera que vaya. La lluvia, efecto de la misericordia divina, estaba, pues, a mi disposición sin necesidad de haber salido de Sevilla."

el maestro y dando un grito cayó en éxtasis y dijo: "¡El Ser Eterno es el que lleva al ser temporal! El Alcorán es el que sustenta a tu hijo y nos sustenta a nosotros. El es quien conserva a tu hijo y nos conserva a nosotros." (1). Y esto que dijo era indicio de cómo andaba siempre en la presencia de Dios."

"Era hombre de tan sólida piedad, que no le hacía mella reproche alguno, viniera de quien viniera. Cuando yo entraba a visitarle, decíame a menudo: "¡Bien venido seas, hijo piadoso. Todos mis hijos me contradicen y reniegan de mis beneficios, excepto tú, pues sólo tú los confiesas y reconoces y sólo tú me colmas de honores. Plegue a Dios que jamás te los borre de la memoria!"

"Preguntéle una vez qué le había ocurrido con Dios en el comienzo de su iniciación, y me contestó: "Todo lo que yo necesitaba ganar para el sustento de mi familia durante el año eran ocho costales de higos secos, de a cien libras cada uno. Cuando yo, pues, dejé de trabajar para consagrarme al trato con Dios en la soledad, mi mujer comenzó a gritarme y a injuriarme diciendo: "¡Levántate de ahí y trabaja y trae a casa lo necesario para mantener a tus hijos durante este año!" Con estas palabras mi mujer me turbó en mi propósito y dije en mi interior: "¡Oh Señor! esta mujer va a ser un obstáculo que se alce entre mí y Tú, pues no dejará de perseguirme sin cesar. Si, pues, Tú quieres que yo me consagre a tu trato, líbrame de la preocupación de mi mujer. Y si no me quieres para Ti, dámelo a conocer." Dios entonces me comunicó en lo más íntimo de mi espíritu esta respuesta: "¡Oh Ahmed!, siéntate tranquilo, pues no pasará este día sin que yo te traiga veinte costales de higos, lo bastante para mantener a tu familia dos años y medio, y más y más todavía. ¡Siéntate, pues, a conversar con Nós y no ceses!" "Apenas habría pasado una hora, cuando he aquí que un hombre llamaba a la puerta trayendo al hombro un costal de higos de regalo. Díjome entonces Dios: "Este es uno de

(1) El doble sentido de la frase nace de que las palabras حمل *llevar* y حفظ *conservar* significan aquí por el contexto *poseer una ciencia* y *guardar en la memoria*, respectivamente.

los veinte." Aún no se había puesto el sol, y ya tenía en casa los veinte costales completos. Mi mujer y los niños se llenaron de alegría y además mi mujer me dió las gracias, completamente contenta de mí."

"Era hombre de mucha meditación y lleno siempre de alegría en todos los estados de su trato espiritual con Dios. En la última visita que le hice acompañado de un grupo de hermanos en religión nos lo encontramos sentado. Después que lo saludamos, uno de los del grupo quiso hacerle una consulta; pero antes que se la hiciera, he aquí que el maestro levantando la cabeza dijo: "Tomad, ahí tenéis un problema que te propongo a ti, Abubéquer —y me señaló a mi— (1): No acabo nunca de maravillarme de aquel dicho de Abulabás b. Alarif (2): "Hasta que se aniquile el que no existió, y subsista el que no dejó de existir (3)." Porque nosotros sabemos que el que no existió es un ser aniquilado, y el que no dejó de existir es un ser subsistente. ¿Qué es, pues, lo que quiso decir Abulabás? Respondedme." Entre todos los del grupo no hubo uno que le respondiera. A mí, en cambio, se me ofreció la respuesta que convenía dar y estuve ya a punto de resolver el problema; pero no llegué a pronunciar palabra, porque me era muy violento el hablar; y como el maestro sabía muy bien que yo era así, no insistió."

"Para dormir jamás se despojaba de sus vestidos. En el ejercicio del canto religioso no se conmovía; en cambio, cuando oía recitar el Alcorán, sentíase tan contrito y emocionado, como si sus entrañas estuviesen en ebullición. Yo hice una vez la oración del alba en su compañía, en la casa de mi querido y sincero amigo Abuabdala el Jayat, [el sastre], conocido por el sobrenombre de *el segador,* y de su hermano Abulabás Ah-

(1) Abenarabi, en efecto, se apellidaba Abubéquer.

(2) Cfr. *Autob. cronol.,* párrafo 17.

(3) El texto árabe dice حتى يفنى ما لم يكن ويبقى ما لم يزل. No encuentro en la obra de Abulabás b. Alarif, titulada محاسن المجالس única que de él se conserva (*Esc.,* 732, fols. 42-54), este texto.—Su sentido parece aludir a la inconsciencia del éxtasis, en el cual se aniquila en el alma del místico la conciencia de su propio ser (que como criatura es realmente nada *per se*) y subsiste sólo la presencia de Dios que, como Ser eterno, jamás dejó de existir.

med el Hariri (1). Leía el que oficiaba el principio del capítulo LXXVIII del Alcorán, y cuando llegó al versículo 6.°, en que dice Dios: "¿Acaso no hemos establecido a la tierra como un lecho y a las montañas como pilares?", me distraje y no seguí la lectura del oficiante ni oí ya nada de lo que decía; pero vi al maestro Abucháfar que estaba, en tanto, diciendo: "El lecho es el mundo, y los pilares son los creyentes. El lecho son los creyentes, y los pilares son los iluminados. El lecho son los iluminados, y los pilares son los profetas. El lecho son los profetas, y los pilares son los enviados o apóstoles. El lecho son los enviados... ¡Veamos! ¿Qué?" Y siguió citando de las sentencias esotéricas primarias cuantas quiso. En esto volví en mí, cuando el oficiante leía (versículos 38-39): "Y dijo lo justo. Aquel día es el de la verdad." Cuando luego hubimos terminado la oración, yo le interrogué y me encontré que a él también le había venido a las mientes, durante la lectura del versículo aquél, lo mismo que yo había experimentado en mi visión extática."

"En cierta ocasión un hombre lo echó al suelo para degollarlo con el cuchillo que en la mano tenía. El maestro tendióle su cuello; pero sus discípulos trataron de sujetarlo. Entonces les dijo el maestro: "¡Dejadle que haga lo que le han mandado!" Y diciendo esto, tomó el cuchillo con el objeto de pasar él mismo su filo por su propia garganta. Dios, sin embargo, hizo que el cuchillo se le cruzase en la mano y se le cayese al suelo. El asesino entonces se arrojó a sus pies arrepentido."

"Si no fuera por evitar la prolijidad, mostraríamos todavía muchas otras maravillas de este maestro y de otros que, por la misma razón, ni mencionaremos siquiera. De sus frases llenas de alusiones simbólicas, algunas las profirió con ocasión de ciertas conferencias que con nosotros tuvo sobre cuestiones de teología mística, relativas a las estancias o moradas del camino de la perfección y a otros temas. También compuse acerca de este maestro unas estrofas, que ahora no he de citar."

(1) Cfr. infra, biografías 9.ª y 10.ª El apodo del primero es allí "el Jayat" sólo, y el del segundo es allí "el Jarraz" (el zapatero) en vez de "el Hariri".

2. *Yúsuf el Cumí* (1).

"Nuestro maestro de espíritu y doctor Abuyacub Yúsuf b. Yajlaf el Cumí, el Abasí, fué discípulo personal de Abumedín y trató también a otras autorizadas personalidades en estas tierras de occidente. Afincó después en tierras de Egipto algún tiempo y se casó en la ciudad de Alejandría. El erudito tradicionista Abutáhir el Silafí deseó mucho emparentar con él (2). Se le ofreció el cargo de gobernador de Fez y lo rehusó. En el camino de la perfección asentó su pie sólidamente. Tanto, que el mismo Abumedín, es decir, la lengua y el intérprete de este método de vida espiritual en tierras del Magreb, decía de él: "Abuyacub es como el áncora firme para el barco." Era hombre rico, de muchos ingresos, y hacía sus limosnas en secreto. Honraba al pobre y vilipendiaba al rico. Apresurábase a satisfacer las necesidades del pobre por sí mismo, personalmente."

"Yo entré bajo su dirección espiritual y él fué quien me educó y me crió. ¡Oh, y qué buen maestro y educador fué para mí! Mi compañero Abdala Béder el Abisinio (3), que lo vió y pasó las noches en su casa, decía de él: "Cuando el maestro quiere, toma al novicio y lo alza desde el más ínfimo grado hasta el más alto en un abrir y cerrar de ojos."

"Era un místico de grandes aspiraciones. La regla de vida que principalmente seguía era la de los *malamíes* (4). Pocas veces lo encontrarías sin el ceño fruncido; pero así que veía a un pobre, un relámpago de alegría disipaba las nubes de su

---

(1) *Esc.*, fol. 23 r.º; *Mor.*, fol. 29 v.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafos 5 y 6. Allí se le llama "b. Jálaf".

(2) Este famoso tradicionista, maestro de muchos alfaquíes españoles, era de Ispahán, donde nació el año 475 hég. (1082 de J. C.) y se trasladó a Alejandría, donde enseñó públicamente en la escuela construída para él por el Gobierno. Murió allí mismo el año 576 (1180). Cfr. Brockelmann, *Geschichte d. ar. litt.*, I, 365.

(3) Cfr. *Autob., cronol.*, párrafos 20, 26, 30.

(4) Escuela sufí, originaria de Oriente, cuya regla esencial consistía en ocultar a los ojos de los hombres la interior perfección espiritual bajo apariencias de vicio o imperfección moral, que atrajesen sobre el místico los vituperios y el desprecio de los fieles, a fin de evitar así el grave peligro de la vanidad espiritual. Cfr. Nicholson, *Kashf al-mahjúb* ("Gib Memorial", XVII; Leyden, Brill, 1911), págs. 62-69, 183-184.

cara. Yo lo he visto atraer hacia sí al pobre, hasta sentarlo sobre sus rodillas. A sus discípulos los servía él mismo en persona."

"En sueños lo vi una vez con el pecho abierto y en su interior una lámpara que alumbraba como si fuera el sol. Decíame: "¡Mohámed, trae!" Y yo le traía unas grandes escudillas blancas. El entonces iba vomitando en ellas leche, hasta que las llenaba. Yo me bebía una, mientras él seguía llenando otra" (1).

"Grandes son las gracias que yo logré por la intercesión y trato de este maestro, así como por la de Abumohámed el de Morón (De éste haremos mención más adelante, si Dios quiere)" (2).

"La primera cuestión que me propuso la vez primera que lo vi (en la cual, por cierto, ya se consagró a mí con toda su alma) fué ésta: "¿Qué pecado comete el que pasa por delante de uno que está haciendo la oración ritual, hasta el punto de que se le imponga en la otra vida el castigo terrible de quedar detenido en el purgatorio durante cuarenta otoños?" Yo le contesté lo que entonces se me ocurrió, dentro de mis limitadas facultades, y mi respuesta le llenó de gozo."

"Cuando yo me sentaba delante de él, lo mismo que ante cualquiera otro de mis maestros espirituales, temblaba como la hoja en un día de fuerte viento: la voz de mis palabras se alteraba y mis miembros todos se quedaban como entorpecidos y embotados, hasta tal punto que el maestro, al darse cuenta de ello por sólo mi aspecto, se esforzaba en tratarme con toda familiaridad y llaneza, a fin de disipar mi timidez; pero todo esto no servía sino para aumentar en mí el respeto y la veneración que me inspiraba. El me amaba realmente; pero no me lo mostraba a las claras, antes bien me apartaba de su intimidad, mientras atraía hacia sí a mis condiscípulos y aprobaba cuanto éstos decían, mientras que a mí me reprendía en las clases y reuniones públicas; tanto me injuriaba e insultaba que todos mis condiscípulos, los que conmigo estaban bajo su

(1) Abenarabi alude, sin duda, a las enseñanzas esotéricas que de su maestro recibió, simbolizadas en la leche de este ensueño.

(2) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 9. Cfr. infra, biografía 14.ª

dirección espiritual y a su servicio, acabaron por considerarme como dotado de muy poca vocación. Sin embargo, de todo aquel grupo de discípulos, sólo yo (¡loado sea Dios!) acabé por salir con éxito del noviciado. Y así lo decía luego el maestro."

"Una de las maravillas que de este maestro vi con mis propios ojos fué la siguiente: Yo no había visto jamás todavía la *Risala* del Coxairí (1) ni ningún tratado de mística de otros autores; ni siquiera sabía que autor alguno hubiese escrito obras de esta materia; es más, ni aun conocía qué sentido pudiese tener la palabra *sufismo*. Pues bien: montó cierto día a caballo mi maestro, mandándome a mí y a otro de mis condiscípulos que saliésemos hacia Monteber (2), que es un elevado monte, a una parasanga de Sevilla. Salí, pues, yo con mi compañero, a la hora de abrirse la puerta de la ciudad. Mi condiscípulo llevaba en la mano la *Risala* del Coxairí. Yo no sabía entonces quién era el Coxairí ni qué cosa fuese su *Risala*. Subimos al monte y nos encontramos con que ya el maestro, con su criado, se nos había adelantado. Detuvo su caballo y entramos en una mezquita que hay en lo más alto de aquel monte. Hicimos la oración, y luego, de espaldas a la alquibla, entregóme el maestro la *Risala* diciéndome: "Lee." Yo, por la turbación, no podía ni enlazar una palabra con la siguiente y el libro acabó por caérseme de la mano. Dijo entonces el maestro a mi compañero: "Lee tú." Mi condiscípulo tomó el libro y leyó. El maestro explicaba lo que iba leyendo. Y no cesó de explicar, hasta que hicimos la oración de la media tarde. Entonces dijo: "Bajemos a la ciudad." Montó en su caballo y se puso en marcha, yendo yo a su lado con mi mano cogida al estribo. El entonces comenzó a contarme casos ejemplares de virtud del maestro Abumedín y algunos de sus extraordinarios carismas. Yo, entre tanto, absorto en sus palabras, ni siquiera me daba cuenta de mi propia persona, levantando la cara a cada momento para mirarle. El a su vez me miraba, se sonreía y, dando espuela a su caballo, apresuraba la marcha, mien-

(1) Cfr. supra, pág. 519, nota 1.

(2) No me ha sido posible identificar este lugar de los alrededores de Sevilla. El texto dice المنبار.

tras yo corría también. De pronto se detuvo y me dijo: "Mira lo que dejaste tras de ti." Miré y vi que todo el camino que había recorrido estaba completamente lleno de espinos tan altos que llegaban hasta la asentadera de los calzones, además de otros espinos extendidos sobre el suelo. Díjome entonces: "Mira tus pies." Miré mis pies y no vi en ellos señal alguna de herida. Luego añadió: "Mira tu vestido." Y tampoco vi nada. El maestro exclamó: "¡Esto es efecto de las gracias de bendición con que Dios premia nuestra conversación sobre el maestro Abumedín! ¡Sigue con empeño tu marcha por el camino espiritual y tú triunfarás, hijito mío!" Detuvo entonces su caballo y me dejó."

"De él aprendí la solución a muchas cuestiones. Vi también que tenía cosas exclusivas suyas y que nunca vi que ningún otro las tuviese: cuando imponía a un novicio un ejercicio del combate ascético, lo practicaba junto con él, y asimismo hacía con los demás novicios, aunque fuesen dos o tres: con uno practicaba un ejercicio y con otro otro; de modo que siempre lo veías así, sin entibiarse jamás su fervor."

"Estaba yo una vez sentado con él, después de la oración de la media tarde, y al ver que me disponía a salir, me dijo: "¿Qué tienes que hacer?" Yo le respondí: "Tengo cuatro asuntos que quisiera evacuar hoy, porque hace ya días que deseo ultimarlos y que ando buscando el modo de negociarlos y no encuentro a las personas en cuyas manos están las cosas a que me refiero." El maestro se sonrió y me dijo: "Si me dejas y te marchas, no lograrás ultimar ni uno solo de esos asuntos. Siéntate conmigo y te contaré algunos casos ejemplares del maestro Abumedín. Yo te garantizo la resolución de esos asuntos." Sentéme, pues, y cuando llegó la hora de la puesta del sol, me dijo: "Sal ahora ya para tu casa, pues no habrás acabado aún de hacer la oración de la puesta del sol sin que todos esos asuntos los tengas ya ultimados." Salí de su casa cuando el sol ya se estaba poniendo y llegué a la mía en el momento en que el almuédano llamaba a la oración. Aún no había yo comenzado a recitar las primeras preces, cuando ya todos aquellos asuntos míos habían quedado resueltos."

"Fruto de mi sinceridad en mis relaciones con él como

maestro de espíritu (1) era el que si yo, estando en mi cuarto por la noche, sentía el deso de tenerlo presente para consultarle acerca de alguna cuestión que entonces se me ocurría, inmediatamente lo veía ante mí y le hacía la consulta y me la resolvía y desaparecía a continuación. Luego, al amanecer del día siguiente referíale yo lo que me había sucedido. También me acaecía esto mismo con él durante el día, estando yo en mi casa, si así lo deseaba."

"Sus virtudes, carismas y sentencias místicas son tantas en número, que no podrían ni contarse, y por eso las tenemos que pasar en silencio en esta epístola" (2).

"De las poesías que yo compuse acerca de este maestro, cuando me separé de él para dirigirme a Marraquex, estando él de asiento en Sevilla (3), una es la que comienza: "Si alguien pregunta quién es el que a mayor altura llegó en la unión con Dios, responderé que nuestro señor Yúsuf b. Yájlaf" (4). El poema éste, que es extenso, lo inserté en mi libro titulado *Inzal al-goyub ala marátib al-colub* (5), que contiene varios textos nuestros, de prosa y verso, sobre temas místicos.

"Las cuestiones místicas, cuya solución me comunicó especialmente este maestro, fueron las siguientes: la de la unión con Dios; el sentido de los *hadices* proféticos en que Mahoma dice: "Yo soy el Señor de los hijos de Adán, y éste y todos los que son inferiores a él están bajo mi estandarte"; "la previsión es la mitad de la vida"; "cuando Dios ama a uno de sus siervos, lo prueba en la adversidad"; "el corazón del Alcorán es el capítulo titulado *Ya sin*" (6) (nadie, antes que él, trató

---

(1) El sentido es: "Dios premiaba la absoluta sinceridad con que me entregaba yo a la dirección espiritual de mi maestro, concediéndome la gracia de que si yo", etc.

(2) Esto hace suponer que las refiere más por extenso en su *Adorra al-fájira*, de la cual esta epístola es un compendio, como ya dijimos.

(3) El manuscrito *Mor.* dice "Salé" en vez de "Sevilla".

(4) Suprimo la traducción de los nueve restantes versos, por carecer de valor autobiográfico y no añadir ningún rasgo nuevo a la minuciosa descripción que Abenarabi nos ha dado ya de su maestro.

(5) Falta en *Brockelman* este libro de Abenarabi. Su título significa: "Revelación de los misterios en los diversos grados de perfección a que llegan los corazones."

(6) Es el cap. XXXVI, que se titula en árabe يس.

de esta cuestión en nuestro país); y otros varios problemas que ahora no he de referir."

3. *Sálih el Aduí* (1).

"Era un místico contemplativo, que en todo momento estaba en Dios y con Dios. A todas las horas de la noche y del día veíasele de pie leyendo el Alcorán. Jamás tuvo domicilio propio en que habitar ni tampoco tomó nunca medicina alguna. Su regla de vida espiritual era la propia del grado de los setenta mil que entrarán en el paraíso sin que se les someta a juicio (2). No hablaba con nadie ni asistía a ninguna reunión. Si te acercabas a él en los momentos en que comenzaba la oración supererogatoria que precede a la ritual del mediodía, veíaslo ya inmóvil en la inclinación primera (de las cuatro acostumbradas) hasta que le decían que el sol se había puesto. Cuando se ponía a orar en días de intenso frío, se quitaba toda la ropa que llevaba encima, hasta quedarse en camisa y zaragüelles, a pesar de lo cual, sudaba a raudales como si estuviera metido en unas termas. En la oración emitía un ronco susurro y runruneo, que impedía entender lo que decía. Jamás guardaba cosa alguna para el día de mañana, ni aceptaba cosa que no le fuese indispensable, y esto ni para sí ni para el prójimo. Se acogía, para pasar la noche, a la mezquita de Abuámir el Rotondelí, el lector alcoránico (3). Yo fuí discípulo suyo varios años, durante los cuales apenas si pude contar las palabras que me dirigió; tan pocas fueron. Algunos años des-

(1) *Esc.*, fol. 24 v.°; *Mor.*, fol. 31 r.° Este nombre de *Sálih el Aduí* (صالح العدوى) equivale a *Sálih el Berberí* (el Santo berberisco) que Abenarabi le da en el *Fotuhat*. Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8.

(2) Abundan los *hadices* que atribuyen a Mahoma esta profecía de los 70.000 justos que entrarán en el paraíso sin el previo juicio del alma. El Cortobí, en su *Tadsquira*, 67, los consigna. Son varias las virtudes que en estos *hadices* se suponen acreedoras a tamaño premio; las principales y que mejor parecen convenir al caso de Sálih son la paciencia en las adversidades, la caridad para con el prójimo y la vida contemplativa.

(3) Abuámir el asceta, conocido por el apodo de *El Rotondelí* (es decir "el Redondillo") era de Sevilla, según consta en "Apéndice a la edic. Codera de la *Tecmila* de Abenalabar" (edic. Alarcón y G. Palencia), biogr. 2442. Vivía aún el año 589 (1193 de J. C.) Marchó a Oriente, de donde ya no volvió.

aparecía de Sevilla al aproximarse la pascua de los sacrificios. Y me contó un alfaquí, testigo fidedigno y de la tierra, que Sálih en tales años aparecía presenciando las fiestas de la peregrinación en la Meca y que alguien que lo vió estando en la montaña santa de Arafa se lo había así referido (1). Sentía hacia mí afectuoso cariño y me dió muestras de interés y atención que mucho me aprovecharon. Anunciómе, en efecto, algunas cosas que me habían de suceder en lo futuro, y las vi todas ellas cumplidas, sin que por mi parte saliera fallida ni una sola de sus palabras. Durante su enfermedad le asistió como fámulo Abualí el Xacaz (2). Durante cuarenta años vivió constantemente en Sevilla, llevando el género de vida que hemos dicho, hasta que murió. Lo purificamos con las abluciones rituales por la noche, y cargándolo sobre nuestros hombros lo llevamos a su cementerio, donde lo dejamos y nos marchamos, hasta que se le rezaron las oraciones fúnebres y la gente lo sepultó. Después de él, no he visto ya nadie que se le asemejase en la perfección; su estado espiritual se parecía al de Oways el Caraní (3). Prolijo sería el relato de muchas otras noticias que de él se conservan."

4. *Abuabdala el del Aljarafe* (4).

"Asistía asiduamente a la mezquita aljama de Alodais, en Sevilla, para hacer a diario las cinco oraciones rituales. Se ganaba la vida vendiendo apios que salía a recoger y se los compraban algunas personas piadosas, cuyo dinero él sabía que era legítimamente adquirido (5). Se le hincharon los pies de

(1) El sentido de esta anécdota es que se trataba de una desaparición instantánea y milagrosa, no de una peregrinación a la Meca, realizada por los medios naturales y ordinarios, pues en tal caso, no había por qué consignarla.

(2) Cfr. infra, biografía núm. 12.

(3) Asceta legendario del Yemen, que se supone contemporáneo de Mahoma y convertido al islam. Cfr. Massignon, *Essai sur les origines du lexique technique de la mystique musulmane* (Paris, Geuthner, 1922), pág. 141.

(4) *Esc.*, fol. 24 v.º; *Mor.*, fol. 31 v.º Cfr. *Autob. cronol.*; párrafo 8, donde se le llama "el Xarquí", errata del *Fotuhat*, por "el Alxarafí", según se desprenderá de su biografía.

(5) Este rasgo significa la delicadeza de su conciencia, pues así evitaba todo escrúpulo sobre la licitud del dinero que recibía en pago de

tanto como estaba de pie pasando las noches en vigilia. Cuando se ponía a hacer oración, las lágrimas se le escurrían a lo largo de su blanca barba, como si fuesen perlas. Habitó durante cuarenta años en un mismo cuarto, sin encender jamás en él ni luz ni fuego. Su fervor en el servicio de Dios llegó al colmo."

"Me encontró cierto día parado junto a un loco que estaba en la calle rodeado de un grupo de gente; yo no me di cuenta de que él estuviese allí hasta que me cogió de la oreja y me sacó del grupo diciéndome: "¿Y tú haces esto?" Yo enrojecí de vergüenza y entré con él a la mezquita. Me predecía las cosas que me habían de pasar, y sucedían como me las había predicho. Jamás elegía en la mezquita un lugar determinado ni hacía dos veces la oración en el mismo sitio de la mezquita. Nadie osaba jamás decirle: "¡Ruega a Dios por mí!" El que deseaba, pues, encomendarse provechosamente a sus oraciones, espiábalo para ver cuándo entraba a la mezquita a fin de hacer la oración al mismo tiempo y procuraba comenzarla a su lado; luego, cuando el maestro se sentaba, pedía el otro a Dios en voz alta lo que quería y el maestro decía "amén", pues ésta era tan sólo su plegaria. Yo le pedí que me encomendase a Dios, y a mi petición accedió; pero antes de que yo se lo hubiese pedido, ya él lo había hecho espontáneamente. ¡Sea Dios loado! Acostumbraba a dirigirme él la palabra antes de que yo lo hiciera, porque yo le tenía mucho respeto. De sus enseñanzas me aproveché grandemente y con mis propios ojos experimenté las gracias de bendición que por su medio Dios comunicaba."

"Cuando sintió que la muerte estaba próxima se aisló en su habitación y dijo: "Quiero emprender un viaje." Y salió en dirección a su pueblo natal, sito en el Aljarafe, a dos parasangas de Sevilla. Así que llegó a su pueblo, murió. ¡Dios le haya perdonado!"

"Cierto día vió a un niño pequeño que llevaba sobre su cabeza un canastillo con unos pocos granos de anís (1). Vien-

---

las verduras que les vendía.—El texto dice افيون que significa *opio;* pero es errata evidente por افيوس que es *apio silvestre.*

(1) El manuscrito dice رازيانج por رازيانج que, según Dozy en

do al niño lleno de turbación, tuvo piedad de él y lo llamó hacia sí, mientras la gente lo miraba. Díjole al niño: "¿Qué tienes, hijo mío?" Respondió: "¡Señor, que mi padre ha muerto, dejando a mi madre varios hijos pequeños y no tenemos nada! Hoy hemos amanecido sin tener cosa que comer, y como mi madre guardaba estos anises, me ha dicho: "Tómalos, hijo mío, y véndelos y tráenos, con lo que saques, algo que nos baste para pasar el día." Lloró el maestro y, metiendo su mano en el canastillo, tomó de él unos granos de anís y dijo: "Esto es cosa buena. Hijo mío, díle a tu madre: "El tío aljarafeño me ha cogido unos pocos granos. ¡No me castigues!" Seguidamente, un comerciante tomó el canastillo de los anises de manos del niño y dijo: "¡Cosa que este maestro ha cogido, de seguro que sobre ella ha caído la bendición de Dios!" Y marchó adonde estaba la madre del niño y le pagó por el canastillo setenta *dinares mumenies* (1). El maestro, pues, no hizo aquello más que movido de piedad hacia ellos."

5. *Abuyahya el Sinhachí* (2).

"Se había quedado ciego y era ya de edad avanzada. Estuvo al frente de la mezquita de Azobaidí, como imam ordinario, hasta que murió. Lo sepultamos en Monteber y velamos allí su cadáver aquella noche. Frecuenté mucho su trato y siempre lo vi lleno de fervor en el servicio de Dios. Asentó sólidamente su pie en los ejercicios de mortificación y ascetismo y era grande su maestría en el empleo de las alusiones esotéricas. Jamás vi que se sentase más que en un taburete pequeño. Murió en nuestra casa en Sevilla. ¡Dios lo haya perdonado! Muchos carismas mostró Dios en su honor después que murió, pues el monte en que lo sepultamos era alto y nunca dejaban de azotarlo los vientos; pero en aquel día calmó Dios el aire, cosa que las gentes celebraron como excelente

---

Suppl. aux dict. arab., I, 493 *a*, significa "el hinojo" o "el anís". Por el contexto posterior, se ve que se trata de "granos de anís".

(1) Es decir, *doblas almohades*, de las acuñadas por los sultanes de esta dinastía fundada por Abdelmumen. La dobla, como el dinar, era una moneda de oro, de cuatro gramos y medio de peso, próximamente.

(2) *Esc.*, fol. 25 r.º; *Mor.*, fol. 32 r.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8.

presagio. Pasaron, pues, la noche junto a su sepultura, recitando el Alcorán por su alma, y cuando hubieron descendido del monte volvió a soplar el viento, según costumbre. A este maestro lo acompañé tan sólo algunos meses antes de su muerte. Era de los ascetas que hacen profesión de vida peregrinante. Siempre andaba por las playas, prefiriendo los lugares desiertos y solitarios."

6. *Abulhachach Yúsuf el de Subárbol* (1).

"Era de Subárbol, pueblo sito en el Aljarafe a dos parasangas de Sevilla, y ordinariamente vivía en el campo. Fué discípulo de Abuabdala b. Almocháhid (2) y vivía del trabajo de sus manos. Entró en el camino de la perfección antes de la pubertad y en él siguió hasta su muerte. Ben Almocháhid, príncipe de este método de vida espiritual en nuestro país, acostumbraba a decir: "Encomendaos a las oraciones de Abulhachach el de Subárbol." Esto me lo contó el mismo Abulhachach, que además me refirió de su maestro lo siguiente: "Acostumbraba yo a visitar a Ben Almocháhid, mi maestro de espíritu, todos los viernes, aunque a él le molestaba que lo visitase en esos días. Visitélo, pues, según mi costumbre, un viernes y me lo encontré que estaba trabajando de albañil para reparar una pared de la casa en que vivía, la cual se había caído, y él la reconstruía para poner a su familia a cubierto de la intemperie. Le saludé y él me dijo: "Contra tu costumbre, hoy que es jueves has venido, Abulhachach." Yo le repliqué: "Nada de eso. Hoy es viernes." El entonces comenzó a golpear una mano con la otra y a gritar: "¡Ay, qué desgracia, Dios mío! ¡Cierto que la obra que he hecho era de necesidad imprescindible! Pero y ¿si hubiera seguido trabajando?" Y diciendo esto, gemía y lloraba lamentándose de haber perdido el tiempo." Cuando Abulhachach me refería este suceso, lloraba también y decía: "¡Así son los hombres de Dios! Se lamentan de perder en contados instantes el don de la presencia divina."

---

(1) *Esc.*, fol. 25 v.º; *Mor.*, fol. 32 v.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 5.

(2) Cfr., *Autob. cronol.*, párrafo 5.

"Este maestro, Abulhachach, fué hombre de gran santidad: nunca dejó de ganarse el qué comer con el trabajo de sus manos, hasta que la debilidad de sus fuerzas le impidió trabajar y tuvo que comenzar a vivir de limosna. Entonces, cuando por lo avanzado de su edad le era ya difícil y molesto hasta el moverse, lloraba y me decía: "¡Ah, hijito mío! Dios me ha otorgado el favor de que las gentes vengan a visitarme a mi casa, pero con ello me expone al peligro de caer en tentaciones de vanidad. Porque ¿quién soy yo? ¡Ojalá estuviese sano! ¡Bien desearía encontrar en mí fuerzas bastantes para ser yo quien fuese a visitarles a sus casas y que no tuviesen ellos que venir a la mía!"

"Era compasivo para con todo el mundo. Cuando entraban a su casa los agentes del gobierno, me decía: "¡Oh hijito mío!, estos son los coadjutores del derecho, los que se preocupan de los medios de vida indispensables a todo el mundo; por eso es preciso que todos los hombres se preocupen también de encomendarlos a Dios en sus oraciones pidiéndole que les ayude para que por su ministerio la justicia reine." El sultán se aconsejaba de él."

"Jamás entró a su casa nadie sin que le ofreciese lo que él tuviera para comer (caso de que lo tuviese), y esto tanto si eran muchos como si eran pocos los que entraban; y lo mismo si la comida era abundante que si era escasa, jamás dejaba de sacarles la que tenía para sí. Yo mismo lo vi en ocasión en que penetró en su casa un grupo de personas y me dijo: "¡Hijito mío, bájales el canastillo!" Yo lo bajé, pero no encontré en él mas que un puñado de garbanzos tostados, que puse delante de ellos y se los comieron."

"En él observé muchas bendiciones o favores del cielo; una de ellas era que andaba sobre las aguas."

"Tenía en su casa, en el pueblo, un pozo, del que sacaba el agua para hacer sus abluciones. Junto a ese pozo vimos un olivo que se había hecho ya muy alto, lleno de hojas y fruto, y que era de corpulento tronco. Un condiscípulo mío le dijo: "Señor, ¿por qué plantaste este olivo en este sitio, estorbando al pozo?" El se volvió hacia nosotros, y con la espalda encorvada ya por su avanzada edad, miró hacia allí y dijo: "Me he

criado en esta casa desde mi niñez y por Dios aseguro que jamás había visto este olivo hasta ahora." Y era de esta condición, porque andaba siempre absorto en la contemplación de su propia alma."

"Jamás entré a su casa, ni yo ni nadie, sin encontrarlo siempre leyendo en el Alcorán. No tomó nunca en sus manos otro libro que éste hasta que murió."

"Tenía una gata negra, que nadie podía cogerla ni siquiera ponerle la mano encima, pero que dormía en su regazo. El me decía: "Dios me ha dado en esta gata un medio para distinguir a los amigos de Dios. Ese prurito que en ella ves de huír no es cosa casual, puesto que Dios le ha dado también el instinto de mostrarse afable con los santos." Y en efecto, yo la vi con mis propios ojos varias veces en su casa, que entraba un hombre y rozábale con la cabeza en las piernas y se pegaba a él; en cambio, entraba otro y huía de él. Entró, en cierta ocasión, a visitarlo por vez primera nuestro primer maestro, quiero decir, Abucháfar, el que he mencionado en primer lugar. La gata estaba metida en la última habitación de la casa y salió; lo miró antes de que se sentase, y mientras el maestro Abulhachach le decía: "Siéntate", dió la gata un salto, y echándose al pecho del maestro Albucháfar, abrió sus patas delanteras, se abrazó a su cuello y comenzó a pasar y repasar su cara por las barbas del maestro. Levantóse Abulhachach para hacerle sentar y no le dijo palabra de aquello; pero después Abulhachach me explicó que aquello no se lo había visto hacer jamás a la gata con ninguna otra persona. Y no dejó de estar así, pegada al maestro Abucháfar, hasta que éste salió de la casa de Abulhachach."

"Estando yo en su casa en compañía de varias personas, entró a visitarlo un hombre aquejado de tan fuerte dolor en los ojos, que le hacía lanzar gritos como los de la mujer que está de parto. Penetró, pues, el hombre por entre la gente (que estaba apenadísima oyendo sus gritos). Al maestro se le demudó la color y temblando de compasión, extendió su mano bendita y la puso sobre los ojos del enfermo. Instantáneamente se le calmó el dolor y cayó de costado al suelo como si se hubiera muerto; pero luego se levantó y salió de allí en com-

pañía de toda la gente, sin tener ya dolor alguno. Hízose luego discípulo suyo y fué muy virtuoso y de los que creen en los genios. Siempre ya anduvo al lado del maestro, sin abandonar nunca su compañía."

"Entré cierto día a su casa con mi maestro Abumohámed (1) y le dije: ¡Oh señor nuestro! Este es de los discípulos de Abumedín." Sonrió el maestro y dijo: "Cosa más maravillosa! Ayer mismo estuvo aquí en casa Abumedín. Excelente maestro de espíritu es, en verdad!" Y Abumedín entonces estaba en Bugía, es decir, a distancia de cuarenta y cinco días de camino! Fué, pues, aquello un fenómeno de mutua revelación sobrenatural entre ambos (como también a mí me ocurrió muchas veces con Abuyacub) (2), puesto que Abumedín hacía tiempo que no se movía."

"De los hechos de este maestro que yo vi con mis propios ojos, todavía recuerdo otras muchas noticias que sería prolijo consignar en esta rápida improvisación. Y lo mismo digo de todos los otros maestros que he de mencionar, pues lo que de ellos cuento únicamente es para demostrar que la época actual no está falta de hombres de Dios."

7. *Abuabdala Mohámed b. Casum* (3).

"Fué discípulo de Ben Almocháhid (bajo cuyo magisterio estudió lecturas alcoránicas) hasta que murió éste y fué por él designado para desempeñar su mismo cargo. Ben Casum, efectivamente, siguió el mismo género de vida que su maestro y hasta le aventajó, reuniendo la ciencia y la virtud. Fué jurista de la escuela malequí y elocuente defensor de la nobleza y altos méritos de la ciencia" (4).

---

(1) Debe referirse a Abumohámed el Maurorí o de Morón. Cfr. infra, biogr. 14.

(2) Debe referirse a Abuyacub Yúsuf b. Yajlaf el Cumí. Cfr. supra, biogr. 2.

(3) *Esc.*, fol. 26 r.º; *Mor.*, 33 v.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 5.

(4) Cfr. *Tecmila*, b. 899: "Mohámed b. Casum... el asceta, de Sevilla..., fué discípulo de Abuabdalá b. Almocháhid, a quien trató íntimamente. Fué almuédano suyo en la mezquita de que estaba encargado, mientras b. Almocháhid vivió, y a su muerte le dejó como sucesor en el cargo. Era alfaquí, austero, apartado del trato social, gramático experto, hombre de saber y de virtud."

"Yo fuí discípulo suyo, estudiando bajo su dirección las lecciones que me tocaron en suerte relativas a la ablución y oración rituales. También aprendí de él tradiciones proféticas. Al terminar la clase, su oración era siempre ésta: "¡Oh Dios mío! Haznos oír el bien; inspíranos el bien; danos la paz del alma ¡oh Dios mío! y consérvanosla; concilia nuestros corazones en tu santo temor; ayúdanos con tu gracia para que hagamos lo que sea de tu voluntad y beneplácito!" Luego añadía los últimos versículos del capítulo 2.º del Alcorán. Esta misma oración es la que nosotros hemos recitado siempre al terminar nuestras clases. Estando durmiendo una vez en el santo templo de la Meca, yo vi en sueños al Profeta y a un lector que bajo su magisterio leía el *Sahih* del Bojarí, y cuando hubo acabado recitó esta misma oración, lo cual me llenó de gozo."

"Era Ben Casum hombre de mucho fervor en los ejercicios de piedad. Su estatura era mediana. Voluntariamente se impuso una distribución minuciosa del tiempo con determinadas prácticas devotas para cada hora, y esta distribución la observó constantemente y al minuto. Tenía un cuaderno en el cual anotaba cada día cuanto había hecho hasta la noche y del cual se servía para examinar su conciencia, sin echarse a dormir antes de haber hecho este examen. Si encontraba que había obrado bien, daba gracias a Dios. Si lo contrario, enmendaba la falta cometida según lo exigía su gravedad, bien pidiendo perdón a Dios, bien imponiéndose una penitencia o cosa semejante. Y así lo hacía todas las noches."

"Se ganaba la vida cosiendo gorros (1). Cierto día en que estaba sentado y se le había acabado todo el dinero necesario para su subsistencia, tomó las tijeras y los demás útiles de su oficio, cuando oyó que la puerta se abría y luego se cerraba. Salió y no encontró a nadie, pero vió que le habían echado allí seis *dinares*. Los tomó, volvió a entrar y cogiendo las tijeras las tiró al pozo diciendo: "Si Dios provee a mi sustento ¿voy yo a preocuparme de buscarlo ni a tomarme el trabajo de procurarme una cosa de la cual Dios mismo me sale garante,

(1) القلانسيات son los gorros que los musulmanes llevan bajo el turbante, para cubrir la cabeza. Cfr. Dozy, *Dict. des noms de vetem.*, 365.

puesto que el sustento te viene a buscar, en vez de que lo busques tú?" Y desde entonces hasta la fecha abandonó el oficio y se dedicó a vivir de limosna."

"Distribuía el día y la noche en la forma que voy a decir: Cuando ya había hecho oración ritual del alba, se ponía a hacer oración mental hasta que salía el sol. Hacía entonces dos reverencias y entraba en su casa a coger los libros, para salir de nuevo a dar lección a los estudiantes que bajo su dirección aprendían las ciencias religiosas, hasta que la mañana promediaba. Entonces volvía a entrar en su casa y, si no ayunaba aquel día, tomaba algún alimento y hacía la oración ritual de media mañana y dormía un poco. Levantábase después y hacía la ablución litúrgica. Si tenía algo que escribir, lo escribía, y si no, hacía oración mental. Cuando llegaba la hora del mediodía, abría la mezquita, llamaba a la oración desde el alminar y se metía de nuevo en casa a seguir meditando y recitando sin cesar preces supererogatorias hasta tanto que llegaba el momento de la oración ritual, en que salía para la mezquita a dirigir la oración. Hacíala fijo en un punto del *mihrab* sin cambiar de sitio, pero balanceándose como si estuviera ebrio, por la intensidad de la emoción religiosa que en su interior provocaba la palabra de Dios. Acabada la oración ritual de mediodía, salía de la mezquita y se ponía a recitar la porción del Alcorán que, como devoción supererogatoria, le tocaba leer a esa hora: tomaba el libro santo, abríalo sobre sus rodillas y con los ojos fijos en el texto y pasando la mano sobre las letras iba salmodiando el Alcorán con atención reflexiva y devoción sensible, hasta que acababa de leer cinco sexagésimas partes del libro santo, con lo cual daba siempre tiempo a que llegase la hora de la oración ritual de media tarde. Salía entonces de casa, llamaba a la oración y se volvía a entrar para estarse rezando preces supererogatorias mientras se reunía el pueblo en la mezquita. Hacía la oración con la gente y se metía otra vez en casa a meditar hasta que llegaba la puesta del sol. Salía entonces, llamaba a la oración, hacíala y se volvía a meter en su cuarto. Entre el crepúsculo y la noche, cuando ya se acercaba la hora de la oración nocturna, iba a encender las lámparas en la mezquita, llamaba a la oración, se me-

tía en su cuarto a rezar hasta que se reunía la gente y salía a hacer la oración con ellos. Después cerraba la puerta de la mezquita y entrando en su cuarto sacaba su cuaderno y examinaba su conciencia exigiéndole cuenta de todos sus movimientos y palabras y en general de cuanto él sabía que el ángel de la guarda habría tomado nota; y conforme a lo que en las páginas de su cuaderno encontraba, así también eran los afectos a que él mismo se excitaba. A seguida se echaba a la cama y dormía; pero cuando había transcurrido una parte de la noche, se levantaba, y si por acaso había tenido trato sexual con su mujer, se purificaba y entraba a su oratorio para salmodiar en voz baja el Alcorán, mientras su alma se deleitaba meditando unas veces acerca de la majestad de la divina esencia, contemplada en su unidad simplicísima, otras acerca de la gloria del paraíso, otras en la nada de las cosas de acá abajo, otras en los inescrutables juicios de la providencia (1), según se lo sugería la materia del versículo recitado. Así seguía hasta la hora de amanecer, en que salía de su oración, después de haber recibido de Dios en ella muchedumbre copiosa de ilustraciones acerca de misterios del Alcorán que antes de la oración no entendía y que Dios mismo le revelaba, según el mismo Dios lo promete (*Alcorán*, II, 282): "Temed a Dios y El os instruirá." Cuando ya la aurora apuntaba, abría la mezquita, llamaba a la oración, encendía las lámparas y se metía en casa para esperar a que amaneciese. Entre tanto, hacía la plegaria de dos inclinaciones, que se acostumbra por devoción antes de la oración del alba, y se sentaba a meditar. Así que había amanecido, salía y hacía la oración ritual con el pueblo. Esta fué siempre su regla habitual y constante de vida. En toda la semana, tan sólo dos veces dormía la noche entera: en la noche del lunes y en la del viernes. Hombre contemplativo, en todos los estados místicos, así transitorios como permanentes, de su vida interior se conformó siempre con la ortodoxia tradicional. Pocos verás que se le parezcan. En cierta ocasión lo presenté a mi

(1) يترنم بالقرآن ويتلذذ به تارة فى حضرة التوحيد وتارة فى الجنة وتارة فى الاعتبار وتارة فى الاحكام.

discípulo Abdalá Béder el Abisinio (1) e hizo la oración ritual poniéndose detrás de éste (2).

8. *Abuimrán Musa el de Mértola* (3).

"Sometió su alma a grandes mortificaciones. Se recluyó en su casa desde los sesenta años y ya no salió de ella hasta el día de hoy. Siguió la regla espiritual de Alharits b. Asad el Mohasibí (4). No aceptaba cosa alguna de nadie ni pedía nada para sí ni para otros."

"Yo tuve un sueño, relativo a él, que significaba su próxima elevación por Dios desde el grado de perfección que poseía hasta otro más sublime. El me dijo: "¡Dios te dé por albricias el paraíso, en premio de la buena nueva que me comunicas!" Y no pasó mucho tiempo sin que efectivamente alcanzase aquel grado de perfección que yo vi en mi sueño. Aquel mismo día en que lo alcanzó entré a su casa y vi que su rostro brillaba de alegría. Levantóse, salió a mi encuentro y me abrazó. Yo le dije: "¡Esta es la interpretación de aquel ensueño mío de antes. Tan sólo resta que se cumpla igualmente tu plegaria de que Dios me dé por albricias el paraíso!" El replicó: "Así será, si Dios quiere." Y no se había acabado aún el mes, cuando Dios me comunicó la buena nueva de que iría al cielo, por medio de un signo milagroso que me evidenció que Dios había escuchado la plegaria del Mertolí y daba por cierta su buena nueva de que yo entraría en el paraíso. Efectivamente, yo lo tengo por seguro y jamás dudo de que soy de los predestinados, de la misma manera que jamás dudo de la misión profética de Mahoma. Eso sí: lo que no sé es si pasaré o no por el fuego del purgatorio.

---

(1) Cfr. *Autob. cronol.*, **párrafo 30.**

(2) Es decir que en señal de humildad no permitió Ben Casum oficiar de *imam*, sino que encomendó este honroso oficio al discípulo de Abenarabi.

(3) *Esc.*, fol. 27 r.º; *Mor.*, fol. 34 v.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 5. Noticias y versos de este sufí y poeta ascético, abundan en el libro del malagueño El Balawí, su contemporáneo, titulado *Quitab Alif Ba* (Cairo, 1287 hég.). Cfr. I, 23, 26, 153, 155, 389, 393, 398, 410, 452-4, 489.

(4) Célebre sufí de Basora (siglo IX de J. C.), cuyo método espiritual se caracterizaba por el examen escrupuloso de conciencia para lograr la perfección moral. De aquí su apodo de *El Mohasibí*. Sobre su vida y doctrina, cfr. Massignon, *Essai*, 211-225.

¡De él nos libre Dios a mí y a vos! ¡Así sea! ¡De su generosidad espero que así será!"

"Fué este maestro un místico de gran vida interior, de contemplación perfecta, de extraordinaria escrupulosidad de conciencia, reconcentrado siempre en sí y lleno de angustia y preocupación en la mayoría de sus estados de espíritu, si bien se mostraba, en cambio, lleno de afabilidad para con los que lo visitaban."

"A mí me ocurrieron con él maravillosas escenas. Todos sus anhelos espirituales tendían a este solo ideal: conseguir de Dios para mí la gracia de que me preservase de tentaciones pecaminosas y me librase del peligro de retroceder en el camino de la perfección. Dios accedió a sus deseos en este punto y así me lo aseguró el maestro mismo más tarde, dándome albricias por ello. Díjome, pues, entonces, de él para mí, aunque estaba allí presente mi discípulo Abdala Béder el Abisinio: "Yo tenía entonces muchos temores de que te extraviaras, por tu poca edad, porque no tenías quien te ayudase, por la corrupción del siglo en aquellos días, por la relajación de que iban ya dando muestras hasta los mismos que profesan este método de vida espiritual. Ellos cabalmente fueron quienes me obligaron a recluírme en mi casa, porque vi con mis propios ojos cómo se relajaban sus costumbres. Pero ¡loado sea Dios que me ha dado a ti para que seas mi consuelo!"

"Me recitó muchas de sus poesías y me pidió que yo le diese de algunas mías una copia de mi puño y letra. Hícelo así, leíselas y de ello se alegró. Entre las que entonces le escribí había unas estrofas a él dedicadas que mucho le gustaron y que merecieron su explícita aprobación (1)."

"Entré una vez a casa de este maestro y me dijo: "Preocúpate de ti mismo, ¡oh hijito mío!" Yo le dije: "Nuestro maestro Ahmed (2) —a quien he visitado—, me ha dicho: "¡Oh hiji-

(1) Abenarabi inserta a continuación un fragmento (18 versos) de dicho poema, cuya versión omito por su escaso valor histórico, ya que en él se limita a elogiar a su maestro y a ponderar el amor que le tiene. Al acabar la cita añade: "No recuerdo hoy más que estas estrofas de todo el poema. En el libro *Inzal al-goyub* inserté también las estrofas de que ahora no me acuerdo."

(2) Se trata de Abulabás el Oryani. Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 7, y *supra*, biogr., 1.

to mío! ¡Preocúpate de Dios!" ¿A quién, pues, habré de escuchar? El me contestó: "¡Oh hijito mío! Yo estoy con mi alma, y Ahmed está con Dios. Cada uno, pues, de nosotros te indica lo que su propio estado de espíritu le exige. Bendiga, pues, Dios a Abulabás y hágame a mí llegar a su grado de perfección." Este rasgo fué para mí una palpable muestra de su ecuanimidad."

"Tratábame siempre con extraordinaria afabilidad y llaneza; pero esto no servía más que para aumentar en mí el respeto y temor reverencial que me inspiraba. Maravillábase él de la encogida urbanidad con que yo correspondía a su familiar llaneza; en cambio, tan pronto como él abandonaba su familiaridad y se volvía a poner formal, entonces cabalmente era cuando se disipaba mi encogimiento. Obedecía esto, ¡oh amigo mío!, a un admirable enigma espiritual, que si bien lo examinas, acabarás por descifrarlo con la voluntad de Dios."

9 y 10. *Mohámed el sastre y Ahmed el zapatero* (1).

"A estos dos hermanos uterinos, [Abuabdala Mohámed el Jayat, [el sastre], y Abulabás Ahmed el Jarraz, [el zapatero], sevillanos ambos, los acompañé algún tiempo en Sevilla, hasta el año 590, [1193 de J. C.], en que ambos salieron de allí con el propósito de hacer la peregrinación a la Meca. Ese año fué precisamente el mismo en que yo emprendí el viaje para visitarte, ¡oh amigo mío! (2). Llegados ambos hermanos a Meca, Ahmed se avecindó en la ciudad durante un año, pasado el cual salió para Egipto, donde adoptó el método de vida religiosa de los *malamatíes* (3). En cuanto a Mohámed, avecindóse en Meca también durante cinco años, pasados los cuales fué a juntarse con su hermano en Egipto. En la fecha en que yo me puse en viaje abandonando vuestra compañía, o sea el 598, [1201 de J. C.], me los encontré a los dos hermanos en Egipto y con ellos y con mi hijo espiritual Abdala, [Béder el abisinio], residí allí algún

(1) *Esc.*, fol. 28 r.º; *Mor.*, fol. 35 v.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 22, donde Abenarabi cita a estos dos hermanos como compañeros suyos durante su estancia en Egipto. Son los allí llamados Abulabás *el Hariri* (errata del *Fot.* por *el Jarras* o el zapatero) y Mohámed *el Jayat* (o el sastre).

(2) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafos 10 y 11.

(3) Cfr. supra, pág. 538, nota 4.

tiempo (4). Después de hacer con ellos el ayuno de ramadán, salí para Jerusalem y continué luego mi viaje hasta Meca, en la cual he permanecido hasta la fecha. Todavía queda en mi corazón el sentimiento que su separación me produjo."

"Por lo que toca a Abuabdalá, [el sastre], abandonó el mundo, para ingresar en la vida espiritual, mucho tiempo antes que su hermano. La piedad filial que tenía hacia su madre fué tal, que se consagró a su servicio como criado, hasta que ella murió. El temor de Dios era el estado de ánimo que le dominaba, tanto que, cuando hacía oración, oíase desde lejos el zumbido de su corazón al latir en su pecho y pronto sus ojos derramaban abundantes lágrimas. Casi siempre silencioso, siempre triste y muy meditabundo, lanzaba a menudo ayes y gemidos. Jamás he visto otro más contrito y compungido que él. Nunca se le veía en otra actitud que con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. No sólo no gastaba con nadie bromas, sino que ni aun frecuentaba el trato de persona alguna. Enemigo de todo disimulo y fingimiento, era enérgico en la corrección fraterna, sin sentir vergüenza de decir la verdad a quienquiera que fuese, ni importarle tampoco los vituperios del prójimo cuando por Dios se le zahería. A nadie procuraba halagar; pero tampoco disputaba con nadie. Probóle Dios con la pobreza y con úlceras purulentas, y sobrellevó paciente estas pruebas. Fué un místico de admirable vida interior y de altos ideales."

"Cuando yo era pequeño ya lo quería apasionadamente, porque lo conocía por ser vecino de la casa del maestro que me enseñaba a leer el Alcorán. Cuando entraba a la mezquita, todo el que le veía le tenía un temor mezclado de respeto. Jamás observé que se adelantase a dirigir la palabra a nadie, ni respondía tampoco a quien le hablaba, a no ser por necesidad imprescindible. Si obraba así, era para preservar su alma escrupulosamente de toda falta. De cuantas personas he visto, jamás anhelé tanto asemejarme a ninguna, como a él y a su hermano, cuando abandoné el siglo para entrar por el camino de la perfección. El entonces se congratuló de ello conmigo. Me hice su compañero constante y de su educación saqué gran provecho imitando sus

(1) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 19.

virtudes. Sufría con paciencia el daño que le hacían y se abstenía de responder a las injurias. Sus visiones en sueños eran verídicas. Soportaba el hambre largo tiempo. Pasaba la noche en vigilia y el día en ayunas. Jamás lo encontrabas ocioso. Amaba las ciencias religiosas y a los que las cultivan."

"Cuando nos unimos los cuatro (yo, él, su hermano y otro compañero) para vivir juntos, poseíamos en común y por igual todas las limosnas con que Dios nos favorecía. Por lo que a mí toca, jamás he visto ya días mejores que aquellos días."

"Una de las pruebas que vi de la eficacia preternatural de su intención fué que entre mi casa y la suya había una gran distancia. Pues bien: llamaba el almuédano a la oración ritual de la noche, cierto día, cuando sentí yo en mi interior un deseo imperioso de ir a verle y a la vez otro impulso vehemente de volverme a mi casa; como estos dos movimientos del ánimo eran simultáneos, yo vacilaba, no sabiendo cómo armonizarlos; al fin me resolví a obrar conforme al primer impulso y me puse a correr hasta que penetré en su casa y me lo encontré de pie en medio de la habitación en la dirección de la alquibla, mientras su hermano Ahmed recitaba las preces supererogatorias que por devoción es costumbre rezar; le saludé y él, sonriéndose, me dijo: "¿Qué es lo que te ha hecho venir tan despacio? Mi corazón estaba pendiente de ti. ¡Tú debes poseer algo!" Yo llevaba en mi bolsillo cinco *dirhemes* de la acuñación corriente y se los entregué en seguida. El me dijo entonces: "Ha venido a mí un pobre, que se llama Alí el de Salé, y no tenía yo nada." Inmediatamente regresé corriendo a mi casa."

"Servía como fámulo y personalmente a los pobres, dándoles de comer y de vestir. Era de corazón compasivo, tierno, bondadoso, afectuoso, dulce y muy sensible. Misericordioso para con los pequeños, no dejaba, sin embargo, de reconocer el merecido prestigio de los grandes. A cada cual le daba lo que le era debido. Por eso todos los hombres le estaban obligados, mientras que él a nadie le era deudor de cosa alguna, exceptuado Dios. De esta condición era cuando de él me separé, en la misma lo encontré ahora y así seguía cuando lo abandoné de nuevo. ¡Quiera Dios volvernos a reunir otra vez con salud y paz espiritual!"

"Por lo que toca a su hermano Abulabás Ahmed, [el zapatero], no es posible imaginar cuán bueno era. Reunía todas las virtudes y estaba exento de toda imperfección. Llegó a la intuición de la Verdad divina y en este estado místico de contemplación vivía constantemente. Los misterios que Dios le revelaba guardábalos secretos. Era de aquellas almas a quienes Dios les habla a través de los velos que lo ocultan. Fuerte para el combate ascético y muy favorecido por Dios en sus plegarias. Dulce de carácter, de excelente trato social y muy indulgente por temperamento; con todo aquello que era del divino beneplácito estaba siempre de acuerdo; en cambio mostrábase refractario y opuesto a todo cuanto no fuera del agrado de Dios" (1).

"Su alma se inclinaba sumisa bajo el yugo de la inspiración de los misterios que Dios le comunicaba y era favorecido con muchas revelaciones. Cuando comenzábamos a estudiar una cuestión, quedábase él absorto como si no estuviese allí; pero después volvía en sí y nos hablaba de alguno de los puntos del problema que estábamos discutiendo. Este estado extático ha sido constante en él hasta la fecha."

"Se consagró a servir a su hermano como fámulo, sin servir a nadie más, y todas las virtudes y dotes místicas que posee son fruto de la bendición de su hermano. Trató a nuestro maestro el Oryaní (2), a Abuabdala Mohámed b. Chonaid (3) y a varios de nuestros discípulos. Quería acompañarnos a la Meca, de no estorbarlo la enfermedad de su hermano. Si éste hubiera estado bueno, habríamos hecho el viaje todos juntos."

"Cuando el hambre y la peste se extendió por Egipto, pereciendo sus habitantes (4), caminaba cierto día por las calles y al

(1) Dejo de traducir la siguiente frase, cuyo sentido no acierto a interpretar exactamente: لزوم الاسم نسبا وعمر ذكره كل ارض وسما تراه كانه زاهد سريع الحركة كانه مطلوب بثار.

(2) Cfr. supra, biogr. 1.

(3) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 9.—Se trata del maestro motázil a quien allí se denomina también Ben Chéber el de Cabrafigo.

(4) Cfr. *Ibn-el-Athiri Chronicon* (edic. Tornberg) XII, 112: "En este año [597 hég. = 1.200 de J. C.] fué grande la carestía en las tierras de Egipto porque faltó la acostumbrada crecida del Nilo. Las subsistencias fueron tan difíciles de adquirir, que la gente se alimentaba de carnes mortecinas y hasta llegaron a comerse unos a otros. Después sobrevino una tan mortífera peste que el país quedó despoblado."

ver cómo los niños de pecho se morían de hambre, exclamó: "¿Qué es esto, Señor?" Cayó de repente en éxtasis y oyó que Dios le decía: "¡Oh siervo mío! ¿Acaso te abandoné jamás?" "No", respondió. "¡Pues entonces (replicó el Señor) no censures! Estos niños que viste son hijos de adulterio. Éstas son gentes que han descuidado el cumplimiento de mis leyes y yo ahora les impongo mis leyes penales. Este es el castigo que yo envío a todo el que desprecia mis mandamientos. ¡Que no haya, pues, en tu alma nada de eso!" Después de esto, quedó ya libre de toda preocupación y hasta encontraba conformidad y contento en aquella calamidad pública. Coloquios como éste tuvo muchos con Dios."

"La generosa liberalidad y caridad con que ambos hermanos atendían a las necesidades del prójimo y la estrechez con que se trataban a sí mismos eran tales, que no he encontrado quien en este respecto les aventajase. ¡Quiera Dios volverme a reunir con ellos en salud y paz espiritual, y que ya no nos separemos después jamás!"

11. *Abuabdala b. Chomhur* (1).

"Abuabdala b. Chomhur Mohámed fué coetáneo de Abualí el Xacaz (2) y de Abuabdala el Jayat, que antes mencionamos (3), de su misma edad y de igual condición. Fué hombre muy fervoroso en el servicio de Dios. Enseñaba la lectura alcoránica y la lengua árabe. Jamás enseñó en sus lecciones textos poéticos."

"Me refirió Abulhasan el Otsmaní lo siguiente: "Aprendía yo, siendo niño, lecturas alcoránicas bajo la dirección de este maestro, cuando oyó tocar un adufe y, poniéndose los dedos en las orejas, calló de repente y se sentó durante un rato. Luego me preguntó: "¿Ha cesado ya de sonar ese adufe o no?" Yo le respondí: "No." Y en vista de que el ruido continuaba, se levantó, y con los dedos tapándose todavía las orejas se marchó a su casa. Desde ella me envió a llamar; fuí y terminé de darle mi lección de lectura alcoránica. Cuando oía a alguien recitar en voz alta en la mezquita una decena de versículos alcoránicos

(1) *Esc.*, fol. 28 v.º; *Mor.*, fol. 36. v.º
(2) Cfr. infra, biogr. 12.
(3) Cfr. supra, biogr. 9.

a guisa de plegaria, o a un mendigo que pedía dentro de ella, se tapaba las orejas."

"Era de los devotos que constantemente se inclinan y postran en tierra en sus ejercicios de piedad. Tal hábito lo conservó hasta que Dios se lo llevó consigo. Era de corazón fuerte, pero de cuerpo débil y de color pálido. Severo para con su propia alma, si alguien le decía: "¡Sé más indulgnte con ella!", replicaba: "¡Para ser indulgente con ella la castigo!" Levantábase del lecho para pasar en vigilia una parte de la noche y se estaba orando de pie hasta que se desplomaba de fatiga, y entonces, al apoyar su mejilla en el lecho para dormir, recitaba este verso: "¡Oh mejilla! En verdad que si ahora te apoyas en blanda almohada, luego, tras de la muerte, te apoyarás sobre la dura piedra!" E inmediatamente saltaba del lecho, como si una víbora le hubiera picado y volviendo a su oratorio seguía así en vela hasta que amanecía."

"Murió (¡Dios le haya perdonado!) cuando yo servía como fámulo a mi maestro Abuyacub el Cumí (1). Al ser depositado en la tumba vi una gran maravilla y fué que Dios hizo venir, no sé de dónde, muchas piedras que cayeron dentro del sepulcro juntas con el cadáver. Gritaron algunos de los presentes, y el que había depositado el cadáver en la tumba cogió de aquellas piedras y las puso debajo de su mejilla. Entonces me di cuenta de que Dios había querido hacer verídicas las palabras de aquel verso suyo en que decía: "¡Oh mejilla! En verdad que si ahora te apoyas en blanda almohada..."

"Era muy refractario al trato de la gente y amaba la soledad y el aislamiento. Fué austero, asceta, místico contemplativo, que sin cesar estaba en la presencia de Dios; fervoroso en las prácticas de piedad, ansioso de llegar a la unión con Dios. Amaba a los amigos de Dios y a los amantes del Alcorán."

"Dios se lo llevó consigo en edad temprana, en la flor de su juventud, en la época del fuego de su ascético fervor. Acostumbraba a decir a su propia alma: "¡No ha de cesar esta conducta mía para contigo hasta que yo muera!" No le aventajó nadie en el servicio de Dios."

---

(1) Cfr. supr., biogr. 2.

12. *Abualí Hasan el Xacaz* (1).

"Vivió en nuestra compañía en Sevilla, y en esta misma ciudad murió. Este fué quien sirvió como fámulo a nuestro maestro de espíritu Sálih el Aduí (2) hasta que murió. Era hombre de muchas lágrimas, pues sus ojos no cesaban jamás de llorar a raudales. Tenía yo un tío, hermano de mi padre, que era de los amigos escogidos de Dios (3), a quien Abualí acompañaba constantemente. Pasaba yo una vez la noche en casa de mi tío, y observé que éste le ponía a Abualí para que hiciese oración la esterilla nueva sobre la cual oraba él. Durante su oración las lágrimas le corrían por la cara e iban cayendo sobre la esterilla. Al segundo día, la levantó del sitio en que estaba puesta y aparecieron podridas y deshechas las partes en que habían caído las lágrimas."

"Yo frecuenté su trato desde la época en que entré por este camino de la vida espiritual hasta que murió. Tenía apasionada afición al matrimonio, sin el cual no podía pasarse. Nuestro maestro de espíritu, Abulhachach el de Subárbol (4) quiso casarlo con una hija de su hermana. La madre fué a ver a Abualí y le dijo: "El maestro Abulhachach quiere darte en matrimonio a mi hija Azahra." Aquel día era domingo. Abualí se quedó callado un rato mirando al suelo, como si estuviese pensándolo. Luego, levantando la cabeza, le respondió: "Nadie habrá que desee tanto como yo el emparentar con nuestro maestro Abulhachach; pero resulta que ya me he casado y dentro de cinco días, a contar de hoy, comenzaré a convivir con mi novia como esposa." La madre de Azahra le preguntó: "¿Y con la hija de quién te has casado?" El respondió: "¡Ese es mi secreto!" Y diciendo esto se marchó a su casa y se metió en su cama hasta que pasaron los cinco días, al cabo de los cuales murió."

"Extendía su mano a las hierbas silvestres que encontraba en el campo y, aunque fuesen de las más amargas, te las daba

(1) *Esc.*, fol. 29 r.º; *Mor.*, fol. 37 r.º

(2) Cfr. supra, biogr. 3.

(3) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 2.—Se refiere probablemente a este su tío Abdala, cuya es la biografía siguiente, núm. 13.

(4) Cfr. supra, biogr. 6.

a comer y hacía que te supiesen como si fuesen un dulce. Yo le vi realizar muchas maravillas con que Dios le favorecía. De su compañía saqué gran provecho para mi vida espiritual. Para las prácticas de su vida devota se inspiraba en el libro titulado *Al-Árbauna al-sohailía* (La cuarentena del Sohailí) (1). Era hombre de mucha energía y se ganaba la vida con el trabajo de sus manos. Después que hubo muerto lo vió su hermano y le dijo: "¿Qué ha hecho Dios contigo?" Y él le respondió: "Me ha dado en premio de cada día de trabajo la recompensa correspondiente a ochenta días." Ayunaba muchos días seguidos sin romper el ayuno por la noche. Pasaba también muchas noches en vigilia. Evitaba el conversar con la gente y huía de todo trato social con los mundanos, añorando siempre el verse con las almas de su misma condición. Era, sin embargo, hombre gracioso y bromista, si bien, cuando se chanceaba, jamás decía lo que no era verdad; de modo que le gustaba hacer chistes con la verdad y aborrecía tanto la mentira y los embusteros, que no los podía soportar."

"Salió cierto día en dirección al aduar de los Beni Sálih, llevando consigo varias pieles para curtirlas. Las puso a macerar en el río y luego las tendió al sol. Acertó a pasar junto a él una mujer, de la gente de Sevilla. Los sevillanos y también las sevillanas son muy aficionados a las burlas y donaires de agudo ingenio. Díjole, pues, aquella mujer a otra que iba en su compañía: "¡Ea, amiga mía, vamos a guasearnos de este hombre, puesto que es un *xacaz!*" (El *xacaz* es, en nuestro país, el que tiene por oficio trabajar en el curtido de las pieles de cabrito

---

(1) El texto dice sólo كان قد حمل على الاربعين السهيلية Existe en la literatura árabe un género de obras tituladas así, es decir, الاربعون que significa "colección de cuarenta *hadices* o sentencias de Mahoma". Las hay relativas a toda clase de materias religiosas, así dogmáticas como morales, ascéticas y aun místicas. Por eso me atrevo a suponer que Abenarabi alude aquí a algún libro, así titulado, cuya materia (a juzgar por el contexto) debía ser ascético-mística. Resta por averiguar quién fuese ese autor llamado el *Sohailí*. Este patronímico es propio de los habitantes de Fuengirola (provincia de Málaga). Hay varios escritores musulmanes de ese nombre; pero entre las obras del más famoso de ellos, Abderráhman el Sohailí (muerto el 581 de la hégira), no aparece ninguna cuyo título sea el de nuestro texto.

o de cordero nonnato, preparándolas con un arte especial para dejarlas muy blancas, finas y flexibles, quitándoles toda su rigidez. Por eso la gente de esta tierra emplea también esta palabra *xacaz* como apodo despectivo para designar al hombre que es incapaz de erección sexual en presencia de las mujeres; de modo que al hombre que es de esta condición se le llama *xacaz* en el sentido de que su miembro viril es flácido como la piel que el curtidor así llamado prepara). Detúvose, pues, la mujer aquella delante de él (que estaba haciendo meditación, pues era muy dado a este ejercicio piadoso que sin cesar practicaba) y le dijo: "¡Salud, hermano!" El le respondió: "¡Salud!" y volvió a su meditación. Ella entonces le preguntó: "¿Cuál es tu oficio y arte?" El replicó: "¡Déjate de eso! ¿Para qué lo quieres saber?" Ella insistió: "Es preciso que me lo digas." Entonces él se sonrió y le dijo: "Yo soy un hombre que remoja lo seco, ablanda lo duro y depila lo peludo." Volvióse entonces la mujer a un lado y riéndose exclamó: "Queríamos darle coba y ha sido él quien nos la ha dado! (1)."

"Por lo demás, era Abualí hombre de vida interior muy intensa y de tan buen corazón que jamás guardó resentimiento alguno contra nadie. Es más, ni siquiera se daba cuenta de los vicios del prójimo, pues no podía ni aun imaginar que en la realidad se diese el caso de que alguien ofendiese a Dios."

13. *Abdalá b. Alarabí* (2).

"Abumohámed Abdalá b. Mohámed b. Alarabí, el Taí, era tío mío paterno, hermano uterino de mi padre. Entró en el camino de la vida espiritual al fin de su vida, y debió su iniciación a un niño pequeño. Antes de su conversión, acaecida cuando ya había pasado de los ochenta años de edad, ignoraba en absoluto qué cosa fuese este método de vida espiritual. Entregóse, sin

(1) Esta doble acepción equívoca del adjetivo *xacaz* (شكاز), es decir, *curtidor* en fino e *impotente*, falta en todos los diccionarios. Cfr. Freytag, *Lexicon*, donde tiene el significado contrario al de impotente.

(2) *Esc.*, fol. 29 v.º; *Mor.*, fol. 38 r.º—Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 2.

embargo, con tal fervor al combate ascético viviendo en los desiertos, que pronto llegó a la cumbre de la perfección."

"Se impuso la obligación de recitar cada día una parte del Alcorán y ofrecía a Dios la mitad del mérito de este rezo por el niño aquel que había sido el instrumento de su conversión. Aquel niño fué, en efecto, quien le abrió los ojos en el camino de la vida espiritual."

"Una vez, estando sentado en la habitación, exclamó: "Ya amanece." Yo le pregunté: "¿Por dónde lo sabes?" Y él me respondió: "Es que Dios envía, desde la parte inferior de su trono, una brisa que sopla dentro del paraíso, la cual, al levantarse la aurora, sale del paraíso para que todo creyente la pueda aspirar cada día cuando amanece."

"Le salió un gran hernia, que él se la colocaba delante como si fuere una almohada. Tenía un hijo muy bueno, cuyas virtudes llenaban de alegría su corazón. Por eso, temiendo que se pervirtiera si le sobrevivía, rogó a Dios que se lo llevase consigo. Enfermó, efectivamente, el hijo, y entonces su padre pidió a Dios que le enviase la muerte primero a su hijo y después a él. Murió el hijo, en efecto, antes que él, y cuando ya lo hubo enterrado exclamó: "¡Loado sea Dios! Ahora yo viviré, después de él, cuarenta y cuatro días y moriré a continuación." Vivió efectivamente el tiempo que había predicho y murió. La noche de su muerte estábamos sentados junto a su cabecera, después de hacer la oración ritual nocturna. El estaba inclinado en la dirección de la alquibla y había encontrado algún descanso en su dolencia, aunque su hernia se había hinchado grandemente. Dijonos: "Reposad un poco y echaos a dormir." Nos acostamos en seguida y al punto del día me levanté, acerquéme a verle y me encontré con que había expirado sin que nadie hubiese estado presente a su muerte. Buscamos entonces aquella hernia y no encontramos de ella ni rastro. Dijimos, pues: "Quizá la hernia no era más que una hinchazón producida por algunos gases y al desaparecer éstos haya qedado la piel flácida." Pero he aquí que la piel la tenía como todos, sin que hubiera en ella nada anormal. Entonces me maravillé de que Dios se la hubiera ocultado y suprimido."

"A nosotros nos refería milagros ejemplares y admirables. Desde que se convirtió al camino ascético hasta que murió vivió sólo tres años justos. Su muerte acaeció antes que yo entrase por el camino ascético."

14. *Abdalá b. Alostads el de Morón* (1).

"Abumohámed Abdalá b. Alostads el Maurorí sirvió como novicio y fámulo al maestro Abumedín, el cual lo llamaba "el buen peregrino". Hizo la peregrinación a la Meca en compañía de Abderrazac (2). En la Meca vivió en compañía de Abuabdalá b. Hassán (3), al cual le pidió que le diese a su hija en matrimonio, por lo mucho que deseaba emparentar con él: pero después se negó él mismo a tomarla, porque temía no poder pagar a su esposa el débito conyugal."

"Amábalo mucho el maestro Abumedín. Díjole cierto día: "Muchas han sido las exhortaciones que he hecho a las gentes llamándolas hacia Dios, pero ni uno sólo me ha escuchado. Por eso quisiera escogerte a tí como compañero mío íntimo, para que conmigo salieras a retirarte en alguno de estos montes, donde vivieras conmigo en alguna cueva hasta que yo muera." El Maurorí, al contar esto, decía: "Yo me alegré mucho de su proposición, pues comprendí por ella que ocupaba yo un gran lugar a los ojos de Dios. Llegó la noche y me dormí y vi en el sueño que el maestro, cuando predicaba a la gente, era como un sol, y cuando callaba, era como una luna. A la madrugada del día siguiente le referí mi ensueño y él, sonriendo, dijo: "¡Loado sea Dios, hijo mío! Sol quisiera yo ser, pues el sol disipa toda obscuridad y ahuyenta toda tristeza."

"Poseía Abdalá el Maurorí una intención dotada de eficacia

---

(1) *Esc.*, fol. 30 r.º; *Mor.*, fol. 38 v.º Cfr. *Autob cronol.*, párrafos 9 y 22. En este último se le llama por error Abdalá el *Meruasí* en vez de el *Maurorí*.

(2) Alfaquí tunecino, discípulo de Abumedín. Cfr. Bargès, *ob. citada*, 20.

(3) No encuentro que se llamase así más que un tradicionista de Jaén, que residió algún tiempo en Villena (Murcia), de donde marchó a Oriente, huyendo de los disturbios políticos acaecidos cuando la dinastía de los almorávides desapareció, o sea en la mitad del siglo XII de J. C. Cfr. *Tecmila*, biogr. 728.

y veracidad admirables para cuanto se proponía. Se puso en viaje, cuando dejó al maestro Abumedín, para regresar a Alandalus llamado por su madre. El maestro Abumedín le encargó que saludase de su parte al maestro de espíritu Abuabdalá, que vivía en la ciudad de Almería, conocido por el sobrenombre de el Gazal, y que había sido de los discípulos de Ben Alarif (1). Este último fué contemporáneo de Abumedín, de Aburrebía el ciego, que vivía en Egipto, de Abderrahím, que vivía en Cana [*sic*], y de Abuanachar, que vivía en la Isla del oro (2). Cuando el Maurorí llegó a Almería, se dirigió a la morada del maestro Abuabdalá el Gazal, y encontrando allí a los discípulos de éste, que estaban sentados, les dijo: "Pedid permiso en mi nombre al maestro para que me reciba." Ellos le respondieron: "El maestro está ahora durmiendo." Y como no lo recibían, se molestó al notar que ello obedecía a que el velo que cubría su vista interior era tan espeso que no les permitía reconocerlo. Replicóles pues: "Si yo viniese a él *en Dios*, de seguro que Dios lo despertaría inmediatamente." Y he aquí que la puerta se abre y el maestro sale restregándose los ojos de dormir, y dice: "¿Dónde está ese que ha venido?" Y diciendo esto, lo saluda y lo acoge con toda clase de cumplimientos. Era el carácter predominante de Abumohámed el Maurorí la alegre expansión, mientras que los discípulos aquellos del maestro el Gazal eran, por natural carácter, encogidos y tristes. Así, pues, cuando el maestro se hubo despedido de ellos y se marchó, sus discípulos dijeron al Maurorí: "¡Oh Abumohámed! ¡Cuánto mejor sería que reprimieses ese expansivo carácter que tienes!" El les preguntó: "Pero ¿qué cosa es la expansión?" Ellos le respondieron: "Es la piedad." El insistió: "Y ¿qué es la opresión?" Ellos respondieron: "La pena." El entonces exclamó: "¡Oh Dios mío, no permitas que yo pase de tu piedad a tu pena!" Quedáronse avergonzados los discípulos del Gazal y se marchó el Maurorí (3)."

(1) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 17.

(2) No me ha sido posible identificar la personalidad de estos dos últimos sujetos ni las dos últimas localidades. Sobre Aburrebía el ciego, véase *Autob. cronol.*, párrafo 12, donde se dice que era malagueño.

(3) El sentido de estas palabras del Maurorí es el siguiente: "Supuesto que la alegría espiritual o expansión del alma nace de que tiene

"Cuéntase también de él que cuando, en ese viaje de regreso, llegó a Granada, se hospedó en casa del maestro de espíritu Abumeruán. Lo había conocido en casa de Abumedín con ocasión de la enfermedad que allí contrajo uno de los familiares de Abumeruán, al cual habían curado de su dolencia, además de atender a su manutención. Por eso el enfermo, así que se sintió sano, informó de todos estos favores recibidos a sus deudos de Granada. Llegado, pues, Abdalá el Maurorí a esta ciudad y hospedado por Abumeruán, juntáronse muchas personas en la casa para recibirle. Habíales puesto el anfitrión una mesa con almojábanas (1) rellenas de miel; mas como el hijo del amo de la casa se había marchado aquella madrugada a una casa de campo que tenía en las cercanías de la ciudad, los tertulianos estaban pesarosos de que el hijo del anfitrión no asistiera con ellos al agasajo. Entonces Abumohámed el Maurorí, que ya había comido hasta saciarse, dijo a los presentes, que también habían comido ya bastante: "Si queréis, yo comeré aquí en vez de él, y él se hartará de este mismísimo manjar estando en su alquería." Quedáronse todos llenos de incertidumbre al oír sus palabras, sin atreverse a decidir en su interior ni a manifestar de palabra si aquello era o no imposible. Entonces le dijo Abumeruán: "¡Por Dios te lo pido, Abumohámed; haz eso que dices!" Y el Maurorí, como si no hubiere comido aún, comenzó a comer de nuevo, diciendo: "¡En el nombre de Dios!" De pronto dejó de comer y dijo: "Ya está harto. ¡Si ahora yo siguiese aún comiendo más de este manjar, de seguro que se moría!" Pasmados de admiración todos los de la tertulia, decidieron que ni uno solo de ellos se había de mover de allí, hasta que llegase de regreso el hombre aquel en sustitución del cual había comido el Maurorí. Cuando llegó, pues, la noche de aquel mismo día, penetró en la casa, de regreso de la alquería, el hijo de Abumeruán. Levantáronse

---

conciencia de ser objeto de la misericordia divina, así como, por el contrario, la tristeza espiritual u opresión del corazón nace del temor del castigo de Dios, no permita el Señor que yo pierda mi carácter expansivo para hacerme huraño y triste."

(1) المجبنة era una especie de buñuelo hecho con harina, azúcar y queso. Todavía se hacen, aunque sin queso, en algunas regiones españolas, donde se les conoce con el nombre árabe de *almojábana*.

todos para salir a recibirle y haciéndole sentar le dijeron: "Vemos que te traes las provisiones que te llevaste sin haber comido de ellas nada." El replicó: "¡Efectivamente, amigos míos! Es que hoy me ha ocurrido una cosa maravillosa: tan pronto como llegué a la alquería y me senté, he aquí que sentí en mi boca el sabor de almojábanas rellenas de miel que iban descendiendo por mi tragadero hasta llegar al estómago, donde se iban deteniendo, hasta que me sentí harto; tanto, que si hubieran entrado más almojábanas en él, de seguro que me matan. De modo que desde entonces hasta este momento he seguido con la misma sensación de hartura. ¡Aún me repiten!" Quedáronse, pues, llenos todos de admiración y de gozo porque veían con sus propios ojos un hombre como el Maurorí favorecido por Dios con tamañas dotes. El suceso me lo refirió luego el Maurorí tal y como pasó. También me lo contó, en casa de Abdalá el Xacaz de Priego, la persona misma en cuya sustitución comió el Maurorí hasta hartarlo. En mi compañía estaba mi discípulo Abdalá Béder, el abisinio, con otros muchos en reunión. El sujeto aquél, al terminar, exclamó con acento de pena: "Hombre como Abdalá el Maurorí no he visto jamás! (1)."

"Cierta noche me hizo ver Dios en sueños todas las moradas de la vida espiritual y me las hizo recorrer hasta que llegué a la morada de la abnegación. Entonces vi a nuestro maestro Abdalá el Maurorí en medio de aquella morada: la morada giraba sobre él, como gira sobre su quicio el ruejo del molino, y él permanecía fijo, sin conmoverse. Luego le escribí comunicándole esta visión (2)."

"Yo lo traté familiarmente y tuve con él íntimas relaciones, que de mucho me sirvieron para mi perfección. Tenía una mujer bellísima y muy joven, mejor que él todavía y de más intensa vida espiritual."

"Un día, que era miércoles, estaba este maestro y señor nuestro en casa de Sol, madre de los pobres, en Marchena de los

---

(1) Un esbozo de esta misma anecdota trae Abenarabi en el *Mawaqui*.—Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 9.—Sobre Abdalá el Xacaz de Priego, cfr. infra, biogr. 15.

(2) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 9.

Olivos (1). La anciana le dijo: "Desearía que viniese mañana Abulhasan b. Caitún. Escribidle hoy y así es fácil que mañana llegue." Aquel sujeto vivía en el pueblo de Carmona, distante de Marchena siete parasangas y ejercía allí la profesión de maestro de niños, a los cuales enseñaba el Alcorán todos los días, excepto los jueves y viernes que les daba vacación. Díjole, pues, a la anciana Abumohámed el Maurorí: "¡Eso de escribirle para que venga es lo que hace el vulgo! "La anciana replicó: "Y tú, pues, ¿qué es lo que vas a hacer?" El respondió: "Lo voy a traer con mi intención." Ella añadió: "¡Anda, pues,! Haz que en este mismo momento se mueva su espíritu formando el propósito de venir a vernos mañana, si Dios quiere." Al día siguiente la anciana le dijo al Maurorí: "Ya ves como no ha venido." El replicó: "Me había olvidado, efectivamente; pero ahora mismo lo hago salir." Y diciendo esto le envió su intención. Un poco antes de mediodía, el dicho Abulhasan penetró de improviso en donde se encontraban y todos quedaron maravillados. El Maurorí les dijo: "Preguntadle: ¿qué es lo que te ha hecho olvidarte de nosotros hasta este momento y cómo te vino a las mientes la idea de venir a vernos y cuándo formaste el propósito de hacerlo?" El respondió diciendo: "Ayer a media tarde noté que en mi interior alguien me decía: "¡Vete mañana a Marchena!" Así, pues, les dije a los niños de la escuela: "Mañana no vengáis ninguno." Al día siguiente, cuando me levanté de dormir, aquella idea se me había borrado del espíritu. (Era precisamente la hora en que nuestro señor Abumohámed el Maurorí se había olvidado de él.) "¡Sigue, veamos", le dijeron los circunstantes. El continuó diciendo: "Me dirigí, por tanto, a la escuela, y llegaron los niños y cogieron sus tablillas para escribir; pero en aquel instante, estando yo como estaba, he aquí que de repente siento que mi corazón se angustia como si alguien lo oprimiese y noto que se me dice: "Sal inmediatamente hacia Marchena a visitar a la anciana." Díjeles, pues, a los niños: "Marchaos a vuestras casas", y seguidamente

(1) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8. Allí Abenarabi la llama *Jazmín* y no *Sol*. El apodo "madre de los pobres" significa "maestra de espíritu de los ascetas que profesan vida mendicante".

salí para venir a veros. Esta, pues, fué la causa de mi retraso." Los presentes entonces le dijeron: "Precisamente la cosa ha sucedido de tal y cual manera"; y le explicaron el suceso con todos los pormenores. El, maravillado, exclamó: "¡Por Dios, que esto es enorme!"

"Después de este hecho, el tal Ben Caitún miraba ya al Maurorí con gran veneración. Su fervor religioso se intensificó y emprendió un viaje a Almería para ponerse bajo la dirección espiritual de un maestro que allí había, llamado Abdalá el Gazal, que era de los discípulos de Ben Alarif, el contemporáneo de Aburrebía el ciego, de Abuanacha [*sic*], de Abderrahím, y de aquella famosa generación de místicos (1). Lo vió, pues, se aprovechó mucho de su dirección espiritual y se volvió luego a Carmona, donde no cesó de consagrarse al servicio de los ascetas que profesan la vida mendicante, hospedándolos en su casa y ejercitándose en la práctica de la humildad. Todo esto me agradó sobremanera; pero ello no quita para que yo asegure que después lo vi llegar a Sevilla y frecuentar la compañía de los alfaquíes y asistir a las reuniones de los estudiantes que buscan la ciencia como medio para medrar en este mundo. Estudió, pues, el Derecho y sus fundamentos y la Teología dogmática y estableciόse en aquella ciudad de Sevilla para ejercer la profesión de maestro de Alcorán. El trato asiduo de aquellas gentes acabó al fin por llevarle a abandonar y hasta rechazar a los ascetas mendicantes, cuyos éxtasis negaba, aunque se tratase de místicos veraces y sinceros."

"Pero ¡guárdate bien, oh hermano mío, de pensar mal y líbrete Dios de creer que yo vitupero a los alfaquíes por la sola razón de que son alfaquíes, o sea porque estudian el Derecho! No debe sospecharse tal cosa de ningún musulmán, porque la nobleza del Derecho y del estudio de la ley divina es evidente."

"Los alfaquíes que yo vitupero son tan sólo aquellos que buscan con su ciencia hacer fortuna; que estudian el Derecho por lograr fama y renombre para atraerse las miradas de las gentes y que de ellos se hable; que se dedican constantemente a las disputas y polémicas: que, además, se atreven a contradecir a los

(1) Cfr. supra, pág. 567, nota 2.

hombres religiosos que sólo aman la vida futura y que temen a Dios, el cual les inspira y comunica su propia ciencia. Y sin embargo, los alfaquíes, quiero decir, esta clase de alfaquíes, osan contradecirles en cuestiones que atañen a una ciencia que ellos no conocen y cuyos fundamentos ignoran. Tanto es así, que si se les pregunta el significado de una cualquiera de las voces técnicas que los místicos emplean, no saben contestar. Y con esto basta para demostrar su ignorancia. Por la misma razón he vituperado también en este libro mío a los sufíes; pero no quise referirme a los sufíes veraces y sinceros, sino únicamente a aquellos que a los ojos de las gentes aparecen vestidos con el hábito de los sufíes auténticos, mientras que en su interior y a los ojos de Dios son todo lo contrario... No niego yo, pues, la alta importancia del Derecho... Lo que hago es censurar a esa clase de alfaquíes que se dejan dominar por sus pasiones y concupiscencias y vencer por Satanás... En cambio, los sabios que practican lo mismo que enseñan, los limpios de corazón, los de sólida ciencia y sólida virtud, esos son verdaderos príncipes y doctores, lámparas que guían por el recto camino de la perfección, hitos que marcan la vía de la piedad... Cuando me oyes, pues, vituperar a los alfaquíes en este libro, tan sólo me refiero a aquella especie de alfaquíes... Y digo lo mismo de los sufíes: tan sólo censuro a esos que dije, pues los sufíes panteístas y los sufíes libertinos y otros semejantes, aunque aparecen profesar la vida mística y por lo que aparece se les juzga, son en realidad el ejército de Satanás... (1)."

"El señor Abdalá el Maurorí vino más tarde a visitar en su casa al dicho Ben Caitún (que había visto con sus propios ojos las maravillas que el Maurorí hacía por favor divino). Llamó a la puerta. Yo iba con él en compañía de mi discípulo Abdalá Béder, el abisinio. Desde dentro preguntó Ben Caitún: "Quién está a la puerta?" Respondió: "Abdalá el Maurorí que viene a visitarte." Calló Ben Caitún un rato, y luego salió su hijo y le dijo: "Está ocupado." Pero en seguida añadió: "No está aquí." De modo que ya Ben Caitún no hacía caso alguno de la alta dig-

(1) De esta larga digresión he suprimido algunos párrafos que carecen de interés histórico.

nidad espiritual del Maurorí. ¡A este extremo llegaba ya su odio hacia los ascetas que profesan vida mendicante! Y todo ello era efecto de la nociva influencia que sobre él ejercieron los alfaquíes! ¡Líbrenos Dios de todo el que intente apartarlos de El y de sus amigos y elegidos!"

"Cuando Ben Caitún me encontraba, echábame en cara el que yo me acompañase de ellos (es decir, de los místicos), y me decía: "Un hombre como tú, ¿cómo es que vas con ellos?" Y yo le replicaba: "¡Un hombre como yo, ni siquiera es digno de servirles como fámulo, pues ellos son los señores!" El, si me compadecía, era tan sólo porque simpatizaba conmigo en razón de que yo me dedicaba al estudio de la ciencia teológica que él enseñaba, pero no porque yo anduviese por el mismo camino de aquella gente, es decir, de los alfaquíes, ni porque les tuviese ningún afecto. Así es que acabé pronto por abandonarlo a las manos de Dios y cortar todo trato con él"

"Hoy ya Ben Caitún tiene de la santidad la misma opinión que tienen los alfaquíes, es decir, que para él la santidad, [la vida espiritual con sus carismas, éxtasis y fenómenos preternaturales], es un estado psicológico que la inteligencia humana concibe, sí, como posible e imaginable, pero sin que se conozca sujeto alguno que en realidad lo posea. Eso sí: cuando el alfaquí describe los fenómenos característicos de los santos, cabe, para convencerle, el recurso de fijar su atención sobre algunos de esos fenómenos concretos y luego mostrárselos realizados en una persona determinada. Pero, aunque los vea con sus propios ojos, es seguro que dirá: "¡Vamos a ver! ¿Quién es el que puede afirmar con certeza que esa persona es sincera y pura en su intención religiosa? ¡Aunque lo fuese, ni tú ni yo podríamos estar seguros de ello, puesto que siempre cabría sospechar que todos esos actos eran fruto de cierta sagaz simulación!" De modo que, según esto, jamás verás al alfaquí pensar bien de nadie. Por eso yo no he cesado nunca, a Dios gracias, de combatir a los alfaquíes en defensa del derecho de los santos y místicos, rechazando sus ataques en buena lid y protegiéndolos contra sus asechanzas. Dios mismo, en sus revelaciones, me inspiró esta conducta. El que osa vituperarlos y censurarlos en

particular y como tales místicos, atribuyendo a los que realmente lo son los defectos de aquellos que no lo son, evidentemente es un necio, cuya ignorancia no podrá jamás permitirle atinar con la verdad."

"En el Sagrado Templo de la Meca discutió conmigo un alfaquí que se llamaba el Cadí Abdeluahab el Azdí, natural de Alejandría, de cuyo corazón se había adueñado Satanás hasta el extremo de inducirle a afirmar dogmáticamente que en el tiempo este en que vivimos no existía ni un solo caso auténtico de los muchos que se cuentan relativos a los varios grados de la vida mística, los cuales no son más que cuentos de viejas y delirios o quimeras. Yo le interrogué así: "¿Cuántos son los países que pertenecen a los musulmanes en la parte habitada de la tierra?" "Muchos." "¿Y cuántos has visitado?" "Seis o siete." "¿Cuántos son sus habitantes?" "Muchos." "Y ¿cuántos son más: los que tú viste o los que no viste?" "Los que no vi." Echéme entonces a reír y le dije: "El extremo a que llega en su insensatez el necio es este, a saber: que si ha visto muchas personas de una clase y le quedan sólo por ver unas pocas, juzga de las pocas que no ha visto por lo que sabe de las muchas que ha visto. Porque en tal hipótesis el hombre que es buen musulmán y discreto en sus juicios, lo que hace es decir: "¡Quizá entre esos pocos que no conozco haya uno por lo menos que sea un hombre digno." Ahora bien; ¿qué habremos de sentir del que comienza por confesar que no ha visto más que unas pocas personas de contados países de la tierra y a continuación afirma dogmáticamente lo que ese tal aseguraba? ¡Evidentemente habremos de decir que es un necio!... Pero todavía hubo algo más estupendo que todo lo dicho y fué esto que le oí decir y que contradecía en absoluto el principio mismo en que se fundaba: "Todos los hombres se clasifican en dos grupos: inteligentes y necios. De los necios no hay que hablar siquiera, puesto que son imperfectos. Y de los inteligentes, ni uno solo está libre de errar. Luego no queda nada." Véase, pues, cómo fijaba su atención exclusivamente en los defectos e imperfecciones de los hombres, y prescindía, en cambio, de examinar las buenas cualidades y dotes de perfección que también poseen. ¿Por qué, en efecto, no

dedujo de su clasificación, como debía, esta otra consecuencia? "El necio acude al sabio y aprende de él, por criterio de autoridad, la ciencia que personalmente no es capaz de adquirir a causa de su falta de inteligencia; Dios entonces le ayuda con su gracia y de esperar es que algo aprenda ayudado por Dios. El inteligente, por otra parte, lo más común es que ordinariamente acierte con la verdad en la generalidad de los casos, porque no se satisface jamás en materia alguna sino con pruebas apodícticas, precisamente porque es hombre inteligente. De modo que si yerra y persiste en su error después de haber estudiado con todo empeño el problema, es excusable; esto sin contar con que todavía cabe esperar que más tarde vuelva de su error." ...En suma, observé que aquel alfaquí era el más ignorante de los necios."

15. *Abumohámed Abdalá el Xacaz de Priego* (1).

"Era natural del castillo de Priego y fijó su residencia en Granada, donde ha vivido hasta la fecha. Yo entré en relaciones con él en su propio domicilio, acompañado de mi discípulo Abdalá Béder, el abisinio. Tenía yo por costumbre —siempre que entraba en relaciones con un nuevo maestro de espíritu o simple colega en la vida de perfección— el entregarle cuanto dinero llevaba conmigo, sin reservarme nada. Aquel día no llevaba encima más dinero que un solo *dirhem,* y se lo entregué."

"Era hombre de gran fervor y perseverancia para el combate ascético. La tristeza espiritual y el llanto era lo que le dominaba. Odiaba el pecado tanto como la infidelidad, y el pecado venial tanto como el mortal. En la guarda de los sentidos era tan escrupuloso y vigilante, que llegó casi a ser impecable, es decir, preservado por Dios de toda falta. De él podía decirse lo mismo que de su maestro decía el místico Abuocal (2): "Viví en compañía de mi maestro de espíritu

(1) *Esc.,* fol. 32 v.°; *Mor.,* fol. 42, r.° *Cfr. Autob. cronol.,* párrafos 9 y 17. Su sobrenombre, *el Xacaz,* significa "el curtidor en fino". Cfr. supra, pág. 564, nota 1.

(2) Este místico era magrebí y se hizo famoso por sus dotes preternaturales para soportar el hambre. Cfr. Asín, *La psicol. según Mohidín,* pág. 66, nota 1.

Harún y jamás observé en él cosa mayor en cuanto a sus prácticas ascéticas, puesto que toda la noche la pasaba durmiendo." Esto hízole pensar a Abuocal que su maestro era hombre de muy poca mortificación y ascetismo; pero así que le vino tal idea, he aquí que una voz le dijo en su interior [Alcorán, XLV, 20]: "Los que obran mal, ¿piensan acaso que les habremos de tratar lo mismo que a los que creen y obran bien, de modo que la vida y la muerte de unos y de otros hayan de ser las mismas? ¡Cuán mal juzgan!" Y Abuocal añadía: "Fuí entonces y le dije a mi maestro: "Señor ¿cometiste acaso alguna vez un pecado mortal? Y él me respondió: "¡Ni siquiera venial consentido!"

"Este Abdalá el Xacaz pasaba la noche entera en oración y el día en ayunas. Ningún novicio pudo jamás soportar su dirección espiritual, porque el maestro le exigía practicar rigurosamente los mismos ejercicios que él practicaba, y el novicio rehuía. Por eso vivió aislado y solitario. No tenía compasión alguna ni aun para sí propio. Si le hablaban de la benevolencia que para con sus propias almas tuvieron los compañeros de Mahoma, decía: "Aunque no hubiesen tenido más mérito que el de ser discípulos del Profeta ¿cómo habíamos de osar compararnos con ellos?"

"Por lo demás, yo no he visto que nadie en esto se le asemejara, si no es Abumóslem el Jaulaní, uno de los ascetas de la generación inmediata a los compañeros de Mahoma. Este asceta, llevado de su fervor por la mortificación, cortaba unas varas y, cuando en la oración se fatigaba ya de tanto estar de pie, azotaba sus piernas con una vara diciendo: "¡Tú mereces más los palos que mi burro!", hasta que rompía todas las varas..."

"Este Abdalá el Xacaz era hombre que acogía a todos con graciosa afabilidad y los trataba familiarmente. Sentía grande afición a las sentencias alegóricas de sentido místico. Yo le oí una vez decir: "Fijad bien la atención en estas cuatro clases de hombres: hombres que cumplen sinceramente lo que a Dios prometieron; hombres a quienes no les distrae de pensar en Dios comercio ni venta de ninguna clase; hom-

bres que están sobre el *Aáraf;* hombres que vienen a visitarte a pie (1)."

16. Abumohámed Abdalá el Catán (2).

"Todas las revelaciones que Dios le comunicaba recibíalas a través del Alcorán. Llevado de su celo por el cumplimiento de la ley de Dios, condenaba abierta y valerosamente cualquier prevaricación que conocía, sin que le importaran las censuras de quienquiera que fuese. A los mismos sultanes osaba contradecirles, censurarles y afear sus palabras y acciones cara a cara. Tenía en estas ocasiones un celo tan vehemente, que acusaba francamente a quien creía reo de injusticia o pecado y esto sin empacho alguno y sin que le importase un bledo aunque supiera que con sus invectivas contra los sultanes se exponía al peligro de perder la vida. Muchos fueron los casos en que mantuvo violentas discusiones con los sultanes para echarles en cara sus infracciones de la ley divina; pero el relato minucioso de todos ellos exigiría un tiempo de que no disponemos."

"No usaba, en sus explicaciones, de otras autoridades que de textos del Alcorán ni estimaba digno de estudio más libro que éste. Jamás adquirió ningún otro libro. Yo le oí decir en una reunión, en la ciudad de Córdoba, lo siguiente: "¡Desgraciados de los autores de libros y de obras! ¡Cuán prolija será la cuenta que habrán de dar el día de mañana! ¡Con el Libro de Dios y con las tradiciones de su Enviado basta!"

---

(1) Las dos últimas clases de hombres están tomadas de dos textos alcoránicos (VII, 44 y XXII, 28) cuyo sentido esotérico es difícil adivinar. Sin embargo, el mismo Abenarabi en su *Tafsîr* (Cairo, 1317 hégira) los interpreta así: el texto primero dice (I, 118) que alude a los místicos intuitivos, que por su íntima unión con la majestad divina no gozarán en el cielo de los placeres sensibles, sino únicamente de la contemplación y fruición de la divina esencia; el texto segundo dice (II, 28) que se refiere asimismo a las almas que llegan a Dios despojadas de todo afecto o apetito sensible.—Por lo que toca a las dos primeras clases de hombres, su sentido es más obvio conforme a la letra.

(2) *Esc.*, fol. 33 r.º *Mor.*, fol. 42 v.º—Su sobrenombre *el Catán* significa "el comerciante de tejidos de algodón", pero como los datos de su biografía no aluden a tal profesión, cabe que se trate de un simple apellido de familia.

"A sus discípulos los vigilaba y observaba atentamente. Jamás quiso gozar de las comodidades de la vida ni se juntó nunca con dos monedas de plata."

"Dió orden una vez el sultán de que lo buscasen para condenarlo a muerte, y los esbirros del sultán lo cogieron preso y lo introdujeron a la presencia del visir, el cual lo hizo sentarse ante él. Entonces Abdalá le increpó en estos términos: "Tirano, enemigo de Dios y de tu propia alma! ¿Para qué me buscas?" El visir le contestó: "¡Dios te ha puesto ya en mis manos y te aseguro que no vivirás ni un día más después de hoy!" El maestro díjole entonces: "¡Tú no puedes ni abreviar el plazo de mi muerte ni retrasar tampoco el decreto de Dios! Nada de eso sucederá, aunque tú lo pretendas. ¡Yo, en cambio, juro por Dios que estaré presente a tu entierro!" Dijo el visir a sus esbirros: "Metedlo en la cárcel hasta que yo consulte al sultán sobre su muerte." Aquella misma noche lo metieron en la cárcel, y al entrar en ella iba diciendo: "¡No tiene nada de extraño esto para el hombre de fe, pues el creyente sabe que mientras vive acá abajo está en una cárcel! Este calabozo, pues, no es más que una de las habitaciones de la cárcel, que es el mundo." Al segundo día, al despachar el visir con el sultán, le contó el caso del maestro y las palabras que había pronunciado. Mandó el sultán que se lo presentaran, y así que lo tuvo delante, le pareció que era un hombre despreciable, del cual no había que hacer caso. Era lo mismo que pensaban de él todos los mundanos: nadie le quería bien, porque a todos ellos les decía las verdades y les ponía de manifiesto sus vicios y las injusticias y maldades que cometían. El sultán, después de preguntarle su nombre y linaje, le dijo: "¿Sabes, acaso, el credo de tu religión?" El maestro, por toda respuesta, se puso a recitarle textos del Alcorán, acompañados de análisis literarios de su contenido. Maravillado el sultán de aquello, comenzó a expansionarse con él, dándole conversación sobre varios temas, hasta que recayó la charla sobre el gobierno político del reino y su importancia. Entonces el sultán le preguntó: "¿Y tú qué dices acerca de este reino mío? "Echóse a reír el maestro por toda respuesta. El sultán le dijo entonces: "¿De qué te ríes?" —"De ti (respondió el maestro): de que llamas *reino*

a esta locura en que vives y de que a ti propio te llaman *rey*, cuando en realidad eres como aquel de quien dice Dios, [Alcorán, XVIII, 78]: "Tras ellos hay un rey que roba todos los barcos." El verdadero rey es únicamente aquel que con su propio fuego se cuece el pan cuotidiano o que con él se lo gana. Tú, en cambio, no eres más que un pobre hombre que te amasan el pan y luego te dicen: "¡Anda, cómetelo!" Y así siguió abrumándole con todo género de invectivas, usando las palabras más duras, desagradables e irritantes, y esto en presencia del consejo real, formado por los ministros y alfaquíes. Calló, sin embargo, el sultán, mudo de confusión y vergüenza. Luego dijo: "¡Este es un hombre a quien Dios ayuda con su gracia!" Y dirigiéndose a él, exclamó: "¡Abdalá, desde hoy asistirás a nuestro consejo!" El maestro replicó: "De ninguna manera. Esta sala en que tienes tu consejo es fruto del robo y este tu palacio en que habitas te apoderaste de él sin derecho. Si no estuviese privado de mi libertad por la violencia, jamás hubiese penetrado aquí. ¡Líbreme Dios de estar junto contigo y con gentes como tú!" El sultán, entonces, mandó que se le diera un donativo y lo perdonó. El maestro rehusó aceptar el donativo, aunque admitió la libertad que se le concedía. Salió, pues, de palacio, mientras el sultán ordenaba que le fuese enviado aquel donativo a su familia. No pasó mucho tiempo sin que el visir muriera. Aquel día, el maestro salió de casa para asistir a su entierro, a la vez que decía para sí: "¡Verídico fuí en mi juramento!" Y luego, a gritos y elevando el tono de su voz cuanto podía, se puso a decir delante de los magnates de la corte: "¡Estos libertinos son los que oprimen al mundo con sus injusticias! ¡Caiga sobre ellos la maldición de Dios, de los ángeles y de los hombres todos! ¡En esta maldición han de vivir por toda la eternidad, sin que su tormento se aligere jamás y sin que Dios torne nunca hacia ellos su mirada!"

"A este maestro de espíritu yo lo acompañé como discípulo y me quería mucho. Una noche le mandé llamar para que la pasase en mi casa, y cuando ya él había comenzado su conferencia, se presentó mi padre (¡Dios lo haya perdonado!), que era de los cortesanos del sultán. Así que entró, le saludó. Mi padre tenía ya entonces algunas canas. Rezamos la oración li-

túrgica de la noche y seguidamente le presenté la cena al maestro y me senté a comer con él. Mi padre se nos agregó con el propósito de participar de los méritos espirituales del maestro; pero éste, volviendo el rostro hacia él, exclamó: "¡Oh viejo funesto! ¿Cómo no te avergüenzas ante la presencia de Dios? ¿Hasta cuándo has de vivir en compañía de esos tiranos? ¡Qué poca vergüenza tienes! ¡Vives tan tranquilo como si estuvieses seguro de que la muerte no ha de venir a sorprenderte en ese estado de maldad en que vives! ¿No tienes, acaso, en este hijo tuyo (y me señaló a mí) un ejemplo vivo que te puede servir de exhortación moral? Siendo como es un joven de pocos años, en la edad de las pasiones, ha domado ya sus apetitos, ha vencido a su demonio tentador y se ha convertido a Dios, buscando la compañía de los siervos de Dios. Tú, en cambio, eres un viejo perverso, estando como estás ya al borde del abismo infernal!" Lloró mi padre y confesó su culpa, mientras yo presenciaba atónito toda aquella escena."

"Muchos son los hechos de este maestro que podría contar aún. Su vida espiritual fué maravillosa. Yo me reuní más adelante con él, en compañía de mi discípulo Abdalá Béder, el abisinio, en Córdoba y nos fuimos con él a su casa. Cierto día oíle decir esto: "¡Cuánto me maravilla ver que algunos buscan cabalgadura en que montar, sin apresurarse antes a dar gracias a Dios del manjar que les da a comer y del traje que les da para vestirse!" El, por su parte, no empleaba para comer y para vestir más que lo estrictamente necesario. Contra los orgullosos era terrible. Jamás dejó de tomar parte en las campañas contra los cristianos. Y lo hizo siempre, como soldado de a pie y sin llevar consigo provisiones."

17. *Abuchaadún el Alheñero* (1).

"Murió en Fez el año 577 [1181 de J. C.]. Fué compañero mío y de mi discípulo Abdalá Béder, el abisinio. Era una de las cuatro *columnas* [*autad*] de la jerarquía mística, en aten-

(1) *Esc.*, fol. 34 r.º; *Mor.*, fol. 43 v.º Su sobrenombre responde al oficio del cual vivía.

ción a las cuales no deja Dios al mundo de su mano (1). Rogó a Dios le hiciese la gracia de perder la buena fama de que gozaba entre las gentes, y en efecto, cuando estaba ausente no se le daba crédito alguno, y cuando estaba presente no se le consultaba para nada, y cuando llegaba a un sitio nadie le hacía lugar, y cuando tomaba palabra ante un grupo lo trataban de necio y aun le pegaban."

"La ocasión en que me reuní con él fué la que ahora diré: cuando yo llegué a la ciudad de Fez, ya la fama de mi nombre se había exendido entre algunos de sus habitantes, los cuales, deseando reunirse conmigo, afluyeron a mi casa; yo entonces me escapé de casa para refugiarme en la mezquita aljama; no encontrándome, pues, en mi casa, buscábanme en la mezquita; yo los veía que me buscaban y cuando me preguntaban dónde estaba yo, respondíales: "Buscadlo, hasta que lo encontréis." Entonces, pues, estando yo sentado en el suelo y vestido con un traje fino, he aquí que advertí que delante de mí se hallaba, sentado también, este maestro de espíritu, al cual yo jamás lo había conocido con anterioridad a aquella fecha. El me saludó diciendo: "¡Dios te salve y que su misericordia y bendición desciendan sobre ti!" Correspondí yo a su saludo y él abrió el libro del Mohasibí, titulado *Comentario de la intuición,* del cual leyó algunas frases (2). Luego me dijo: "Explícame y ponme en claro lo que el autor quiso decir." En aquel instante fuéronme reveladas por Dios las dotes extáticas de aquel hombre, quién era y cuál el grado que ocupaba en la jerarquía mís-

(1) Según Abenarabi, existe entre los místicos una complicada jerarquía que él explica al pormenor en su *Fotuhat* (II, 7-11). Los grados de dignidad y perfección esotérica dentro de esta jerarquía mística son los siguientes: 1.º, existe un *cotb* o *polo,* sobre el cual gira como sobre su centro la esfera universal de la vida espiritual de todo el mundo; 2.º, dos *imames* o *jefes,* que son los vicarios del *cotb,* al cual suceden cuando muere; 3.º, cuatro *autad* o *columnas,* que ejercen su misión en cada uno de los cuatro puntos cardinales; 4.º, siete *abdales* o *sustitutos,* que la ejercen en cada uno de los siete climas geográficos; 5.º, doce *naquib* o *prefectos,* para los doce signos del zodíaco; 6.º, ocho *nachib* o *nobles,* para las ocho esferas celestes, etcétera, etc.—Un estudio más pormenorizado de esta jerarquía sufí puede verse en Blochet, *Etudes sur l'esoterisme musulman.*

(2) Sobre el libro y su autor, cfr. Massignon, *Essai,* 211-225, y Brockelmann, *Geschichte,* I, 198.

tica, es decir, que era una de las cuatro *columnas* y que su hijo había de heredar su grado jerárquico. Díjele, pues: "Te conozco: tú eres fulano." Inmediatamente cerró su libro y poniéndose de pie exclamó: "¡El secreto, el secreto! Yo te amo y quería darme a conocer a ti. ¡Ya está, pues, realizado mi propósito!" Y dicho esto se marchó. De modo que no conversé jamás con él sino entonces, es decir, á solas, sin que un tercero estuviese presente (1)."

"Era tartamudo y no hablaba sino con gran dificultad; pero cuando recitaba el Alcorán, hacíalo con la más hermosa voz y la más bella modulación."

"Fué hombre muy mortificado. Trabajaba a jornal en el oficio de tamizar alheña en polvo. Por eso pocas veces lo verías que no llevase los ojos untados de antimonio para preservarlos del polvo de la alheña que cubría su rostro y sus cabellos en desorden" (2).

18. *Mohámed b. Axraf, el de Ronda* (3).

"Era uno de los *abdales,* [o santos intercesores] (4), que anduvo siempre vagando por los montes y lugares desiertos, apartado del mundo y sin acogerse jamás a lugar alguno habitado, durante cerca de treinta años. Estaba dotado de sobrenatural penetración para conocer los misterios del mundo invisible. Era hombre de muchas lágrimas, de largas vigilias de perpetuo silencio. Con frecuencia se le veía escribir con el

(1) De este pasaje se infiere que debemos rectificar los datos de nuestra *Autob. cronol.* (párrafos 4 y 10) relativos a las fechas de la iniciación sufí de Abenarabi y de su primer viaje a Marruecos. Si Abenarabi nació el 560 y este sufí, Abuchaadún, murió el 577, resulta que Abenarabi se inició en el sufismo en fecha bastante anterior a sus diez y siete años de edad, pues antes del 577, en que conoció a Abuchaadún en Fez, ya su fama de místico había pasado el estrecho.

(2) Cfr. *Fotuhat,* II, 8: Las *columnas* (*autad*) son cuatro en todo tiempo, ni más ni menos. Yo vi a un individuo de estos cuatro en la ciudad de Fez, llamado Abenchaadún [*sic*], que vivía de tamizar la alheña por un jornal."

(3) *Esc.*, fol. 34 v.º; *Mor.*, fol. 44 r.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 9, donde por error se le llama en el *Fotuhat* "Mohads b. Axras" en vez de "Mohámed b. Axraf".

(4) Cfr. supra, pág. 581, nota 1.

dedo sobre el suelo, la cabeza baja y en actitud meditabunda. De pronto levantaba la cabeza y exhalaba un profundo suspiro Su pecho hervía y su corazón latía con emoción vehemente. Sus ojos derramaban lágrimas en abundancia."

"Yo anduve en su compañía algún tiempo y lo traté familiarmente. Así que me veía, alegrábase mucho y se congratulaba de estar conmigo."

"Para consagrarse a Dios abandonó la alta posición social y la holgada situación económica en que vivía, pues era de los más notables personajes de su pueblo."

"Una vez salí de la ciudad de Medina Sidonia en dirección a la costa, para buscar hombres de espíritu con quienes aprender. Seguíame en esta excursión un joven imberbe que quería ser mi discípulo y a quien por eso tomé de compañero. Aparecieron de pronto ante mí dos individuos: uno de ellos, moreno de tez y de elevada estatura, se llamaba Abdesalam, el giróvago, porque andaba siempre peregrinando por las sierras sin detenerse jamás de asiento en ningún lugar fijo; el otro que con él iba se llamaba Mohámed b. Alhach, de los Benihauad. Ambos marchaban por el camino con paso rápido; pero pronto los alcancé, aunque me llevaban cinco millas de delantera. Pasé, pues, junto a ellos con toda prisa, porque era viernes y quería llegar a un pueblo llamado Rota, para hacer en él la oración ritual de aquel día festivo. Entré, pues, en la mezquita principal e hice dos reverencias litúrgicas. Aquella mezquita es un santuario muy devoto, al cual concurren las gentes piadosas que aspiran a la santidad. Es además hermoso convento o rápita que tiene fama de ser lugar de bendición. En él me había ocurrido a mí un memorable suceso (1). No había pasado mucho rato, cuando llegó también allí este místico, Abuabdalá b. Axraf. Así que penetró en la mezquita, levantáronse y se dirigieron hacia él aquel asceta giróvago y su compañero. Saludáronle y diéronsele a conocer. Yo, entre tanto, estaba recostado en la mezquita, dándome golpes de pecho y cantando un verso. Entonces Ben Axraf vino a mi y hacién-

(1) Quizá aluda a la tercera aparición del Jádir (cfr. *Autob. cronológica*, párrafo 16), aunque dicha aparición le ocurrió en otro pueblo próximo, llamado Beca.

dome levantar me dijo: "¿Quieres guardar el incógnito?" Yo le respondí: "¡Para eso, tú eres el que debes procurarlo!" Y sucedió como se lo dije. Efectivamente, cuando al poco rato vino a mí el jefe del pueblo a invitarme a que desayunase en su casa y a que llevase conmigo a quienes yo quisiera, díjome Ben Axraf: "No comas nada de ese convite, pero lleva a él a todos estos pobres mendicantes, y así que hayan comido, ven tú y desayunarás conmigo." Hícelo así y durante el desayuno me refirió muchas cosas y me prometió que lo volvería a encontrar en Sevilla. Permanecí después allí con él durante tres días, y luego me marché, no sin que me predijese, letra por letra, todo cuanto me había de suceder después que nos separásemos. Y se cumplió, en efecto, su predicción, pues cuando llegué a Sevilla, Dios me inspiró la idea de ponerme en viaje para ir a verte y aprovecharme de tus enseñanzas (1). Era aquel día un martes. Pedí permiso a mi madre para emprender el viaje y me lo concedió; pero, al día siguiente, he aquí que un hombre llama a la puerta; salgo y me encuentro que es un campesino que me dice: "¿Eres tú Mohámed b. Arabi?" Yo le respondí: "Efectivamente." El entonces me dijo: "Iba yo ayer andando, a doce parasangas de Sevilla, entre Purchena y Marchena (2), cuando me encontré a un hombre de aspecto respetable que me preguntó: "¿Tú vas a Sevilla?" —"Efectivamente", le respondí. —"Pregunta, pues (añadió), por la casa de Abenarabi y después que te reúnas con él, dile así: "Tu amigo el Rondeño te saluda y te dice que estaba ya en camino para venir a verte; pero como a esta hora te ha venido a las mientes la idea de ponerte en viaje para Túnez, márchate en horabuena y que Dios te dé salud. Ya nos reuniremos, si Dios quiere, cuando regreses a Sevilla." Y efectivamente sucedió tal y como dijo, pues al siguiente día emprendí mi viaje a Túnez para visitarte y estuve ausente de mi ciudad algún tiempo; pero el día mismo de mi regreso o el siguiente vino el Rondeño a verme y pasamos la noche juntos en casa de Abuabdalá el de Cazalla."

(1) Es decir, la idea de ir a visitar en Túnez a su amigo Abumohámed Abdelaziz, a quien esta epístola va dirigida.

(2) El texto dice بلجانة que creo errata de برجانة.

"La causa ocasional que originó su renombre de santo fué que con mucha frecuencia se iba a hacer vida eremítica en un monte altísimo en las cercanías de Morón. Una noche acertó a pasar por aquel monte un hombre, que iba a sus quehaceres, y vió una columna de luz que erecta brillaba a lo lejos con tal intensidad que no le era posible fijar en ella su mirada. Dirigióse hacia ella y se encontró con que aquella lumbre era nuestro maestro Abdalá que estaba de pie en oración. Aquel hombre divulgó el hecho."

"Se ganaba la vida recogiendo camamila (1) por los montes y llevándola luego a vender a la ciudad. Hecho esto, se volvía a la montaña."

"Fizo maravillas y portentos que yo vi con mis propios ojos. Una vez se lo encontraron sentado junto a una fuente unos salteadores de caminos y le dijeron: "¡Quítate toda la ropa que llevas, o mueres!" El, llorando, les contestó: "¡Por Dios juro que yo no os he de ayudar a cometer un pecado! Eso que me ordenáis, hacedlo vosotros mismos." Pero después de decir esto, se apoderó de su alma el celo por la gloria de Dios, y lanzando sobre los ladrones una de aquellas miradas suyas que tanto renombre le dieron, los hizo huír"

"Un día, estando en la playa, me interrogó acerca del sentido de aquellas palabras de Dios, [*Alcorán,* LI, 57]: "Yo no pido a los hombres que me sustenten", y no respondí a su pregunta. Pasado bastante tiempo, cuatro años después, volví a reunirme con él y le dije: "¡Oh Abuabdalá!... —"Di lo que gustes", me contestó. —"La respuesta a tu pregunta", añadí. —"¡Venga! (replicó) ¡Después de cuatro años, ya es hora!" Entonces se la di y me quedé maravillado de cómo la tenía aún presente en su memoria."

"Yo estaba siempre con el deseo de que mi discípulo y amigo Abdalá Béder, el abisinio, lo conociese personalmente y, cuando entré con él en Alandalus, nos detuvimos en Ronda, Asistiendo allí a unas exequias, he aquí que veo a Abuabdalá que estaba delante de mí. Díjele entonces a mi amigo Abdalá:

(1) El texto dice البابينا que debe ser variante vulgar o gráfia incorrecta de البابونج. Cfr. Ibn el-Beïthar, *Traité des simples* (traducción Leclere), I, 182.

"Ese es fulano." Después de que él y nosotros nos dimos el parabién por nuestro encuentro, entramos en la casa en que yo me hospedaba, y mi amigo Abdalá me dijo: "Quisiera ver alguno de sus portentosos carismas." Llegada la hora de la puesta del sol, hicimos la oración ritual, y como el dueño de la casa en que parábamos tardaba en encender la lámpara, dijo mi amigo Abdalá el abisinio: "Yo desearía ya tener la lámpara encendida." Abuabdalá le dijo: "Perfectamente." Y tomando en una mano un puñado de hierba seca de la habitación en que estábamos, dióle un golpe con su dedo índice y exclamó, mientras mirábamos qué es lo que iba a hacer: "¡Aquí está el fuego!" Y, en efecto, la hierba se inflamó y con su llama encendimos la lámpara."

"Para cualquier necesidad sacaba del horno las brasas con su mano y las tenía todo el tiempo que Dios quería sin que le quemasen."

"Era de los místicos iletrados. Yo le pregunté un día cuál fuese la causa de sus lloros y me contestó: "Juré que no lanzaría jamás imprecación alguna contra nadie; pero un hombre me irritó una vez y lancé contra él una imprecación y murió. Desde entonces hasta ahora, no he cesado de arrepentirme de aquello." Era todo misericordia para con sus prójimos. Los hechos que de él se narran son muchos más; pero me falta tiempo para explicarlos todos."

19. *Abuimrán Musa el Baidarani* (1).

"Era de los hombres libres de la ciudad de Tremecén. Era uno de los *abdales* o santos intercesores (2); pero vivía, no obstante, ignorado de todos (3). Su vida estuvo llena de prodigios y maravillas."

"La ocasión en que trabé conocimiento con él fué la siguiente: estaba yo sentado en mi casa, en Sevilla, después de la oración de la puesta del sol, en vida aún del maestro de es-

(1) *Esc.*, fol. 35 v.°; *Mor.*, fol. 45 v.° Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 4.

(2) Cfr. supra, pág. 581, nota 1.

(3) Adopto la versión مجهول del manuscrito *Mor.*, y no la corrección marginal del copista que escribe مجهول, cuyo sentido —"soportado"— no acierto a conciliar con el contexto.

píritu Abumedín, y me vino de pronto el deseo de reunirme con él. A la sazón, el maestro Abumedín residía en Bugía, a una distancia de cuarenta y cinco días de camino desde Sevilla. Acabé, pues, de hacer la oración ritual de la puesta de sol, añadiendo dos breves reverencias supererogatorias, y apenas había recitado la salutación final, cuando penetró en mi habitación de improviso este Abuimrán el Baidarani. Me saludó; hícele tomar asiento a mi lado y le pregunté: "¿De dónde vienes?" —"De casa del maestro Abumedín, de Bugía", me contestó. —"¿Cuándo lo visitaste?", repliqué. —"Ahora mismo, a la puesta del sol, he hecho con él la oración ritual", me respondió. "Por cierto —continuó— que al acabar la oración volvió su rostro hacia mí y me dijo: "¿Qué es lo que piensa ahora de mí Mohámed b. Alarabi en Sevilla? Le ha venido a las mientes tal y cual. Vete a él ahora mismo y dile de mi parte esto y lo otro." Y después de referirme el deseo que yo había concebido de ir a reunirme con el maestro, añadió el Baidarani: "El maestro Abumedín me encargó que te dijera: "La reunión en espíritu ya está realizada entre nosotros dos. Ahora, la reunión en cuanto a los cuerpos, Dios nos la rehusa en la morada de acá abajo. Tranquilízate, pues: quedamos citados, como lugar de reunión, en la presencia de Dios, en la mansión estable de su misericordia." Después, el Baidarani añadió algunas otras frases más y regresó a reunirse con Abumedín."

"Este Musa el Baidarani había sido hombre de holgada posición económica; pero se desprendió de sus riquezas, y Dios, a los diez y ocho días después de su conversión, se le reveló y muy pronto vino a formar parte de la categoría esotérica de los *abdales* o santos intercesores y se presentaba de improviso en cualquier lugar de la tierra que bien le placía."

"Fué acusado ante el sultán, el cual ordenó que lo prendieran y lo encadenaran. Cargado de cadenas fué llevado a su presencia; pero cuando ya estaba cerca de Fez, lo metieron en una habitación de una de las posadas del camino, que cerraron con llave, poniendo además guardias durante la noche para vigilarlo. Al día siguiente, así que amaneció, abrieron la puerta y se encontraron las cadenas, que llevaba encima, tiradas por el suelo, pero a él no lo encontraron. Entre tanto, él penetró en Fez y se

dirigió a la casa del maestro Abumedín Xoaib. Llamó a la puerta y el maestro en persona salió y le preguntó: "¿Quién eres tú?" —"Yo soy Musa", respondió. —"Pues yo soy Xoaib (replicó el maestro). Entra y no temas, pues ya estás libre de esos tiranos."

"Mi maestro de espíritu Abuyacub el Cumí (1) me contó del Baidarani que había llegado al monte *Caf*, que circunda la tierra toda, y que al pie de este monte hizo la oración de media mañana y sobre su cima la de media tarde. Preguntóle cuánta fuese la altura de aquel monte y dijo que trescientos años de camino. Refirió seguidamente que Dios ha circundado ese monte con una serpiente, cuyo tamaño es mayor que el de cualquier otra de sus criaturas, y que su cabeza, después de rodear al monte, se junta con su cola. El Baidarani, que acompañaba al Cumí, díjole a éste: "Saluda a esa serpiente y te responderá." —"Yo (dijo el Baidarani) la saludé y ella me respondió: "Salud, oh Abuimrán! ¿Cómo está el maestro Abumedín?" —Y ¿de dónde te viene a tí, le repliqué, el conocimiento de Abumedín?" "Ella me respondió: "¡Maravilla sería que no lo conociese! ¿Acaso hay alguien sobre la haz de la tierra que ignore quién es Abumedín y que Dios ha infundido en los corazones de todos los seres el amor hacia él? Yo, como los demás seres, lo conozco. No hay criatura alguna, húmeda o seca, que deje de conocerlo y de amarlo."

"Penetró asimismo Musa el Baidarani en una tierra en la cual vió unas hormigas tamañas como cabras y de maravilloso aspecto. En esas tierras encontró también, en medio del mar, a una vieja del Jorasán que, erguida sobre las aguas y mientras las olas azotaban sus piernas, alababa y glorificaba a Dios (2)."

"En fin, la vida espiritual de este maestro fué portentosa y el relato de sus hechos sería muy largo."

---

(1) Cfr. supra, biogr. 2.ª—La fabulosa anecdota siguiente se repite en *Fotuhat*, II, 902, con alguna mayor extensión. El mítico monte *Caf* y la serpiente que lo circunda son tópicos en la cosmología y escatología popular del islam. Cfr. *Badaiazohur*, 25-26.

(2) No conozco, entre las leyendas de viajes marítimos, ninguna que aluda a esta vieja del Jorasán.

20. *Abumohámed el Cabailí* (1).

"Residió en Córdoba hasta su muerte, por licencia expresa del Profeta de Alá. Yo llevé a mi padre a que lo viese para que lo encomendara a Dios en sus oraciones y él nos retuvo en su casa desde la madrugada hasta la hora de la oración de media tarde, que hicimos en su compañía, después de comer de su comida."

"Cuando entrabas a su habitación, antes de que lo vieses, ya te sobrecogía la emoción extática. Y así que le echabas la vista encima, veías que era un personaje de imponente aspecto, cubierto con su hábito de lana y meditando constantemente. Cada día variaba las jaculatorias que le servían para su oración mental en las diferentes horas en que distribuía el tiempo. Así, por ejemplo, unos días recitaba mil veces la jaculatoria "¡Gloria a Dios! Otros días, "¡Cuán grande es Dios!" Otros, "¡Loado sea Dios!" Otros, "¡No hay más que un solo Dios!" En sus plegarias rogaba por todas las criaturas del cielo y de la tierra, incluso por los peces del mar. Era muy fácil a las lágrimas."

"Quiso una vez abrir un pozo en su casa y le trajeron para que lo abriese un renegado que estaba cautivo. Mientras hacía éste la obra, dijo Abumohámed: "Ya que este renegado nos sirve con su trabajo, pediremos a Dios que lo convierta al islam." Y se pasó toda aquella noche en la soledad rogando a Dios por su conversión. Al amanecer volvió el renegado a su trabajo, convertido ya al islam, y al preguntarle por qué se había convertido, dijo: "He visto en el sueño al Profeta y me ha ordenado que creyese en él y he creído; y luego me ha dicho: "La intercesión de Abumohámed Majluf ha pasado por ti" (o una frase que significaba esto mismo)."

"Un día lo dejé en su casa perfectamente sano y me fuí a mi casa. Cuando llegó la noche, me acosté en mi cama a dormir y ví en el sueño como si yo me hallase en una tierra extensa y distinguí una nube cercana, de la cual salían relinchos de caballos y un ruido de hierros que se entrechocan, como de frenos y bridas. Vi luego que se acercaban varias personas, unas a caba-

(1) *Esc.*, fol. 36 v.º; *Mor.*, 46 r.º Cfr. infra, donde se le apellida también *Majluf*.

llo y otras a pie, las cuales iban acampando en aquella llanura hasta llenarla por completo. Jamás había yo visto rostros más bellos, ni túnicas más blancas, ni caballos más hermosos que los de aquellas personas. Entre ellas distinguí a un personaje de elevada estatura y larga barba blanca, rostro ancho y de mejillas pronunciadas, que apoyaba una de sus manos en su mejilla. A este personaje, que estaba en medio del grupo, me dirigí y le pregunté: "Dime, ¿qué es esta muchedumbre tan numerosa?" El me respondió: "Estos son todos los profetas, desde Adán hasta Mahoma. Ni uno solo ha dejado de bajar." —"Y tú ¿quién eres, de los profetas? le interrogué. —"Yo soy, me dijo, Hud, el profeta enviado por Dios al pueblo de Ad (1)." —Yo seguí preguntándole: "¿Y a qué habéis venido? —"Hemos venido, me respondió, a visitar a Abumohámed en su enfermedad." Luego me desperté, pregunté por Abumohámed Majluf y me encontré con que aquella misma noche había caído enfermo. Unos pocos días después murió."

21. Sálih el Jarraz o el Santo zapatero (2).

"Vivía en Sevilla y era de los ascetas abstinentes y fervorosos en el servicio de Dios y en el combate ascético. Se consagró a la vida devota a la edad de siete años o antes. De niño estaba siempre atónito y como en éxtasis, sin jugar jamás con los otros muchachos ni dirigirles siquiera la palabra, a pesar de su corta edad. Hasta que murió, se ganó la vida trabajando de zapatero, y esto porque tenía el escrúpulo de faltar a las leyes de la abstinencia ascética, si no se ganaba la vida con el trabajo de sus manos. Tenía una madre a la que trataba con verdadera piedad filial. Copió con su propia mano el libro extenso de Benalasal (3). Recluído constantemente en su casa, vivía aislado de las

(1) Cfr. *Alcorán*, VII, 63 y sigts.: XI, 52; XXVI, 139.

(2) *Esc.*, fol. 36 v.; *Mor.*, fol. 46 v.º

(3) Se refiere, probablemente, a alguno de los libros de ascética o exégesis alcorànica del toledano Abdalá b. Farech b. Gazlún, Benalasal, que floreció en Granada en el siglo XI de nuestra era, consagrado a la vida devota, a la predicación homilética y a la enseñanza. No podemos, sin embargo, precisar el título del libro, porque sus biógrafos los callan todos. Cfr. *Abenpascual*, biogr. 624; *Ihata* (manuscrito Acad. Hist. número 34), I, fol. 109 v.º

gentes y guardaba un silencio tan absoluto, que sus mismos compañeros de vida devota decían de él: "Jamás nos dirige la palabra, a no ser cuando se trata de una necesidad imprescindible." Yo lo traté con asidua familiaridad. Me quería mucho, como yo a él. Cuando decía una cosa, jamás se retractaba, por la sencilla razón de que nunca decía más que la verdad."

"Jamás aceptaba encargo ni trabajo alguno de su oficio para los clientes que él conociera que lo miraban con veneración. La mayor parte de su trabajo la reservaba para los forasteros que venían a la ciudad y que por eso ni lo conocían ni eran conocidos de él."

"En cierta ocasión, uno de nuestros compañeros de vida devota fué a llevarle, para que se lo compusiera, un zapato que de propósito había roto con tal objeto, es decir, para encontrar así un pretexto de trabar conversación con él. Saludóle y el santo correspondió a su saludo. Luego le dijo: "Cóseme este zapato." El santo le contestó: "Este zapato que tengo en la mano he de arreglarlo antes. Su dueño tiene derecho a que se lo arregle antes, porque me ha pagado ya por adelantado la compostura." Yo [dice Abenarabi entre paréntesis] estaba parado allí cerca, en sitio desde el cual no me veía el zapatero. Mi amigo le replicó: "Guárdamelo, pues, aquí, hasta que acabes de arreglar ese zapato y luego me lo compondrás." El zapatero le contestó: "¡Y si me muero antes, como puede ocurrir, te lo encontrarías en mi casa sin la compostura que debería haberte hecho!" El otro insistió: "¡Yo no quiero que me lo arregle nadie más que tú!" El zapatero replicó: "¡Ya has oído lo que te he dicho." Y seguidamente se puso a rezar. El otro insistió de nuevo diciendo: "Aquí donde me ves me estaré sentado con mi zapato en mi mano hasta que acabes y me lo compongas." El zapatero se limitó a contestarle: "Eso, allá tú, si bien te place! Pero no sin que antes te diga lo que te va a costar la compostura." "Dilo", replicó el otro. "Un octavo de *dírhem*." "Un cuarto es lo que te pagaré." "No es eso lo que vale." "Es que yo quiero regalarte ese sobreprecio." "Si tú me lo quieres regalar por el amor de Dios, otros hay más necesitados que yo, pues por hoy ya he ganado lo suficiente para pasar el día." "No hay remedio: tienes que tomarlo", volvió a insistir aún el otro. "¡Ya me has importu-

nado bastante, hombre! Anda, vete de aquí, que no te he de hacer ya obra alguna que me encargues!" Y dicho esto se puso a trabajar y a rezar a la vez. Volvió adonde yo le esperaba aquel hombre, con el corazón lleno de tristeza por su fracaso, y le dije: "Has estado con él muy pesado. Vuelve ahora, por segunda vez y dile: "Cóseme el zapato y que Dios te lo premie, pues no he de pagarte por tu trabajo absolutamente nada." Volvió y le dijo eso. El zapatero se lo quedó mirando un rato, y luego le dijo: "Tú vienes enviado por alguien." Volvióse entonces hacia donde yo estaba y me vió. Luego le dijo: "Deja tu zapato y vete. Al caer de la tarde, vuelve y si me encuentras vivo, te lo entregaré arreglado; pero si me encuentras muerto, que se encargue de tu asunto, si te parece, ese vecino", y me señaló con el dedo. Yo entonces me acerqué a él, y me dijo: "¿Es así como se trata a los amigos? ¿Correspondiendo a su amistad fraternal con molestias? ¡Que no vuelvas a hacerme cosa semejante! Pues si no fuera por el afecto que Dios quiere que yo te profese, de seguro que no te volvería ya a ver jamás. Y ¡que me guardes en adelante el secreto!"

"Desde entonces, en efecto, a nadie dije ya nada de sus dones místicos. El se trasladó de Sevilla a los alrededores de Ronda, para vivir en el campo, en medio de la soledad y aislado de las gentes."

22. *Abdalá el sastre o el alpargatero* (1)

"No sé [cuál de estos dos sobrenombres tenía]. Trabé relación con él en la mezquita aljama de Alodais [en Sevilla] cuando él tenía 10 ú 11 años de edad. Era un miserable mendigo de quien nadie hacía caso (2). La palidez extremada de su tez denunciaba su miseria. Era muy dado a la meditación, muy sensible a las emociones extáticas y dominado siempre por intensa tristeza."

---

(1) *Esc.*, fol. 37 v.º; *Mor.*, fol. 47 v.º El nombre árabe es عبد الله الخياط او القراف.

(2) El texto dice ذو طمرين, por alusión a un *hadiz*, en el cual este calificativo tiene el sentido que le doy. Cfr. *Tacholaṙús*, III, 360, l.ª 12.

"Cuando Dios se me reveló por vez primera en este camino de la perfección mística y ninguno de los que profesan la vida devota me conocía aún, quise compararme con él y lo miré fijamente. El se sonrió y me miró también. Le señalé con el dedo y él me señaló a mí. ¡Por Alá juro que mi alma no me pareció entonces, al verme delante de él, sino como una moneda de plata falsa! El me dijo: "¡Fervor, fervor! Bienaventurado el que conoce el fin para que ha sido creado!" Hizo en mi compañía la oración ritual de media tarde, tomó sus zapatos, saludó y se marchó. Yo me fuí detrás de él para seguirle y averiguar dónde vivía, pero no di con sus huellas. Pregunté luego por él y no encontré a nadie que me diese noticias suyas. Sin su compañía, no encontraba ya tranquilidad de espíritu; pero, a pesar de todo, nunca ya lo volví a ver, ni siquiera conseguí hasta la fecha oír hablar de él."

"De los siervos de Dios [como se ve], los hay que son niños y los hay que son ancianos."

23. Abulabás Ahmed b. Hamam (1).

"Era de Sevilla. Dios le inspiró directamente para su propia dirección espiritual, y así, antes de llegar a la edad de la pubertad, ya andaba muy avanzado en el camino de la vida devota. Era muy fervoroso. Continuamente estaba gimiendo por la salud de su alma, como la madre que ha perdido a su hijo único."

"Tenía madre, y ésta fué un obstáculo que se le interpuso en el camino de Dios. Cuando estas dificultades que su madre le ponía se agravaron, díjome un día: "¡El negocio [de mi vocación] se me pone grave! Mi madre me ha echado de casa diciéndome: "¡Vete adonde quieras!" Lo que yo voy a hacer es irme a las fronteras del islam, al frente del enemigo y en una cualquiera de sus *rápitas* me consagraré a la guerra santa hasta morir." Marchóse, en efecto, a una de las fronteras, a un

(1) *Esc.*, fol. 37 r.º; *Mor.*, 47 v.º Cfr. *Fotuhat*, II, 43, donde se resume esta biografía y se llama al biografiado con el apodo de "el Xacac", o sea "el Leñador".

lugar que se llama Jerumenha (1), donde fijó su residencia hasta que, algo después, regresó a Sevilla, tomó las cosas que le eran necesarias para su nuevo género de vida y se volvió a la frontera para consagrarse a la vida de monje guerrero (2)."

"Estaba siempre metido en casa de Abuabdalá el Jayat, que antes hemos mencionado (3)."

24. *Abuáhmed el de Salé* (4).

"Llegó a Sevilla cuando yo estaba bajo la dirección espiritual del maestro Abuyacub (5). Era este Abuáhmed hombre de intensa vida extática. Había acompañado como discípulo al maestro Abumedín durante diez y ocho años. Era muy fervoroso, muy devoto y muy propenso a las lágrimas."

"Con él habité un mes entero en la mezquita de Abenchanad. Una noche me levanté para hacer la oración y, después de la previa ablución ritual, me dirigí para ello, desde el patio en que dormía yo, a la parte cubierta de la mezquita, y he aquí que lo vi dormido junto al umbral de la puerta que conducía al interior, y que unas luces desde su cuerpo llegaban hasta lo alto del cielo sin solución de continuidad; quedéme allí plantado mirándolas, sin saber si aquellas luces descendían desde el cielo hasta él o si, por el contrario, emanaban de su cuerpo hasta llegar al cielo; allí continué de pie, atónito ante tal ma-

---

(1) جلمانية, castillo en el reino árabe de Badajoz, es hoy *Jerumenha* (en Portugal), frente a la plaza fuerte de Olivenza, a orillas del Guadiana.

(2) Los *ribats* o *rápitas* eran unos edificios, mezcla de cuartel y convento, erigidos en puntos estratégicos para la defensa de las fronteras. En ellos se alojaban, además de la guarnición propiamente dicha, muchos devotos que, llevados de su celo religioso, hacían voluntariamente el duro servicio militar con el fin de ganar los méritos que van anejos a la guerra santa, a la vez que, durante el tiempo libre, se entregaban a los ejercicios de la vida devota. Cfr. De Slane, *Journal Asiatique* (1842: I, 168), apud Dozy, *Supplément*, I, 502 *a*.—No es difícil ver en estos *ribats* y en su género de vida el modelo de las órdenes militares.

(3) Se refiere, como es claro, a la época anterior a su marcha a Jerumenha.—El Jayat de que aquí se trata es el biografiado bajo el núm. 9.

(4) *Esc.*, fol. 37 v.º; *Mor.*, fol. 47 v.º

(5) Cfr. supra, biogr. 2.

ravilla, hasta que se despertó, hizo su ablución ritual y se puso a orar."

"Cuando lloraba, recogía yo las lágrimas que caían de sus ojos al suelo y ungíame con ellas mi rostro, y en ellas notaba un aroma de almizcle. Empleábalas yo como perfume, y las gentes, al sentir su olor, decíanme: "¡Ese almizcle que usas es muy bueno! ¿De dónde lo has comprado?"

25. *Abuishac Ibrahim b. Ahmed b. Tarif de Algeciras* (1).

"Fué maestro de espíritu de Abuabdalá el Coraxi, el que vivía en las tierras de Egipto. Era hombre de carácter afable y de trato cariñoso; pero decía siempre la verdad, sin que por ello le hiciesen mella las censuras de los demás, si les reprendía por Dios. Era muy fervoroso y mortificado. Tuvo siempre grandes deseos de marcharse a vivir en la soledad, pero le fué imposible realizar su anhelo porque se lo impedía su profesión, pues se dedicaba a vender loza. Copió muchos libros de ascética y mística. En su vida espiritual predominaban las prácticas ascéticas, aunque también mostró grande afición a las intuiciones místicas que anhelaba adquirir."

"La causa ocasional de su muerte fué la siguiente: Pasó por junto a él un día su hijo y le preguntó: "Señor mío, ¿ha pasado por aquí fulano?" El hombre por quien su hijo le preguntaba era uno del mismo pueblo, al cual Dios había probado con una enfermedad en el cuello, que en nuestro país llamamos *nagnama* [paperas] y a quien el padre no conocía bien. Insistió el hijo repetidas veces en su pregunta, y al cabo el padre le respondió diciendo: "Me parece que me preguntas —aunque quizá me equivoque— por ese hombre de las paperas en el cuello." —"Por ese mismo te preguntaba", asintió el hijo. Aquella noche, cuando el maestro se durmió, oyó en sueños que Dios le decía: "¡Oh Ibrahim! ¿Es que no conoces a nuestros siervos sino por el nombre de las adversidades con que los probamos? ¿Es que no tenía ese individuo su nombre propio con que lo llamases? ¡Yo te aseguro que de esa misma enfermedad te he de hacer morir!" Y al día siguiente amane-

(1) *Esc.*, fol. 37 v.º; *Mor.*, 48 r.º

ció con unas paperas que le habían salido en el cuello; y después de soportar unos días esta enfermedad, murió."

"Dos veces fuí a visitarle en su pueblo. El me quería mucho. También me reuní con él en Ceuta y en su pueblo, acompañado de mi discípulo Abdalá Béder el abisinio, que sacó gran provecho de sus ejemplos."

26. *Abdalá el Calafate de Málaga* (1).

"Abdalá b. Ibrahim el Fajar (2), de Málaga, conocido por el sobrenombre de *El Calafate,* fué discípulo de Aburrebía el Ciego y de otros maestros de espíritu (3). Era amigo íntimo de Ibrahim b. Tarif (4). El método de vida espiritual que profesó fué el de los paladines o caballeros (5) y ¡por vida mía! que

(1) *Esc.*, fol. 38 r.°; *Mor.*, fol. 48 v.°

(2) Es decir, "el Ollero"; el ms. *Mor.* dice "el Nahar", que significa "el Hospitalario".

(3) Cfr. supra, pág. 567, nota 2.

(4) Cfr. supra, biogr. 25.

(5) La caballerosidad (*fotua*) tuvo dos sentidos en el islam: 1.°, la bravura generosa de los campeones o paladines guerreros, anteislámicos y posteriores, que ponían su fuerza al servicio de Dios; 2.°, la caridad heroica de los santos que se olvida de todo egoísmo para sacrificarse por el prójimo, especialmente por el débil. Prescindiendo aquí de las relaciones que hayan podido existir entre la caballería islámica y la cristiana (problema discutido no ha mucho por W. Boutros Ghali en su libro *La tradition chevaleresque des arabes*, Paris, Plon, 1919), Abenarabi alude aquí al sentido segundo de la palabra. En este sentido, la *fotua* es un método o género de vida espiritual, cuyos caracteres el mismo Abenarabi describe minuciosamente en su *Fotuhat*, I, 314-318, y II, 306-309. Son los siguientes, que, como se verá, tienen mucho de común con los de la caballería andante: Energía viril, así física como moral: generosidad o liberalidad; prudencia o sabiduría práctica para conocer en cada caso el derecho del prójimo e imponerlo a todo el mundo en nombre de la justicia divina; tratar al débil e inferior con piedad, al igual con respeto, al rey con obediencia, a todos con absoluto desinterés; no hacer nada en balde ni en broma; juzgar con ecuanimidad y sin indignarse de nada, como quien sabe que todo es efecto del decreto divino; devolver bien por mal, con caridad universal que abrace a todas las criaturas, sin excluír los animales y aun los seres inanimados, pero guardando en esto la regla siguiente: proteger ante todo al ser más débil y más amigo de Dios; reprimir con violencia las pasiones propias y perdonar con dulzura las ofensas del prójimo; ser, en suma, altruista como Dios que, no por su propio bien, sino por el de las criaturas, obra siempre; hacer el bien ocultamente y sin ostentación; preferir en todo

lo practicó brillantemente y poniendo bien de relieve sus características virtudes: jamás, en efecto, lo verías dar un paso, si no era en favor del prójimo; jamás se cuidaba de sí mismo ni de su propio derecho; acudía constantemente al gobernador y a los jueces de la ciudad en demanda de los negocios que interesaban a sus prójimos; su casa estaba siempre abierta a los pobres. Era erudito en materias jurídicas y literarias. Era mucho más tierno de corazón que su amigo Ibrahim b. Tarif, tanto, que, a su lado, era Ben Tarif duro como una piedra."

"Me reuní con él varias veces y él era muy inclinado a estar conmigo. Una vez, en la ciudad de Ceuta, donde estaba él en compañía de Ben Tarif, me ocurrió lo siguiente: El sultán (1) Abulola (¡ayúdelo Dios con su gracia!) envió a mi casa dos cubiertos o mesas surtidas para cenar, estando yo ausente. Los ascetas mendicantes, que habían acudido a la casa para verme, tomaron aquellos manjares y comieron de ellos; pero mis más íntimos discípulos se abstuvieron de probarlos. A la segunda noche el sultán nos envió de nuevo otras dos mesas surtidas. Yo ni las acepté ni las rechacé. Varios ascetas mendicantes habían también venido a nuestra casa con el propósito de comer, porque habían oído decir que el sultán nos iba a enviar también la comida. Me puse en pie e hice la oración ritual de la noche. Entonces, uno de aquellos mendicantes, que se las echaba de maestro de espíritu, exclamó: "En presencia de manjares, no debe hacerse la oración ritual." Yo guardé silencio y él se irritó al ver que no le contestaba. Entonces dije: "Yo no he

---

la gloria de Dios a su propia razón y apetito. Abenarabi cierra su análisis con esta definición del *caballero generoso*, o *fata*: "El que derrocha su propio bienestar y su libertad misma en el trato con las criaturas, de tal modo, que satisfaga plenamente a la justicia, que es Dios mismo."

(1) Abulola Idris Almamún fué el noveno califa almohade que, como tal, reinó desde 624 (1227) a 630 (1232); pero en la época a que el suceso se refiere, o sea antes del 600, no era todavía califa o emir, sino simplemente sultán, a título de hijo de Yacub Almansur, tercer emir o califa almohade, que murió envenenado el 609.—El suceso narrado aquí por Abenarabi difiere bastante de la relación que del mismo nos ha conservado en su *Fotuhat*, IV, 701 y de la cual nos servimos en nuestra *Autob. cronol.*, párrafo 15, al final. Debe, pues, ser rectificada esta última con arreglo a la más completa y, al parecer, más verídica que aquí nos da del suceso.

aceptado esta comida ni pienso probarla, porque a mi juicio es ilícita (1). Por eso, tampoco me permitiré mandaros que la comáis, porque quiero para vosotros lo mismo que quiero para mí." A continuación expliqué las razones por las cuales yo la estimaba ilícita y añadí: "La comida ahí está. El que la juzgue lícita, que la coma, y el que no, que la deje." Y seguidamente me metí en el cuarto en que yo me aposentaba e hice entrar conmigo a mis más íntimos discípulos. Cuando amaneció, aquel individuo se fué a denunciarme al visir, acusándome de que yo había dicho que los ministros eran unos bandidos, etcétera, etcétera. Lleno de cólera el visir, exclamó: "¡Por Alá juro que fué el sultán mismo, en persona, quien mandó enviar esa comida!" Y sin demora alguna ordenó que el denunciante se presentase ante él y, oída su denuncia, puso todo empeño en hacerla llegar hasta el sultán; pero éste, que era hombre discreto, se limitó a decir: "Nosotros no nos propusimos, al enviarle el agasajo, más que hacer un bien; pero él, mejor que nadie, conocerá si debe o no aceptarlo. Por consiguiente, que no se le haga daño alguno ni se le ocasionen molestias." Quedé, pues, de esta manera, libre del peligro que me amenazaba. Pero la noticia de lo sucedido llegó a oídos de nuestro amigo el Calafate, que vino en seguida a reunirse conmigo, temeroso de lo que pudiera ocurrirnos a mí y a mis compañeros, porque él conocía perfectamente lo que era el país. Así es que, al verme, comenzó a reprocharme mi conducta diciéndome: "¡Fulano, eso que has hecho, si sólo te afectase a ti, estaría bien; pero los perjuicios que pueden seguirse de tu conducta vendrán a recaer sobre todos los devotos y estos pobres no van a poder soportar la persecución. Acertado estuvo el que dijo: "¡Bien poco vale el que no tiene un enemigo injusto que le contradiga, y extraviarse ha el que no tiene un sabio que le dirija!" Dándome, pues, cuenta por lo que me decía, de que se dejaba llevar de su piedad para con los más y de que, dominado por ella, prefería las soluciones

(1) Según la estrecha moral de los sufíes, es ilícito aceptar cualquier regalo o limosna de mano de personas cuyos bienes no conste que son bien adquiridos; de aquí que juzguen ilícitos los que proceden de las autoridades civiles que se supone gobiernan tiránicamente o que han usurpado el mando y lo ejercen sin legítimo título.

de tolerancia que estimaba de más probable utilidad para el bienestar temporal de los débiles, le respondí: "¡Desgraciado del siervo de Dios que en el enemigo de Dios busca su apoyo! No puede Dios guardar deferencia alguna con el sabio que con los derechos de Dios ninguna deferencia guarda. ¡El derecho divino es ante todo!" Y dicho esto, me levanté haciendo gestos de disgusto y me fuí. Me encontré luego con Ben Tarif, al cual ya le había llegado noticia de lo que pasaba, y me dijo: "¡Es preferible una política hábil y mansa!" Yo le repliqué: "¡Siempre que quede a salvo el interés capital!" A esto no me contestó."

27 y 28. Abdalá b. Yajmist y El Sajáin (1).

"Si no temiese alargarme demasiado, mencionaría aún todos los demás ascetas y místicos que conocí, sin dejar uno; pero me limito a estos pocos para abreviar y resumir. Un libro *ex profeso* he dedicado a mencionarlos todos. Lo titulé *La Perla preciosa que trata de las personas de cuyas enseñanzas me aproveché en el camino de la vida futura* (2). En él mencioné a algunos como a los que siguen:

"Abdalá b. Yajmist, a quien la gente de Sevilla consideraba como uno de los *abdales*."

"Otro de los mencionados era uno que le decían *el Sajáin* o *el Lacrimoso*, el cual realmente era uno de los *abdales*, pero luego decayó de su grado de perfección mística, quedando por ello tan triste, que a nadie dirigía la palabra. Cuando yo me lo encontraba, sentía por él gran compasión al verlo tan profundamente afligido."

29. Abuyahya el Sinchachí (3).

"Maestro de espíritu, contemplativo, asceta girovago, que

(1) *Esc.*, fol. 38 v.°; *Mor.*, fol. 49 r.°

(2) No existe, que sepamos, este libro, del cual es un compendio —como se ve— la *Risala* que nos ocupa. Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 20, al fin.

(3) *Esc.*, fol. 38 v.°; *Mor.*, fol. 49 r.° Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8. Es el mismo cuya biografía ha dado ya Abenarabi anteriormente bajo el núm. 5, y que repite aquí por olvido, aunque con datos nuevos y omisión de los ya conocidos.

se despojó de las cosas todas de acá abajo y rompió todos los lazos que le unían al mundo, fué el santo sincero y virtuoso Abuyahya b. Abubéquer, el de la tribu de Sinhacha, uno de aquellos místicos que por haber ya llegado a la unión perfecta con Dios, gozan del don de la perseverancia y acostumbran a envolver sus doctrinas esotéricas bajo el velo de los símbolos. Pocos encontrarás que se le asemejen. Sobre muchos temas de mística contemplativa, tuve con él conferencias que el breve tiempo de que dispongo no me permite ahora referir. Por él compuse el libro titulado *Anqá mógrib,* o sea, *El Pájaro mítico,* que trata del conocimiento del Sello de los santos y sol del ocaso (1)."

30. Abulabás b. Tacho (2).

"Era de Sevilla, de los devotos consagrados al combate ascético. Jamás, hasta que murió, dejó de tener el Alcorán entre sus manos."

31. Abuabdalá b. Bistam el Peguí.

"Era natural de Priego y se distinguió por la constante lectura del Alcorán y el ejercicio espiritual de la vigilia."

32. Yúsuf b. Tacrá.

"Habitaba en Carmona y era de los que se consagran al ejercicio espiritual de la recitación del Libro de Dios. No abandonaba jamás el Alcorán. No conversaba nunca con nadie. Ayunaba de continuo y pasaba las noches en oración."

33. Abulhasan el Canuní (3).

"Vivía en la ciudad de Ronda y era de los que siguen el método de vida espiritual de los paladines o caballeros (4).

---

(1) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 31.

(2) *Esc.*, fol. 38 v.º; *Mor.*, fol. 49 r.º Desde esta biografía omitiremos el número de los folios, porque por su brevedad entran varios en uno mismo.

(3) Quizá deba leerse "el Canaui" (القنوي), que significa "el constructor de canales".

(4) Cfr. supra, pág. 596, nota 5.

Poseía las siete intuiciones esotéricas de los místicos perfectos (1).

34. Mohámed el Herrero.

"Vivía en la ciudad de Sevilla y se hizo célebre porque jamás dejaba de estar recitando la jaculatoria "¡Bendiga Dios al Profeta!"

35. Abuishac el Cordobés.

"Vivió en Bugía y fué de los discípulos del maestro Abumedín. Había llegado al grado místico de la contemplación de Dios, exenta de toda representación sensible, fantástica e ideal."

36. Abuabdalá el de Almahdía.

"Residió en la ciudad de Fez y pasó cerca de sesenta años sin volver jamás la espalda a la *alquibla* o dirección del templo de la Meca, hasta que murió."

37. Alí b. Musa b. El Nacrat.

"Vivió en la ciudad de Fez completamente ignorado como místico, pues no se le conocía entre los consagrados a la vida espiritual, y a pesar de que alcanzó en ella el grado de la intuición perfecta, pasó su vida entera en la oscuridad para todo el mundo, incluso para quienes estaban iniciados en el método sufí, los cuales lo tuvieron en bien poco, hasta que murió, y eso que estaba dotado de una sagacidad y penetración no común en todo lo relativo a la vida esotérica. Entre las gentes fué más bien conocido y célebre por su erudición en las lecturas alcoránicas y en las tradiciones proféticas (2)."

---

(1) Según enseña Abenarabi en su *Fotuhat* (II, 393-422), la intuición esotérica perfecta abarca siete conocimientos inspirados por Dios: 1.º, el conocimiento de los nombres divinos; 2.º, el conocimiento de las ilustraciones divinas; 3.º, el de las revelaciones verbales divinas; 4.º, el de la perfección e imperfección de los seres; 5.º, el de la esencia del hombre; 6.º, el de la función de la fantasía en la vida mística; 7.º, el de las dolencias espirituales y sus remedios.

(2) Abenalabar, en efecto, lo biografía en su *Tecmila* (b. 1877), como tradicionista y orador sagrado, principalmente, si bien añade que se distinguió también por su austeridad ascética. Era originario de Jaén, donde nació el 515 (1121 de J. C.). Murió en Fez el 593 (1196 de J. C.).

38. Abulhasán Yahya, el hijo del platero (1).

"Vivía en Ceuta y era tradicionista de profesión, a la vez que sufí. ¡Cosa, en verdad, admirable: un tradicionista sufí! ¡Tan rara como el azufre rojo! Fué favorecido por Dios con bendiciones celestiales. Yo lo traté familiarmente en muchas ocasiones, aprendiendo tradiciones proféticas bajo su magisterio. Era un austero asceta que se había despojado de las afecciones mundanas."

39. Abuabdalá b. Alás el de Beja.

"Murió en Sevilla y era alfaquí y asceta. ¡Cosa también rara! pues un jurisconsulto que a la vez sea asceta no se encuentra."

40. Abuabdalá b. Zeid el de Evora.

"Vivía en Sevilla y era uno de los hombres de más virtud, muy fervoroso en los ejercicios espirituales y ascéticos y muy dado a la mortificación. Explicaba el Alcorán y la gramática en la mezquita aljama de Alodais en Sevilla. Pasaba inadvertido entre las gentes y nadie le hacía caso. Estudiaba asiduamente los libros de Abuhámid Algazel; pero una noche, leyendo la obra de Abulcásim b. Hamdin (2) en que se refuta a Algazel, cegó de repente. Postróse ante Dios de seguida y humildemente juró que no lo volvería a leer jamás y que lo haría desaparecer. Dios entonces le devolvió la vista. Era hombre muy virtuoso. También traté a un hermano suyo, que era tan bueno como él. A éste, cuando estaba para morir, Dios le reveló: "¡Dos paraísos para los dos hijos de Zeid!"

41. Abuabdalá el Sedero.

"Desempeñaba en Córdoba el cargo de *imam* u oficiante del rezo litúrgico para los leprosos. Pocos encontrarías que se le asemejasen. Yo le pregunté cómo podía soportar gustoso la vida que llevaba en compañía de los leprosos, y me respondió:

(1) *Esc.*, fol. 39 r.º; *Mor.*, f. 49 v.º

(2) Fué cadí de Córdoba, donde murió el 521 (1127 de J. C.). Cfr. *Abenpascual*, biogr. 169.

"¡No noto que huelan sino a almizcle!" Maravillosas son las cosas que recuerdo de sus estados místicos."

42. Abuzacaría Yahya b. Alhasán el Hosainí.

"Habitaba en la ciudad de Bugía y era de los grandes santos que unen a la ciencia mística la práctica de todas las virtudes, especialmente la austeridad, el ascetismo y el celo por la salvación de las almas. Con su licencia viví aislado con él algún tiempo en la soledad y le consulté sobre temas espirituales (como también él a mí) y observé que era de los místicos dominados por el temor de Dios. Son admirables las cosas que se cuentan de sus mortificaciones corporales, sobre todo en la comida. Lo volví a encontrar varias veces y estudié bajo su dirección algunos de sus libros."

43. Abdesalam el Negro.

"Era un místico giróvago. No entraba yo en un pueblo en que no me dijeran: "Por aquí ha pasado fulano". Jamás permanecía quieto en ningún sitio. Yo le pregunté la causa de que nunca se estuviese tranquilo, y me respondió: "Es que encuentro una agradable emoción espiritual en el movimiento."

44. Abuabdalá el de Cazalla.

"Vivía en la ciudad de Sevilla y era hombre virtuoso, de mucho fervor en los ejercicios espirituales y ardiente celo por la gloria de Dios. Cuando entrabas a visitarlo en su casa, se entregaba con más ardor a las prácticas de devoción."

45. Abulabás Ahmed b. Móndir.

"Vivía en la ciudad de Sevilla y era hombre muy versado en el Alcorán, en la lengua árabe y en el derecho según la doctrina de la escuela de Málic. Uno de los carismas con que Dios le favorecía era este: cuando encontraba dificultad en resolver alguna cuestión jurídica, veía al maestro Málic, el cual se la resolvía. En su propia casa se le aparecían los espíritus y le saludaban. Vivía con grande estrechez económica; pero si alguna

vez los espíritus le echaban delante de sus ojos dinero, rehusaba aceptarlo, lo rechazaba, y el dinero desaparecía de su presencia. La austera abstinencia de los bienes de acá abajo era la virtud que le dominaba. Fué un santo y Dios le colmó de sus bendiciones."

46. Musa el maestro de escuela (1).

"Vivía en la ciudad de Fez, pero era originario de Alcalá de los Beni Saíd (2), de una notable familia de Granada. Su hijo Abdalá se crió ya de niño en la santidad, tanto que jamás conoció el pecado. Era, a pesar de esto, un muchacho penitente. No se le conoció infancia. Sabía de memoria el Libro de Dios."

47. Abulabás el Zapatero.

"Me lo encontré en la Meca. Fué discípulo y compañero de Abdalá el Mogauirí, cuyos hechos refería (3). Yo me encomendé a sus oraciones, que me sirvieron de mucho. Los favores con que Dios lo distinguía, los vi yo con mis propios ojos."

48. Abumohámed Abdalá, el Peregrino, de Purchena.

"Fué tu amigo íntimo y tu compañero (4). Amaba la tradición ortodoxa y a los que la seguían. Era un gran santo, de méritos insignes a los ojos de Dios, y dotado de extraordinaria quietud espiritual. Un día, a propósito del texto (*Alcorán,* II, 115) en que Dios afirma: "Aquellos a quienes hemos dado el Libro santo, lo leerán como deben leerlo", le oí que decía: "¿Por qué no han de leerlo éstos como deben leerlo?" Yo entonces le interpelé: "Dime, Abumohámed, ¿cuál es tu respuesta, ya que tuya también es la pregunta?" Sonrióse él y me dijo: "Porque, supuesto que Dios es quien se les ha dado, su amorosa providencia les ha prevenido, y así, al don que les otorga aparejada va la ayuda que necesitan para aprovecharse

(1) *Esc.*, fol. 39 v.; *Mor.*, fol. 50 r.º
(2) No puedo identificar esta localidad.
(3) Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 5, al final.
(4) Quiere decir, de Abumohámed Abdelaziz, a quien la *Risala* va dirigida.

de él." Alusión, en verdad, linda aunque alegórica, bajo cuya simbólica envoltura agítanse mares henchidos de doctrina espiritual para todo el que estudia y medita aquel dicho del Profeta acerca de los signos o portentos de Dios: "Si yo te los doy, te ayudaré a que los entiendas; pero si eres tú el que los buscas o pides, no serás ayudado."

49. Abuabdalá Mohámed el Mago.

"Aquel que habitaba en el cementerio, es decir, tu fámulo a quien Dios se le reveló bajo tu dirección espiritual y en quien las bendiciones divinas por tu mediación se manifestaron de modo evidente. Cosas que maravillan le vi realizar, que ahora he de guardar en secreto, porque no tengo ya suficiente tiempo para referirlas."

50. Abuabdalá b. Almorábit.

"Era de los ascetas entregados a la vigilia nocturna y a la lectura del Alcorán. Sobre él también se manifestaban con evidencia tus luces. Era de inteligencia despierta y muy rápida para comprender."

52. Abuguaquil Maimún el Tunecino.

"Se dedicaba a recoger quermes, y de eso vivía (1). Enfermó estando en nuestra casa en Sevilla, y la santa Zeinab, esposa de Benatalá, lo tomó para cuidarlo personalmente en su casa durante la enfermedad; pero cuando fué trasladado, murió, aquella misma noche. Era de los santos y amigos de Dios."

52. Abumohámed Abdalá b. Jamís el Quinení.

"Era el cirujano de la ciudad de Túnez y lo encontré, como sabes, en una *mahrasa* (2), adonde fuí a visitarle, caminando

(1) Trátase del insecto así llamado, cuyo polvo se empleaba como materia tintórea para el color grana, que también se llama, por eso *carmesí*.

(2) مَحْرَسَة tuvo, según Dozy (*Suppl.*, I, 270), tres sentidos, *rápita, cuartel y convento*. El 1.º ó el 3.º son los que se acomodan mejor al contexto.

con los pies descalzos y con mucho calor, para imitar a mis dos maestros de espíritu Abuyacub y Abumohámed de Morón (1), los cuales me habían dicho que también ellos lo visitaron en la misma forma, y vi, en efecto, que estaba favorecido por Dios con sus bendiciones. Pero tú conoces perfectamente las cualidades de su vida mística y eso me basta."

53 *Los siete "abdales".*

"También encontré en la Meca a los siete individuos por cuya intercesión otorga Dios sus gracias a los muslimes (2). Sentéme al lado de ellos, entre la esquina del Templo, en que hace la oración ritual el *imam* de los *hambalíes,* y el banco que hay junto al pozo de Zenzem. Son estos siete personajes los elegidos de Dios en verdad, que gozan ya de la quietud espiritual y de la emoción de respetuoso temor que son fruto de la unión mística. Yo los encontré precisamente en el momento en que estaban en éxtasis contemplativo, y por eso no crucé con ellos ni una sola palabra acerca de la intuición mística. De su reposo espiritual vi lo que ni concebirse puede que goce ningún otro místico, que haya llegado al grado de la quietud."

54. *Sol, la Madre de los pobres* (3).

"Vivía en Marchena de los Olivos y la fuí a visitar muchas veces. No he encontrado, entre los hombres de Dios, quien se asemejara a esta mujer en el fervor con que mortificaba su propia alma. Fué grande en sus ejercicios ascéticos y en sus revelaciones místicas. Mujer fué de corazón fuerte, de nobles aspiraciones y de gran discreción. Guardaba bien en secreto sus estados místicos; pero, eso no obstante, algo de ellos me comunicó en secreto, por la privanza con que me distinguía, y de ello me holgué."

"Las bendiciones espirituales que sobre ella derramó Dios fueron muchas y bien manifiestas. Sobre el tema de la revela-

(1) Cfr. supra, biogr. 2 y 14.

(2) Cfr. supra, pág. 581, nota 1.

(3) *Esc.*, fol. 39 v.°; *Mor.*, fol. 50 v.° Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8, donde se la llama *Jazmín.*

ción extática la sometí varias veces a examen y encontré que había llegado ya a la morada de la inmutable perseverancia en la perfección, característica de la unión con Dios. El temor de Dios y la complacencia con su voluntad eran las dos moradas místicas que la dominaban. Lo cual, por cierto, es a nuestro juicio cosa que maravilla, pues lograr ambas moradas al mismo tiempo casi no se concibe."

55. *Nuña Fátima, hija de Benalmotsana* (1).

"También encontré, en Sevilla, a Nuña Fátima, hija de Benalmotsana, que había llegado ya al decenio de los noventa de edad. Era, pues, de edad avanzada y, sin embargo, no comía sino de las sobras que la gente arrojaba a las puertas de sus casas; y aun de estos desperdicios era poquísimo lo que comía. Cuando yo me sentaba a conversar con ella, me daba vergüenza mirarle al rostro por lo delicado de sus facciones y lo sonrosado de sus mejillas, a pesar de que estaba ya en los noventa años. La *Fátiha* (primer capítulo del Alcorán) era su favorita y preferida. A este propósito, me dijo una vez: "Me ha sido dada por Dios la *Fátiha*, de la cual dispongo a mi arbitrio para hacer con ella cuanto me plazca."

"Con mis propias manos le construí una choza de cañas, en la cual se aposentaba en compañía de dos compañeros míos. Acostumbraba a decir: "Ninguno de los que entran a hablar conmigo me gusta, más que fulano", y me aludía a mí. Decíanle: "Y ¿por qué esto?" Respondía: "Porque ninguno de ellos entra a hablar conmigo, sino con una parte de su propio ser, dejándose fuera las partes restantes de su ser, es decir, sus preocupaciones de casa y familia. Sólo Mohámed Abenarabi, mi hijo espiritual y el consuelo de mis ojos, cuando entra a hablar conmigo, entra con todo su ser y, así cuando se levanta como cuando se sienta, lo hace con todo su ser, sin dejar tras de sí nada de su propia alma. Así debe ser el camino de la vida espiritual."

"Dios le ofreció la posesión y dominio de la creación entera; pero ella, sin detenerse siquiera ante una sola de las cria-

(1) *Esc.*, fol. 39 v.º; *Mor.*, fol. 51 r.º Cfr. *Autob. cronol.*, párrafo 8.

turas, limitábase a exclamar: "¡Tú, sólo Tú! ¡Toda otra cosa que no seas Tú, es para mí de mal agüero!"

"Vivía absorta en Dios. El que la veía, decía que estaba tonta. Pero ella replicaba: "¡El necio es el que no conoce a su Señor!"

"Era la compasión misma para con todo el mundo. Abuámir, el almuédano de la mezquita aljama de Sevilla, la azotó con su verga de toro la noche de pascua en la mezquita. Ella se limitó a dirigirle una mirada y se marchó de allí con el alma resentida contra el almuédano. Durmióse aquella noche, y al amanecer, oyó a aquel mismo almuédano que desde el alminar de la mezquita llamaba a la oración del alba. Al oírlo, exclamó: "¡Oh Señor! No me castigues. ¡Mi alma concibió resentimiento contra un hombre que te recuerda en medio de las tinieblas de la noche, cuando las gentes duermen! ¡Por su lengua resbala el nombre de mi Amado! ¡Oh Dios mío! no le castigues por mi resentimiento contra él!" A la mañana siguiente, los alfaquíes de la ciudad entraron a palacio para saludar al sultán, después de la solemne oración de la pascua, y confundido con ellos penetró también aquel almuédano esperando participar de los regalos del sultán; pero éste preguntó: "¿Quién es ése?" —"El almuédano de la aljama", le dijeron. —"Y ¿quién le ha mandado entrar en compañía de los alfaquíes? (replicó). ¡Sacadlo fuera!" Diéronle de bofetadas y lo expulsaron de allí. Alguien, sin embargo, intercedió por él ante el sultán y se le puso en libertad, después de que ya el sultán había mostrado su propósito de castigarlo. A Fátima le dijo la gente: "A fulano le ha sucedido con el sultán tal y tal cosa." Pero ella replicó: "Ya lo sabía; y si no hubiera sido porque yo pedí a Dios por él para que su castigo fuese leve, de seguro que le hubiesen matado."

"Su vida mística fué maravillosa. Ya murió."

IV. Epílogo.

Como ya insinuamos en el prólogo, la parte cuarta de la *Risala* carece de todo valor autobiográfico.

Unicamente, pues, para no dejar incompleto el análisis de

este valioso documento, diremos lo indispensable acerca del contenido de esta parte última.

Acabadas las 55 biografías de sus maestros y compañeros de vida religiosa, Abenarabi cierra la serie con este brevísimo epílogo (1).

"Estas que te acabo de contar son ¡oh alma mía! las vidas ejemplares de quienes te precedieron y de algunos a quienes tú encontraste, tanto hombres como mujeres, si bien he pasado en silencio las de otros muchos a quienes también traté. Con ninguno de ellos encuentro que tu pie haya caminado a la par..."

"Y ahora ¡oh amigo mío! vuelvo hacia ti (2) para decirte que, si he traído a colación las vidas de todos éstos, ha sido únicamente para demostrar que la época en que vivimos no está —gracias a Dios— falta de hombres de bien que sigan las huellas de los santos de los tiempos primeros, dotados de la misma variedad de estados místicos, y de los cuales hemos mencionado tan sólo los que bastaban para lograr en breve resumen el fin útil que nos habíamos propuesto."

"Claro es que, en lo que a ti personalmente se refiere, no cabe que de tus propios estados místicos vaya yo ahora a hablarte. Tanto más cuanto que en esta *Epístola* mi principal propósito ha sido el de divulgar entre las gentes conocimientos místicos, relativos al alma y a su Señor, que sirvan de acicate para bien hablar y santamente obrar. El místico, a nuestro juicio, todo místico, es el que conoce a Dios y que en sus brazos se abandona. De modo que, aun cuando en esta *Epístola* a ti me dirijo, en realidad es a mi propia alma a quien quiero hablarle, y aunque a ti sea ¡oh amigo! a quien mis avisos parecen enderezarse, es en realidad para amonestar con ellos a todos los hijos de mi linaje."

Tras este breve epílogo, Abenarabi se enfrasca en una larga y sutil digresión acerca de temas ascético-místicos que no interesan a nuestro actual propósito (3) y entra de lleno, seguidamente, a desarrollar una linda meditación sobre los beneficios divinos y la gratitud que a Dios debe por ellos el alma. Esta meditación, bastante extensa y que recuerda a menudo las bien conocidas de nuestros místicos del siglo de oro, es en la mente

(1) *Esc.*, fol. 40 r.º; *Mor.*, fol. 51 v.
(2) Alude a su corresponsal Abumohámed Abdelaziz.
(3) *Mor.*, fol. 51 v.º-57 v.º

de Abenarabi algo así como el fruto práctico de toda la doctrina de su *Epístola,* pues, a su juicio, la meditación de los divinos beneficios es el acicate más poderoso para despertar en el alma el fervor en el servicio de Dios y lograr la perfección de la vida ascético-mística. Sin descender aquí a su análisis pormenorizado, creemos, no obstante, será de algún interés trazar las líneas generales en que va encuadrada (1).

Tres son los beneficios generales que examina: *creación, vocación* y *justificación.* Cada uno de ellos encierra en sí otros varios. La *creación* implica, en efecto, los siguientes: Dios nos ha sacado de la nada al ser, prefiriéndonos a los infinitos seres posibles que pudo crear y no creó; después, nos dió el ser propio de los vivientes y no el de los inertes minerales; a esto añadió el beneficio de la sensibilidad, propio de los animales, en vez de darnos tan sólo el de los vegetales insensibles; finalmente, coronó su obra con la vida intelectual, que nos eleva sobre el mundo de los brutos y nos coloca en el rango de los ángeles. De la misma manera, el beneficio de la *vocación* implica, primero, la gracia de la fe en un solo Dios, o sea el monoteísmo que nos distingue de los politeístas; luego, el beneficio de la fe en la revelación de los profetas, que nos distingue de los incrédulos; después, el de la vocación al islam, que distingue a los musulmanes de los que profesan cualquier otra religión revelada, pues todas ellas han sido abrogadas por la islámica; finalmente, el de la ortodoxia, que distingue, a los que profesan la verdadera fe, de los que siguen alguna de las herejías del islam. El beneficio de la *justificación* implica igualmente otros en su concepto: primero, la sólida instrucción religiosa, que no otorga Dios a los ignorantes, y sin la cual no es posible servir a Dios como es debido; luego, el beneficio de la virtud, que nos distingue de los pecadores: dentro de éste, caben grados de perfección moral, pues a unos libra Dios de caer en más pecados que a otros; después, vienen todavía las gracias de los diferentes grados de la perfección espiritual y, sobre todo, sus dos etapas capitales, la del ascetismo y la del misticismo; la unión de ambas en un mismo sujeto es, por fin, el beneficio sumo, que corona la vida espiritual.

(1) *Mor.,* fol. 57 v.º-65 v.º

La atenta meditación de todos estos beneficios debe provocar en el alma un profundo sentimiento de gratitud hacia Dios. Cada ser, en efecto, estará obligado a servir al Sumo Benefactor en proporción de la cantidad y calidad de favores gratuitos que de sus manos haya recibido. Mas como en la escala de los seres creados cada reino de la naturaleza ha recibido, a más de los beneficios comunes a los reinos inferiores, otro beneficio peculiar a él que le distingue de aquéllos elevándolo en la jerarquía de la creación, resultará obligado doblemente: por dichos favores comunes a él y a los reinos inferiores, y por esotro beneficio, privativo suyo. De aquí que al hombre se le haya de pedir estrecha cuenta de los cuatro dones que recibió en común con los minerales, vegetales, animales y ángeles, más del otro beneficio peculiar suyo y que es cabalmente el de reunir en su ser, como en cifra o compendio, la suma de todas las perfecciones creadas.

La *Epístola* termina (1) con los saludos de rúbrica que Abenarabi, en su nombre, y en el de su discípulo Abdalá Béder el abisinio, y en el de todos sus hermanos en religión dirige a su corresponsal Abumohámed Abdelaziz y a la familia y discípulos de éste, cuyos nombres cita en número de ocho. La *Epístola* está fechada en la Meca, en el mes de *rebía* primero del año 600 de la hégira (1023 de J. C.).

MIGUEL ASÍN PALACIOS.

(1) *Mor.*, fol. 69 r.º